



Cathy Williams
UN LEGADO SORPRENDENTE

Bianca

UN LEGADO
SORPRENDENTE

Cathy Williams



<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Tenía un multimillonario a su lado... totalmente dispuesto a asegurar su legado.

Como secretaria del exigente magnate Matt Falconer, el trabajo de Violet era estar preparada para cualquier cosa. No obstante, nada podría haberla preparado para aquel día. Jamás habría pensado que tendría que presentar su dimisión.

Sin embargo, nada resultó tan inesperado como quedarse embarazada de Matt. Él quería tener a su lado a su bebé... y a Violet. Estaba totalmente decidido a ganar aquella negociación, pero tendría que ofrecer algo más que pasión para conseguir que Violet firmara el contrato de matrimonio...

Capítulo 1

VIOLET DUDÓ durante un instante antes de enviar el correo. Había empezado a sentir cómo el vacío de la pérdida empezaba a clavarle los dientes. Respiró profundamente y trató de contener el pánico al pensar en lo desconocido, que se abría ante ella como si fuera un abismo insondable. Ya no era una niña, sino una adulta de veintiséis años. No resultaba apropiado tener miedo a lo que le esperaba a la vuelta de la esquina. Podía enfrentarse a ello.

Apretó la tecla, cerró los ojos y trató de ignorar todos los ruidos de fondo, los que indicaban que la vida seguía desarrollándose con normalidad en el exterior de su lujosa casa a las siete y media de una preciosa tarde de domingo del verano londinense.

Sabía exactamente cómo iba a reaccionar su jefe al recibir aquel correo. Para empezar, gracias a Dios, no lo leería hasta la mañana siguiente, cuando entrara en su despacho ridículamente temprano, a las seis y media. Se prepararía una taza de café bien cargado, se sentaría a su escritorio, que siempre estaba cubierto de papeles, notas, informes y una impresionante colección de objetos de papelería y empezaría su día.

Lo primero que haría sería leer sus correos y el de Violet estaría entre ellos. Lo abriría y entonces... enfurecería.

Violet se puso de pie y se estiró para aliviar sus doloridas articulaciones. Decidió que, en aquel momento, había un límite para las cosas en las que podía centrarse y, hacerlo en la reacción de su jefe cuando supiera que ella había dimitido tendría que esperar. No le quedaría más remedio que enfrentarse a él cuando fuera al trabajo al día siguiente. Había decidido hacerlo a las nueve y media, que era una hora mucho más segura. La oficina estaría llena de empleados y la posibilidad de que él perdiera el control delante del resto de todos ellos era menor.

En realidad, a Matt Falconer parecía importarle un comino lo que pensara el resto de la gente. Se regía por sus propias leyes. En los dos años

y medio que Violet había estado trabajando para él, lo había visto abandonar hecho una furia reuniones de alto nivel porque alguien le había contrariado o porque no había logrado seguir su directa y brillante lógica. Ella había impedido que rechazara informes redactados incorrectamente y había trabajado con él hasta altas horas de la madrugada para completar un acuerdo simplemente porque no podía esperar. Violet también había sabido evitarle su presencia cuando él se había metido entre las cuatro paredes de su despacho, como en trance, porque la inspiración le había abandonado temporalmente.

Antes, se había preparado una ensalada, pero no le apetecía comer. Tenía la cabeza demasiado llena. En el espacio de solo una semana, su vida se había puesto patas arriba y aún no había conseguido serenarse.

A Violet no le gustaban los cambios. Ni las sorpresas. Le gustaba el orden, la estabilidad... la rutina. Le encantaban todas las cosas que, normalmente, las chicas de su edad despreciaban.

No quería aventuras. Nunca hubiera considerado dejar su trabajo, aunque, en lo más profundo de su ser, sabía que habría tenido que hacerlo más temprano que tarde porque... a lo largo del tiempo, los sentimientos por su inteligente, temperamental e imprevisible jefe se habían convertido en algo un poco incómodo. Sin embargo, verse obligada a dejarlo...

Apartó el plato y miró a su alrededor. Se sintió como si lo estuviera viendo todo por primera vez, algo que, por supuesto, no tenía ningún sentido. Llevaba viviendo en aquella hermosa y exclusiva casa desde que tenía veinte años. Sin embargo, la posibilidad de alquilarla a un perfecto desconocido le hacía considerar todo lo que tenía. Años de recuerdos perfectamente organizados, las estanterías cargadas de sus tomos de trabajos musicales, de manuscritos con anotaciones realizadas a lo largo de muchos años, de fotografías, de adornos...

Las lágrimas amenazaron con aparecer. Una vez más.

Tragó saliva y las contuvo. Se centró en recoger la cocina mientras la radio sonaba. Música clásica, por supuesto. Su favorita.

Solo se dio cuenta de que había alguien en la puerta cuando resonaron unos fuertes golpes, incansables e innecesarios, porque, fuera quien fuera, no había tenido la decencia de darle tiempo a reaccionar para poder llegar a la puerta.

Se apresuró a abrir antes de que los vecinos empezaran a quejarse. Y allí estaba él.

Matt Falconer. Su jefe y la última persona que había esperado ver allí en aquel momento. ¿Cómo demonios sabía dónde vivía? Ella ciertamente nunca se lo había dicho. Había convertido la reticencia de hablar sobre su vida privada en un arte.

Sintió que se sonrojaba. Se sentía totalmente desprevenida, sin haber tenido tiempo para prepararse para el impacto que él ejercía sobre ella, por lo que solo pudo mirarlo y admirar los hermosos rasgos de su rostro.

Dos años y medio y él aún ejercía el mismo efecto sobre Violet. Era muy alto y su constitución perfecta, con una estrecha cintura y unas largas y musculosas piernas. Llevaba el cabello algo largo y sus ojos azules estaban enmarcados por unas oscuras y espesas pestañas. Además, tenía un tono de piel muy exótico, ligeramente bronceado. Tenía sangre española por parte de su madre. A su lado, el resto de los mortales tenían un aspecto enfermizo y anémico.

–¿Cómo? Señor, ¿qué está haciendo aquí? –tartamudeó Violet mientras se recogía unos mechones de su cabello castaño detrás de la oreja.

–¿Señor? ¿Señor dices? ¿Desde cuándo me tratas de usted? Hazte a un lado. Quiero entrar.

Violet dio automáticamente un paso atrás, pero no retiró la mano del pomo de la puerta. Esta estaba ligeramente abierta, pero ella no podría impedirle el paso por muy suave que fuera el empujón que él le diera. Además, por el gesto airado que él tenía en el rostro, se veía que no iba a pensárselo mucho si tenía que forzar la entrada.

–Es domingo –dijo Violet con voz muy tranquila, la voz que reservaba para el trabajo y, en especial, para su temperamental jefe–. Supongo que has venido por mi... carta... bueno, por mi correo.

–¿Carta? –rugió Matt–. De algún modo, una carta implica que el contenido de la misma va a ser cortés.

–Vas a molestar a los vecinos –le espetó Violet.

–En ese caso, déjame entrar y así no los molestaré.

–Ha sido una carta de dimisión muy educada.

–¿Quieres tener esta conversación aquí fuera, Violet? A mí no me importa llamar a todas las puertas de tus acaudalados vecinos para invitarles a que salgan a escuchar. A todo el mundo le gusta estar al aire libre con este tiempo tan bueno y mucho más si hay algo interesante que ver.

–Eres imposible, Matt.

–Bueno, al menos volvemos a tutearnos. Eso es un comienzo. Ahora, déjame entrar. Necesito beber algo fuerte.

Violet suspiró y se hizo a un lado para que él pudiera pasar al pequeño pero elegante recibidor. Durante unos segundos, Matt no dijo nada. Se limitó a mirar a su alrededor mientras que Violet lo observaba, imaginándose las preguntas que él le haría y lamentándose de las respuestas que ella se vería obligada a darle.

Cuando por fin volvió a mirarla, el gesto de Matt reflejaba curiosidad además de la ira que lo había llevado hasta allí.

–¿Cómo has conseguido mi dirección? –le preguntó ella.

–No hace falta ser un genio como para que se me haya ocurrido mirar en los archivos del personal. Bonita casa, Violet. ¿Quién lo habría imaginado?

Violet se sonrojó y lo miró con desaprobación. Él respondió aquella mirada con una sonrisa, la sonrisa de un tiburón que, de repente, se había encontrado compartiendo espacio con un delicioso bocado.

Violet se dio la vuelta y se dirigió directamente a la cocina.

La casa no era grande, pero tampoco pequeña. Desde el recibidor, salía una elegante escalera que conducía hasta la planta en la que se encontraba el dormitorio. En la planta inferior, varias puertas conducían a un generoso salón, a un pequeño cuarto que ella utilizaba como despacho y sala de música, a un armario ropero que estaba aún decorado con papel pintado y pintura de la época victoriana y, por supuesto, otra puerta que conducía a la cocina. Esta era lo suficiente espaciosa como albergar una mesa a la que podían sentarse seis personas y que, en aquellos momentos, estaba cubierta totalmente de papeles. Violet los recogió precipitadamente y, tras meterlos en el vestidor, regresó a la cocina. Totalmente sonrojada, se apoyó contra la encimera y se cruzó de brazos.

Se sentía totalmente fuera de su zona de confort. Los elegantes trajes que utilizaba para ir a trabajar la protegían de él, estableciendo todas las separaciones necesarias entre jefe y secretaria. Pero allí, en su casa, vestida con un par de vaqueros y una camiseta vieja que había heredado de su padre, se sentía expuesta y terriblemente vulnerable. Sin embargo, no iba a permitir que su rostro la delatara.

–Nunca me dijiste que vivías en una joya exquisita como esta – murmuró él mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina.

–Creo que nunca mencioné nada sobre dónde vivía –replicó Violet.

–De eso se trata precisamente. ¿Por qué me ocultarías algo así? La mayoría de la gente no habla sobre sus casas porque se sienten avergonzadas.

–Tengo café –comentó Violet–. O té. ¿Qué prefieres?

–¿Significa eso que no tienes una botella de whisky escondida en ninguno de los aparadores? En ese caso, tomaré un café. Ya sabes cómo me gusta, Violet, porque, en realidad, sabes todo lo que hay que saber sobre mí...

Matt se acomodó un poco más en la silla y estiró las piernas. Su lenguaje corporal parecía indicar que no tenía nada de prisa. Se colocó las manos por detrás de la cabeza y la observó con descarada curiosidad.

En lo que se refería a las pesadillas hechas realidad, aquella ocupaba los primeros puestos.

Matt Falconer, multimillonario y leyenda del mundo de la tecnología y las telecomunicaciones, adorado por la prensa y las mujeres, estaba allí, en su casa, husmeando, porque nada le agradaría más que sacarle información a Violet sobre sí misma, una información que ella siempre había hecho todo lo posible por ocultar.

Desde el momento en el que ella había entrado en su despacho, situado en uno de los edificios más icónicos de Londres, Violet había presentido que su jefe no iba a parecerse en nada a los otros dos hombres para los que había trabajado.

No. Matt Falconer había empezado llegando tarde el primer día y dejándola prácticamente sola, enfrentándose a todo sin orientación alguna. Violet se había sobrepuesto al desafío y había aprendido muy rápido. Había disfrutado cada segundo, incluso cuando entraba antes de su hora a trabajar y salía mucho después, del ritmo frenético de la empresa y hasta de lo informal que era el ambiente laboral cuando sabía que no iba con su modo de ser. Había salido adelante, ganándose el respeto de todos y consiguiendo varios aumentos de sueldo a lo largo de los dos años.

Se había mantenido firme contra la andanada de preguntas a las que había tenido que enfrentarse a diario cuando entró en la empresa. Había evitado hábilmente las que iban dirigidas a su vida privada y tampoco había mordido el anzuelo cuando, en la tercera semana, él le había dicho que las mujeres solían responder cuando él mostraba interés en su vida privada.

–Me temo que yo no –le había respondido–. Creo en mantener mi vida privada totalmente separada de mi vida laboral.

No había lamentado su decisión porque, a medida que había ido pasando el tiempo, había ido cayendo cada vez más bajo el embrujo de su carismático jefe por lo que había dado gracias a Dios porque el sentido común hubiera prevalecido desde el principio.

Por lo tanto, la presencia de Matt allí, en su encantadora casa, le había hecho sentirse presa del pánico. –Por ejemplo –estaba diciendo él en aquellos momentos–. Supongo que me conoces lo suficientemente bien como para saber que yo debería haber estado con Clarissa en el ballet esta tarde... por lo que no habría leído tu correo hasta mañana por la mañana. Supongo que tenías la intención de llegar algo más tarde a trabajar con la esperanza de que yo hubiera digerido ya el mensaje de que quieres dejar el trabajo mejor pagado que podrías esperar encontrar. Por no mencionar el más estimulante.

Violet se secó las manos sobre los vaqueros y se puso a prepararle la taza de café tal y como a él le gustaba. Solo, sin azúcar. Así, de espaldas a él, podía evitar ver de frente la intensidad con la que aquellos ojos azules la estaban mirando.

Como ella, Matt iba vestido con ropa informal. Vaqueros negros, polo y mocasines. Lo había visto vestido así muchas veces, pero el hecho de que su propio atuendo también fuera informal hacía que Violet se sintiera vulnerable e incómoda.

–Eso no es cierto –dijo mientras le ofrecía la taza de café y se sentaba al otro lado de la cocina.

Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que la curiosidad de Matt sobre ella no había cesado, pero, en aquellos momentos, el tema más urgente era el de su dimisión. A pesar de la aprensión que sentía, mantuvo una cortés sonrisa y una expresión afable y tolerante.

Exactamente la imagen profesional que siempre había querido transmitir.

–Entonces, no recordabas que yo debía estar en el ballet...

–¿Acaso importa?

–Estoy muy desilusionado contigo, Violet. Pensaba que éramos amigos y, sin embargo, estás aquí, demasiado asustada para decirme a la cara que me vas a dejar.

–Trabajo para ti, Matt, eso es todo –replicó Violet mientras que él sacudía tristemente la cabeza.

–Igual que los doscientos empleados que ocupan las cuatro plantas de esa jaula de cristal, pero ninguno de ellos me conoce tan bien como tú, aunque en realidad, si me hubieras conocido lo suficientemente bien, habrías sabido que Clarissa y yo estábamos a punto de romper. Ir al ballet con ella era demasiado...

–¿Has roto con ella?

Violet sintió compasión por la voluptuosa rubia de ojos azules. Tal vez no era muy inteligente, pero sí simpática, alegre. No se merecía el ramo de flores a modo de despedida que Violet tendría que enviarle en los próximos días. Eso si Matt no reaccionaba a su carta de dimisión despidiéndola fulminantemente.

–No te muestres tan sorprendida –le dijo él secamente–. Ya sabes que mi vida es demasiado ajetreada para relaciones a largo plazo. De todos modos, nos estamos desviando del tema. He venido aquí por esa carta de dimisión y quiero saber por qué has decidido tan repentinamente que estás harta de trabajar para mí. ¿Es el dinero? Si es así, simplemente me lo podrías haber dicho para pedirme un aumento de sueldo.

Violet se vio momentáneamente distraída por el hecho de que su jefe hubiera asumido que cualquier relación más larga de cinco segundos era a largo plazo. Parpadeó y sintió que el pulso se le aceleraba cuando las miradas de ambos se cruzaron, el profundo azul de él encontrándose con el tímido marrón de ella. Sabía que se estaba sonrojando y se odió a sí misma por no tener la capacidad de mantener un aire de indiferencia y neutralidad.

Tampoco su mente estaba muy centrada. Debería haber recordado que alguien como Matt, que era como un regalo divino para el sexo opuesto, iba siempre a por un cierto tipo de mujer. Largas piernas, grandes senos, rubias, muy rubias, y con una conversación muy limitada que incluía frases como «por supuesto», «claro» y «lo que quieras». Ciertamente, no le atraían las mujeres menudas, con cabello castaño, rasgos poco llamativos, pechos pequeños y que, además, se mantenían firmes fuera cual fuera la provocación.

–Por supuesto que no es el dinero –dijo ella tomando un sorbo de café–. Efectivamente, si estuviera descontenta con mi sueldo no dimitiría, Matt. Me dirigiría a ti para hablarlo contigo.

–Entonces, si no es el dinero, ¿qué es entonces? No me irás a decir que al trabajo le faltan desafíos.

Violet, tienes más responsabilidad que ninguna de las mujeres que han trabajado para mí anteriormente.

–Eso es porque ninguna de ellas se ha quedado mucho tiempo.

–Tonterías –replicó él negando aquella afirmación–. Admito que algunas no estuvieron mucho tiempo, pero ninguna de ellas tenía lo necesario para poder realizar más del trabajo básico.

Violet bajó los ojos y guardó silencio. Cuando ella entró a trabajar en la empresa, el jefe de personal estaba desesperado.

–Es una situación muy difícil –le había dicho él con frustración–. Matt es... muy exigente. Muchos candidatos han descubierto que les es imposible trabajar para él. También dicen que les pone muy nerviosos. Son perfectamente capaces en el momento en el que entran en el edificio y han realizado las entrevistas destacando, pero, después de diez minutos con él, tienen los nervios destrozados...

Violet había comprendido perfectamente lo que él le había querido decir después de pasar cinco minutos en compañía de Matt. Era un hombre muy inteligente, muy intolerante y muy guapo, por lo que era increíble que alguien pudiera trabajar para él durante más de un día sin perder la cabeza.

Por suerte, Violet estaba hecha de una pasta más dura. La vida la había preparado para cualquier cosa y ella se había enfrentado a su jefe del mismo modo que lo había hecho con todas las personas imprevisibles e impulsivas que habían entrado en su vida y se habían marchado de su lado gracias a su padre. Se había protegido tras un muro de impenetrable tranquilidad.

–Si quieres más responsabilidad, solo tienes que decirlo. Te puedo dar un poco más de trabajo, proyectos variados. Lo que tú digas.

–No es el trabajo.

–Entonces, ¿qué demonios es? ¿Acaso te ha estado molestando alguien?

–¿De qué estás hablando? –le preguntó Violet sin comprender.

–Algunos de los hombres que trabajan conmigo pueden ser un poco insistentes. Me temo que viene con el puesto. Trabajar con aplicaciones informáticas y tratar con empresas emergentes e innovadoras requiere una personalidad muy diferente a la de los hombres que trabajan en puestos

más tradicionales, como en la banca o los seguros. Existe la posibilidad de que te resulte complicado trabajar con alguno de ellos. Si me das el nombre, le despediré inmediatamente. Un momento... –añadió–. Durante las últimas semanas ha habido clientes yendo y viniendo por lo de la nueva absorción. Ya sabes a lo que me refiero. Esa aplicación de la comida que estoy a punto de comprar. ¿Te ha molestado alguno de ellos? He notado que ese tal Draper se ha estado acercando mucho a tu escritorio...

–Matt, te aseguro que soy capaz de cuidar de mí misma –replicó ella sonrojándose.

–¿Sí? –preguntó él suavemente–. Eres callada, Violet. Refinada. No eres la clase de mujer que recibe tanto como da.

–Ojalá pudieras escucharte, Matt Falconer. Te aseguro que no soy una completa idiota. –Yo jamás he dicho que lo seas...

–La implicación estaba presente –le espetó ella. Entonces, vio una expresión de asombro en el rostro de Matt porque él nunca había visto aquel lado de su personalidad–. ¿De verdad crees que soy tan débil como para echarme a llorar y salir huyendo porque alguien me diga algo?

–En absoluto.

–¡Tengo más agallas de lo que tú probablemente piensas!

–Estoy seguro de ello.

–¡En ese caso, deja de tener esa actitud paternalista conmigo!

–Dios, Violet. ¿De dónde viene todo esto? ¡Solo he venido a hablar contigo para descubrir lo que estaba ocurriendo! –exclamó él mientras se mesaba el cabello. Violet se tranquilizó un poco, aunque con dificultad.

–Te he entregado mi dimisión, Matt, porque ha surgido algo inesperado y no me ha quedado elección. Sé que mi correo fue algo... breve, pero dar detalles habría sido muy complicado. No tenía ni idea de que tú ibas a ser tan insistente.

–¿Acaso pensabas que me iba a quedar sentado y que te iba a permitir que te marcharas así? –le preguntó Matt con incredulidad. Violet se sonrojó porque aquellas palabras habían sonado demasiado íntimas.

«¡Menos mal que te marchas!», se dijo. «¡Solo tienes que recordar lo peligroso que es ser tan estúpida como para que te guste tu jefe!».

–Me aseguraré de encontrar una sustituta adecuada antes de marcharme –respondió ella fríamente–. No te dejaré tirado.

–¿Y si decido que eres irremplazable?

–Nadie es irremplazable –respondió Violet encogiéndose de hombros.

–Dices que no tienes opción –comentó el como si estuviera pensando en voz alta. Entonces, abrió repentinamente los ojos y se incorporó en la silla. Violet lo observó llena de confusión–. Estás embarazada, ¿verdad? Yo soy muy progresista en lo que se refiere a ese tipo de cosas, pero, ¿es algo chapado a la antigua? ¿Es eso? ¿Se trata de un hombre que tiene una escala de valores más propia de la Edad Media? Debe de ser la clase de tipo que piensa que una mujer embarazada debe quedarse en casa.

Los ojos azules le miraron el abdomen y, horrorizada, Violet instintivamente se apoyó la mano sobre el vientre.

–¿Quién es, Violet? ¿Cómo es que no sé nada sobre él? ¿No te parece que es llevar el secretismo a un nivel exagerado? –le preguntó observándola atentamente–. Ahora, espero que me digas que eres lo suficientemente feminista como para saber que no se deja un trabajo maravilloso solo porque un tipo con opiniones anticuadas te sugiere que lo hagas.

De repente, Matt se levantó y se dirigió hacia la ventana de la cocina. Estuvo mirando a través de ella durante unos segundos antes de darse la vuelta para mirarla con desaprobación. Resultaba evidente que estaba muy ofendido.

–Ya no vivimos en la Prehistoria –prosiguió dejando a Violet sin palabras ante tan descabelladas conclusiones–. Deberías saber que soy más que considerado en lo que se refiere a mis empleados, sobre todo con los que tienen hijos. ¿Hay o no hay una guardería disponible en el octavo piso?

–Sí, pero...

–Hace mucho que hemos dejado atrás los días de la desigualdad entre géneros... –¿No hay nada de malo en que una madre decida quedarse en casa! –exclamó Violet.

Francamente, a ella no se le ocurría nada más maravilloso, pero no iba a permitir que un tema irrelevante la distrajera. ¿Cómo era posible que alguien tan inteligente pudiera ser al mismo tiempo tan... obtuso?

–No llevas anillo –comentó él–. ¿Un hijo fuera del matrimonio, Violet? No es lo que yo hubiera esperado de ti, pero también es evidente que me has estado ocultando muchas cosas. Estoy empezando a pensar si te conozco en realidad. Tú nunca has dejado entrever nada, pero pensaba

que conocía la clase de persona que eres. ¿Acaso ese tipo no ha tenido la decencia de pedirte en matrimonio o es que ha salido huyendo?

Matt sacudía la cabeza con indignación mientras Violet lo miraba asombrada.

–O tal vez está casado. ¿Es eso? ¿Te has dejado embaucar por una sórdida situación que te ha llevado a esto? Deberías haber acudido a mí para pedirme consejo. Yo te habría apoyado.

Violet estaba incrédula, tanto que casi no podía ni pensar.

–¿Un hombre casado? ¿Una sórdida situación? Además, Matt Falconer, no es que sea necesario, ¿pero por qué habría yo acudido a ti para que me dieras consejo?

Matt frunció el ceño.

–Porque soy un hombre de mundo.

–Sí, y también eres un hombre que no ha tenido nunca una relación que durara más de tres meses –le espetó ella sin poder contenerse.

En vez de sentirse enojado por aquella exclamación, Matt la miró completamente intrigado. Se acercó lentamente a Violet. Ella, hipnotizada en contra de su voluntad, tan solo pudo mirarlo fijamente. Entonces, se echó a temblar con una mezcla de ira y frustración por haber permitido que la situación se desmadrara de aquella manera.

–¡Esto es ridículo! –exclamó al ver que Matt tomaba una silla y la colocaba muy cerca de la que ella ocupaba.

–Lo sé. ¿Por qué no retiras tu dimisión y fingimos que no ha ocurrido nada de todo esto?

Matt la miraba fijamente y, de repente, de un modo inexplicable, sintió que su imaginación comenzaba a volar. Había algo atrayente en el rostro arrebolado de Violet, en su airada mirada y en sus labios entreabiertos. Frunció el ceño y parpadeó para volver a controlar sus sentidos.

–No he dimitido porque quiera un aumento de sueldo. Tampoco es porque quiera más responsabilidad – dijo ella enumerando cada razón lenta y cuidadosamente–. Si hubieras leído lo que te decía en mi correo, te habrías dado cuenta de que valoraba muy positivamente mi experiencia en tu empresa. Tampoco se trata de que alguien me haya estado molestando en el trabajo. Y si John Draper me ha pedido una cita, no creo que sea asunto tuyo.

–Sabía que ese tío estaba rondándote mucho y por nada bueno – replicó Matt con el ceño fruncido. Violet sintió ganas de darle un bofetón.

–Más concretamente, Matt Falconer, no he estado teniendo ninguna aventura con nadie. ¡Y tampoco estoy embarazada! Ciertamente, jamás me habría sentido atraída por alguien que pensara que tiene derecho a dictar las reglas sobre el lugar que debe ocupar una mujer. ¡Ninguna de esas afirmaciones es la razón de mi dimisión!

–Me alegro –comentó él visiblemente aliviado.

Violet lo miró con desaprobación. Era tan egoísta. Lo único que le molestaba era que pudiera encontrar una sustituta que pudiera adaptarse a su impredecible y exigente personalidad. No se podía creer que hubiera sido tan idiota como para haberse sentido atraída por él. Gracias a Dios, era lo suficiente inteligente como para saber que debía ocultar aquella reacción tan inapropiada. Gracias a Dios, desear a otra persona era una enfermedad curable, de la que ella se curaría en cuando abandonara su empleo.

–Entonces, dime a qué viene toda esta tontería –le dijo mientras se relajaba contra el respaldo de la silla y la miraba fijamente. Violet no pudo evitar beber de su masculina belleza tan solo durante un segundo antes de parpadear y regresar a la realidad.

Suspiró y se rindió.

Capítulo 2

SE TRATA de mi padre –dijo ella simplemente mientras Matt la miraba como si de repente ella hubiera empezado a hablar en otro idioma.

–¿Tienes padre?

–Sí, Matt. Claro que tengo padre. La gente tiene padres. Estas cosas ocurren.

Él sonrió y se movió ligeramente para poder estirar las piernas.

–Te diría que voy a echar de menos tu sarcasmo, pero no es así. Si esto tiene que ver con un sencillo caso de problemas familiares, estoy seguro de que podremos encontrar una solución.

–No soy sarcástica –respondió Violet cortésmente. Matt levantó las cejas muy sorprendido.

–Has realizado más comentarios sarcásticos sobre las mujeres con las que he salido de los que puedo recordar. ¿Recuerdas que me preguntaste si había pensado alguna vez en salir con mujeres que no se volvieran locas por ir a un balneario? ¿O la vez que me dijiste que no era cierto que las rubias se divirtieran más? Eso por no olvidar algunos de tus innecesarios comentarios sobre las muestras de afecto que yo enviaba cuando una relación, desgraciadamente, había llegado a su fin...

–¿Muestras de afecto? –repitió Violet–. Sinceramente no creo que los carísimos ramos de flores de la también carísima floristería de Knightsbridge se puedan considerar «muestras de afecto».

–He regalado mucho más que flores...

–En lo que se refiere a una ruptura, no se puede hablar de «muestras de afecto».

–Bueno, es mi manera algo arrogante de apaciguar mi conciencia.

–Lo has dicho tú, no yo.

–En realidad, sí que lo has dicho tú –replicó Matt sin pestañear–. En más de una ocasión, aunque admito que ha sido de maneras diferentes. No obstante, el mensaje siempre ha sido el mismo. La mayoría de las personas se lo piensa dos veces en lo que se refiere a dar su opinión cuando están conmigo. Sin embargo, tú nunca te has mostrado reticente a la hora de decir lo que piensas sobre mi vida personal. A tu manera, tan sosegada y tranquila, por supuesto. Bueno, ¿qué es lo que le ocurre a tu padre?

Violet sentía que la piel le ardía. ¿De verdad había sido tan obvia? Pensaba que siempre se había mostrado muy cuidadosa, pero, evidentemente, no tanto como había pensado.

–Yo... mi padre no está bien.

–Siento escucharlo, Violet. ¿Se trata de algo serio? ¿Cuántos años tiene?

Había verdadero interés en su voz y Violet sintió que algo se debilitaba dentro de ella. No estaba acostumbrada a compartir nada, pero, en aquellos momentos, no había nada que deseara más que contarle todo al hombre que estaba sentado frente a ella, mirándola con sus intensos ojos azules, de un modo especulativo y considerado.

–¿Que cuántos años tiene? –repitió ella–. Es joven. Aún no ha cumplido los sesenta.

–¿Y qué es lo que le ocurre?

–En realidad no es relevante, Matt –comentó ella encogiéndose de hombros e ignorando la tentación de decir más de lo que debería. Su intimidad era muy importante para ella, un rasgo propio de su personalidad, tan arraigado, que le resultaba imposible prescindir de él incluso cuando deseaba hacerlo.

Era una costumbre nacida de las circunstancias. La vida nómada había impuesto un peaje a las amistades. ¿Cómo se podía formar vínculos fuertes con las personas cuando siempre se estaba de paso? En especial, cuando se era demasiado joven como para pensar en el futuro y ver más allá. Por supuesto, cuando la vida había empezado a tranquilizarse, ese hábito ya había arraigado y esas raíces crecían ya demasiado profundamente.

–Claro que es relevante –afirmó él–. Estás disgustada.

–Y tú te estás imaginando cosas.

–No tienes que disimular todo el tiempo –replicó Matt. Ella se puso en alerta. No le gustaba el modo en el que él parecía estar acorralándola, haciendo que se sintiera perdida y vulnerable–. Habla conmigo. Me has entregado tu dimisión. Creo que es justo decir que me merezco una explicación.

Violet se dio cuenta de que tenía razón. En realidad, se dio cuenta de que se habría sentido muy desilusionada si él hubiera aceptado su carta de dimisión sin más, encogiéndose de hombros y sin hacer ninguna pregunta.

Llevaba dos años y medio trabajando para él y, efectivamente, lo conocía más profundamente que cualquiera de las mujeres con las que él salía. Conocía sus idiosincrasias, sus manías. Además, parecía que él también la conocía mucho mejor de lo que ella había imaginado. Aquello le resultaba turbador.

En realidad, nada de lo que él pudiera decirle le haría cambiar de parecer. ¿Qué podía haber de malo en confiar en él? Se marcharía de la empresa y lo dejaría atrás. Si ella le dejaba vislumbrar un lado más íntimo de su ser, después no tendría que verlo a diario en el trabajo ni se tendría que enfrentar a la curiosidad de Matt por su vida.

–Mi padre vive al otro lado del mundo –comenzó, frunciendo el ceño mientras trataba de poner en orden sus pensamientos–. En Australia para ser exactos.

–¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí? ¿En qué parte de Australia vive?

–En Melbourne. Lleva allí ya casi seis años. Se marchó después... Bueno, volvió a casarse. Mi madre murió cuando yo era pequeña.

Se mordió los labios y apartó la mirada. Matt guardó silencio. Odiaba que las mujeres lloraran. Otro detalle que ella sabía sobre él. Por ello, hizo un gran esfuerzo para no dejarse llevar por la oleada de abatimiento que amenazaba sus buenas intenciones.

–Tómate tu tiempo. No tengo prisa.

–¿Estás seguro de que quieres tener esta conversación? –le preguntó Violet aligerando el tono. –¿Por qué no iba a querer?

–Porque no te gustan las conversaciones intensas y largas con las mujeres. Creo que es algo que has compartido conmigo en el pasado.

–¡Qué bien me conoces! –murmuró Matt–. Sin embargo, tú no eres una de mis mujeres, ¿verdad? Por ello, es justo decir que no se aplican las reglas normales para las demás.

No era una de sus mujeres...

Violet sintió un dolor intenso dentro de ella, un dolor profundo y totalmente inapropiado. Se dijo que, afortunadamente, no era una de sus mujeres. Conociéndole tan bien como lo conocía, sería una receta perfecta para el sufrimiento, porque él representaba todo lo que Violet no quería en un hombre.

Tal vez se volvía loca por su pecaminoso atractivo como cualquier otra mujer, pero era lo suficientemente sensata para evitar ir más allá en el peligroso camino de la atracción.

Se encogió de hombros con expresión velada. Para matar el tiempo y ordenar sus pensamientos, le ofreció otra taza de café, que él declinó educadamente. Entonces, de mala gana, ella le sugirió una copa de vino, que él aceptó con avidez.

–Bueno, me estabas hablando de tu padre, el hombre del que has evitado hablar durante dos años y medio, que vive en Melbourne. Un lugar que yo conozco muy bien.

–Tiene problemas con el hígado, que ha ido llevando bastante bien, pero mi madrastra murió hace seis meses y, desde entonces, él está cada vez más deprimido –dijo Violet. Decidió que ella también necesitaba una copa de vino y se la sirvió antes de tomar asiento–. Me visitó hace dos meses y trató de hacerme ver que está bien, pero yo me di cuenta de que no era así.

–¿Problemas de hígado? ¿Bebe?

Violet se sonrojó. Era normal que hiciera aquella pregunta.

–Solía beber, pero, como sabes, la bebida siempre está al acecho en lo que se refiere a los ex... ex... –¿Alcohólicos?

Violet asintió y apartó la mirada.

–La depresión es su enemigo y yo estoy muy preocupada de que, allí solo, pueda resultarle demasiado tentador.

–¿Sigue en Melbourne?

–Sí.

–¿Y por qué no vuelve a vivir aquí?

Matt miró a su alrededor. La elegante casa era pequeña y coqueta. Violet se dio cuenta de lo que él estaba pensando. No era una mansión, pero sí lo suficientemente grande para dos personas. Además, valía mucho dinero y se podría vender fácilmente para comprar algo más grande en un barrio menos exclusivo.

–¿Problemas de dinero?

–Si fueran problemas de dinero, yo no estaría viviendo en una casa como esta.

–Eso me lleva a la pregunta que llevo queriéndote hacer desde que entré por la puerta. Me importa un comino cómo puedes permitirte el alquiler de una casa como esta. Tal vez te gustan las casas pequeñas y caras y prefieres sacrificar tu sueldo en una en vez de hacerlo en vacaciones, coches o ropas de diseño. Eso es asunto tuyo. Lo que te quiero decir es que si no te puedes permitir mantener a tu padre cuando regrese, solo tienes que decirlo. Es decir, si lo que quieres es dinero, estoy dispuesto a darte todo lo que necesites. Podríamos decir que se trata de un préstamo sin intereses –comentó mientras se mesaba el cabello–. Pensé que nunca le suplicaría a una mujer, pero ya soy lo suficientemente mayor para admitir que siempre hay una primera vez para todo. Nunca había tenido una asistente que trabajara tan bien. Comprendes cómo pienso y no te vuelves loca si me acerco demasiado a ti.

Violet sabía que, entre aquellas palabras, había un cumplido escondido en alguna parte, pero en lo único en lo que podía pensar era en lo de «no te vuelves loca si me acerco demasiado a ti».

Los comentarios a lo largo de los años le habían informado a Violet que la única otra asistente personal que había aguantado con él, y lo había hecho a lo largo de toda una vida, era una mujer casada de sesenta años que se había jubilado anticipadamente y que le había dejado en la estacada hacía tres años. Antes de que apareciera Violet, el puesto lo habían ocupado una larga sucesión de atractivas candidatas, porque, según le había contado una de las chicas de contabilidad, a él le apetecía tener algo que le alegrara la vista todos los días. «Hasta que llegué yo», pensó Violet.

–Me siento muy halagada –le respondió a Matt–, pero no tiene nada que ver con el dinero.

Ella suspiró y se resignó al hecho de que él se quedaría boquiabierto al conocer un pasado que ella siempre se había guardado para sí misma. Se puso de pie, abrió uno de los cajones y sacó un álbum de fotos. Se lo

entregó a Matt porque, en aquel caso, las imágenes hablarían mucho más claramente que las palabras.

Matt lo abrió y comenzó a hojearlo. Entonces, se incorporó un poco en el asiento y volvió a mirar las páginas más detenidamente, fijándose atentamente en cada una. Entonces, la miró asombrado.

–¿Tu padre es Mickey Dunn?

–En realidad se llama Victor. Me sorprende que hayas oído hablar de él.

–¿Y quién no? Se quemó muy joven. Alcohol y drogas.

–Deja de mirarme así –comentó Violet algo molesta. Se había tomado la copa de vino y sintió que el alcohol se le subía a la cabeza. Casi nunca bebía, resultado de haberse visto siempre rodeada de personas que bebían demasiado.

–Jamás me habría imaginado que eres la hija de alguien tan tremendo como Mickey Dunn –murmuró Matt sin ocultar su curiosidad. Entonces, miró a su alrededor–. Eso explica esta casa. Yo pensaba que ahorrabas todo lo que podías y evitabas irte de vacaciones porque pagar la hipoteca era más importante. Después, decidí que la alquilabas. Supongo que esta casa es tuya de arriba abajo, ¿verdad?

–Yo nunca te mentí –replicó Violet a la defensiva.

–En eso tienes razón.

–Mi padre me compró esta casa antes de que se marchara a Australia. No quería pensar que yo pudiera alojarme en cualquier sitio que pudiera ser peligroso. Yo siempre le dejé muy claro que no quería dinero de él, pero se empeñó –añadió con una sonrisa–. Cualquiera diría que le habría dado igual algo así, teniendo en cuenta lo descarriada que había sido su juventud, pero no fue así –comentó. Respiró profundamente y miró a Matt directamente a los ojos–. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años en un accidente de motocicleta. Mi padre conducía y no se recuperó nunca del hecho de que ella fuera de acompañante. No había estado bebiendo. Simplemente derrapó. Había llovido aquella noche y tomó una curva demasiado rápidamente...

–¿Dónde estabas tú en aquel momento?

–En casa. Estaba con mi niñera. Ellos siempre estaban de fiesta, pero cuando mi madre estaba viva, no tan frecuentemente como todo el mundo piensa. En ocasiones me llevaban con ellos, pero normalmente se

aseguraban de que alguien responsable me cuidara. Recuerdo que me desperté por la mañana y, después de eso, nada volvió a ser lo mismo. Para abreviar, la vida de una estrella del rock lo sacó totalmente de sus casillas. Se perdió en el alcohol y las drogas, a pesar de que seguía ocupándose de mí todo lo que podía. A veces, ese todo lo que podía era un poco errático... –añadió mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. No se atrevió a mantener contacto visual con su jefe, por si acaso—. Tocaba música, tenía unas fans que lo adoraban y viajábamos por todo el mundo, pero era yo la que lo veía cuando estaba solo. Vi su tristeza. Al final, tal y como era de esperar, el grupo dejó de dar giras y, durante un tiempo, mi padre escribió canciones para otros músicos. En aquel momento, no hacía más que entrar y salir de clínicas de rehabilitación y yo me había convertido en su cuidadora. Más o menos.

–En su cuidadora...

–Esas cosas pasan –comentó ella encogiéndose de hombros. Por suerte, el momento de querer echarse a llorar había pasado y volvía a sentirse controlando la situación. El pasado era pasado y ella ya hacía mucho que lo había aceptado. Tal vez nunca había tenido una infancia normal, pero había sido variada y su padre, a pesar de todo, había estado siempre pendiente de ella. A su manera. Así que...

Hizo ademán de que estaba empezando a dar por terminada aquella conversación. Había dicho más de lo que había anticipado, por lo que daba las gracias de que el tiempo que ellos dos iban a pasar juntos estuviera a punto de llegar a su fin. Matt Falconer era muy insistente y seguramente la historia de Violet habría despertado su curiosidad. Una vez más, Violet se preguntó cómo habría sido seguir trabajando para él después de haberle dado tantos detalles sobre su vida.

–Mi plan es alquilar esta casa y marcharme a Australia durante una temporada para estar con mi padre. Él no quiere regresar a vivir a Londres. Le gusta mucho Melbourne y ha hecho muchos amigos allí. Le gusta el tiempo y el estilo de vida más relajado, pero yo tengo que asegurarme de que está bien mientras pasa por este bache.

Violet esperó a que Matt realizara algún comentario, pero él permaneció en silencio.

–Todo habría sido diferente si Caroline, mi madrastra, siguiera aún con vida.

Silencio.

–Está en lista de espera para un trasplante de hígado.

«Demasiados datos», pensó Violet, enfadada consigo misma.

–La conoció cuando estaba en rehabilitación. Ella trabajaba allí.

Violet chascó la lengua con impaciencia y se preguntó si ella iba a seguir dándole detalles de su vida para evitar quedar en silencio. Aquella actitud no era propia de ella, la reservada, distante y fría Violet Dunn a la que él estaba acostumbrado.

–¿Vas a seguir ahí sentado sin decir nada, Matt?

–Eras su cuidadora –repitió él, aún pensando y mirándola de un modo intenso y penetrante que le ponía a ella el vello de punta–. Debiste de sacrificar algunas cosas.

–¿Qué quieres decir?

–Suele ser así –dijo él lentamente, como si estuviera encontrando la solución a un complejo problema que solo se podía solucionar a través de una serie de cuidadosas etapas–. El cuidador siempre renuncia a algo. ¿Tengo razón? Creo que tus estudios debieron de ser algo erráticos, como poco, lo que dice también mucho de que, a pesar de todo, hayas terminado siendo una persona tan preparada. Debiste de ser muy estudiosa de adolescente.

Violet apretó los labios. Si Matt supiera lo cambiados que habían estado los papeles en su vida... Si miraba atrás en su vida, se encontraba con la adolescente que se quedaba en casa, leyendo, mientras su padre estaba de juerga bebiendo, drogándose y cayéndose de bruces en el sofá cuando llegaba a casa. Había sido ella la que le había recriminado las fiestas nocturnas y recordándole los peligros de las drogas. Se había asegurado de que se tomara sus vitaminas y que se alimentara bien. Cuando las giras terminaron y las visitas a los centros de rehabilitación comenzaron, ella estaba totalmente acostumbrada a ocuparse de todo lo que ocurría en la casa. Claro que había renunciado a cosas. Lo primero, a ser una adolescente despreocupada y feliz.

–Me gustaba estudiar –dijo ella–. Ahora, creo que ya es hora de que te marches. Me pediste una explicación sobre por qué he dimitido y ya te la he dado.

–No estoy dispuesto a marcharme.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Me he pasado dos años y medio preguntándome qué era lo que más le importaba a mi megaeficiente secretaria. Además, sigo empeñado en hacer que cambies de opinión. Por lo tanto, tendrás que perdonar mi curiosidad.

–¿Podemos hablar de esto por la mañana? –le preguntó ella con gesto cansado.

–¿Cuándo vuelvas a estar con tu correcto trajecito, sentada detrás de tu escritorio, protegida por tu profesionalidad? Creo que prefiero hablar con esta Violet Dunn, que es ligeramente menos formal.

–¡No me importa lo que prefieras!

–He absorbido dos empresas de software y da la casualidad de que una de ellas está en Melbourne. ¿Sabías que Melbourne está a la cabeza en lo que se refiere a la cantidad de pequeños negocios? Estoy intentando arrancar ahí. Allí hay grandes promesas y te aseguro que voy a cuidarlas mucho. Siento que podría poner huevos de oro con el apoyo adecuado.

–¿Y qué tiene eso que ver conmigo? –le preguntó ella poniéndose de pie.. Se acercó a la puerta de la cocina y apoyó la mano sobre el pomo de la puerta.

–Necesitas rutina –le dijo Matt con una voz que le provocó una tremenda exasperación.

–Creo que podré continuar con mi vida sin ella durante un tiempo –respondió Violet descaradamente–.

Ahora, levántate. Es hora de que te marches. Estoy agotada.

–Entiendo que no estás planeando en instalarte al otro lado del mundo –comentó Matt haciendo caso omiso a la indirecta de Violet.

–No –admitió ella después de un rato. Suspiró y volvió a sentarse. Las piernas le temblaban–. Yo no podría vivir allí. Sería mucho más fácil que mi padre se mudara aquí y eso va a ser parte de lo que quiero conseguir cuando vaya. Convencerle para que regrese a vivir a Londres.

–Si él sigue teniendo vínculos aquí, podría pensar que lo iban a llevar por el mal camino –sugirió Matt.

Violet abrió los ojos de par en par.

–No se me había ocurrido pensar en eso –admitió–. Podrías estar en lo cierto. Aún tiene amigos entre los miembros de su grupo y, por supuesto, irían a un pub y terminarían bebiendo, lo que sería muy duro

para él. Podría tratar de persuadirle para que se mudara más cerca de la costa, lo suficientemente lejos de Londres para evitar las tentaciones...

–Volvamos a hablar de esa empresa mía en Australia –dijo Matt. Violet parpadeó y lo miró fijamente–. La razón por la que la he mencionado es porque me vendría bien un par de manos en las que pueda confiar allí para dirigir el nuevo equipo, por así decirlo. De esa manera, nos vendría bien a los dos.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero, Violet, a que tu plan para desaparecer durante meses sin tener nada que hacer en el otro lado del mundo más que tratar de animar a tu padre va a resultarte muy frustrante después de un breve espacio de tiempo. Eres una mujer inteligente y necesitas utilizar tu cerebro. ¿Cómo lo vas a hacer en Melbourne?

–Estoy segura de que sabré cómo ocuparme cuando esté allí.

–Claro, habrá trabajillos en los que puedas emplearte, aunque evidentemente no necesitas el dinero. En cualquier caso, siempre me había parecido que te gustaban los desafíos... Así que, vas a estar muy aburrida... y a mí me vendría muy bien alguien en quien pudiera confiar en las etapas iniciales de mi nueva empresa. Sería un ascenso muy importante para ti estar a cargo de una de mis empresas desde cero. Tendrías un nuevo puesto, nuevas responsabilidades y, por supuesto, un nuevo sueldo que refleje las dos cosas anteriores. No te preocupes sobre permisos de trabajo y todas esas banalidades. Considéralo todo hecho.

Matt dejó pasar unos segundos para que ella pudiera digerir las ventajas de todo lo que él le estaba ofreciendo. Violet tuvo que admitir que todo era muy tentador.

–Incluso te facilitaría un pequeño apartamento propio para que tu padre y tú pudierais mantener esa independencia a la que probablemente los dos os habéis acostumbrado a lo largo de los años. Sería una de las ventajas que tendrías con este trabajo.

–Es una oferta muy generosa, Matt...

–Entonces, ¿nos damos la mano para sellarlo? –le preguntó Matt mientras le dedicaba una de esas sonrisas con las que podría dejar sin aliento a una persona–. Por supuesto, habría un par de cosas que tendrías que tener en cuenta...

–Por supuesto –replicó ella secamente–. No hay nada que venga gratis. ¿Acaso no está eso escrito en algún lugar del manual de la empresa?

Matt soltó una carcajada. Sus ojos se oscurecieron con apreciación ante el modo en el que ella nunca se achantaba a la hora de decirle las cosas claramente. Iba a echarlo de menos.

–Tendrías que acceder a regresar a trabajar para mí en Londres después de un periodo determinado de tiempo. Yo diría que seis meses es bastante generoso. También tendrías que aceptar que yo fuera a supervisarte de vez en cuando para asegurarme de que todo está funcionando perfectamente.

–Te estoy muy agradecida por la oferta, Matt –dijo Violet–, pero voy a tener que decirte que no.

Matt siguió sonriendo unos segundos y luego frunció el ceño cuando asimiló lo que ella acababa de decirle.

–No hablas en serio...

–Todo esto ha sido muy repentino –dijo ella sinceramente–, pero me va a proporcionar la oportunidad para explorar otras áreas de mi vida además de trabajar detrás de un escritorio en un despacho.

–¿Qué otras áreas?

–Sé que en mi contrato figura que debo avisar con seis semanas, pero si encuentro una sustituta antes de entonces, ¿considerarías librarme de esa obligación antes? Naturalmente, no me tendrías que pagar por el tiempo que no trabajara. Tal vez podrías pensarlo esta noche y así podríamos hablar al respecto cuando llegue al trabajo mañana por la mañana.

–¡No me puedo creer que esté escuchando esto!

Violet había acudido a la puerta y él la había seguido con el ceño fruncido.

–No siempre tienes que conseguir lo que quieres –le dijo Violet delicadamente.

–Si estás tan desesperada por marcharte, no seré yo el que te encadene a tu escritorio y te obligue a trabajar esas seis semanas.

–¿Lo dices en serio? Cuanto antes pudiera estar con mi padre, mejor...

Violet pensaba que él iba a liberarla de su contrato. Siguió sonriendo mientras él la miraba furioso. Entonces, inesperadamente, Matt apoyó la mano sobre la puerta que conducía hacia el salón, que estaba entreabierta, y se medio tambaleó cuando esta se abrió de par en par. De repente, Matt había accedido al santuario de su salón.

Durante unos segundos, él se quedó sin palabras mientras observaba el piano de cola pequeño que estaba situado junto al mirador acristalado. Violet siguió su mirada. Sin pensárselo, entró en el salón y se acercó hasta el piano. Suavemente, deslizó la mano sobre la tapa de madera y luego sobre las teclas sin darse cuenta de la imagen que estaba pintando. Simplemente estaba haciendo algo que era totalmente instintivo.

–¿Tocas? –le preguntó Matt, hipnotizado por la esbelta y elegante figura de Violet de pie, de espaldas a él, etérea y pensativa, ejerciendo un profundo magnetismo sobre él.

Estaba justo detrás de ella. Violet podía sentir la calidez que irradiaba de su cuerpo y que la envolvía profundamente, pero ella no se sentía incómoda porque aquella era su zona de confort. Con gesto ausente, tocó algunas notas y una suave y melodiosa música tomó forma bajo sus dedos. De repente, se detuvo y se volvió hacia él, profundamente avergonzada.

–Sí –murmuró ella–. Debo de haber heredado parte del talento musical de mi padre.

Matt la miraba con una expresión velada, ligeramente turbadora. Ella sonrió, ansiosa por quitarle tensión al momento y volver al estado de ánimo de antes.

–No te sorprendas tanto, Matt. ¿Qué pasa porque sea algo más que la eficiente e invisible secretaria que te has pasado los últimos dos años y medio sin valorarla?

–¿Sin valorarte? Nunca –murmuró Matt. Deslizó los ojos por el rostro de Violet hasta llegar a la boca, perfecta y de labios gruesos, sorprendiéndole. Era una boca muy sexy. Una boca modelada para los besos–. ¿Invisible? De eso nada.

El ambiente había cambiado. Violet lo sintió y dio un paso atrás, chocándose contra el piano e irguiéndose inmediatamente para no sentarse sobre las teclas. Matt estaba tan cerca de ella y ya no era su jefe. Eran un hombre y una mujer, con las miradas entrelazadas, la respiración entrecortada y sumido en una carga eléctrica que, de repente, era tan potente que Violet sintió que podría desmayarse.

–Creo que deberías marcharte ahora –dijo ella con voz ronca. Durante unos segundos, Matt permaneció inmóvil y ella se preguntó lo que haría si ocurría lo impensable, si esa boca firme y sensual cubría la de ella.

Entonces, Matt dio un paso atrás y, cuando hubo una distancia segura entre ellos, dijo con voz ronca:

–Una semana. Después de eso, Violet, eres libre para marcharte.

Con eso, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta principal. Cuando Violet llegó a su lado ya la había abierto. Su cuerpo aún ardía, como si se hubiera acercado demasiado a una hoguera que de repente hubiera cambiado de dirección.

–¿Quieres que te encuentre una sustituta? –le preguntó ella. Matt la miró fríamente.

–Me las arreglaré –dijo. Entonces, volvió a tomar la palabra y le hizo pedazos el corazón–. Pensaba que te conocía, Violet. Resulta que no podía estar más lejos de la verdad.

Capítulo 3

A LA MAÑANA siguiente, Violet fue a trabajar. Llegó a las nueve, pero encontró la oficina, que siempre vibraba a un ritmo frenético, prácticamente vacía.

–Reunión secreta –le dijo Lisa, una de las analistas informáticas, cuando se acercó a Violet por detrás. –¿Reunión secreta? –repitió ella frunciendo el ceño–. No sabía que había reuniones hoy –añadió mirando en dirección a la sala de juntas. Sin embargo, vio que la puerta estaba abierta y que no había nadie en su interior.

–Se han marchado a un hotel. Todos los directivos, el jefe de contabilidad y un puñado de los técnicos – dijo Lisa mientras se dirigía hacia su mesa–. Oye, deberías estar contenta de haberte librado de eso. ¡Ya sabes lo que pueden llegar a durar una de esas reuniones! Yo estoy guardando el fuerte hasta que todos empiecen a regresar. Seguramente será sobre mediodía. Conociendo a los técnicos, no van a dejar pasar la comida gratis en la cafetería.

Asombrada, Violet se dirigió hacia su despacho.

Cuando llegó allí, había comprendido que Matt le había dado lo que solo podía llamarse un golpe bajo. Nunca la habían dejado al margen de nada. Siempre había sido su mano derecha. Había participado en todas las reuniones. Y, en aquellos momentos, allí estaba, sin nada que hacer, apartada claramente de la conferencia de alto nivel a la que todos habían acudido.

Se dijo que no importaba. En realidad, era perfectamente comprensible, dadas las circunstancias. Sin embargo, le dolía. Se encontró mirando al horizonte, dejando pasar el tiempo hasta que todos regresaran.

Y así ocurrió. La oficina se fue llenando lentamente. Violet no sabía si Matt había dicho algo sobre su dimisión, por lo que mantuvo un perfil bajo. Mantuvo la mirada sobre los ascensores, buscando a su jefe. Cuando

él se presentó por fin, mucho después de que ella se hubiera tomado su sándwich a la hora de almorzar y cuando ella ya había perdido la esperanza de que regresara, Violet se encontraba clasificando información que se necesitaría para una absorción. Notó que él se acercaba a su escritorio y, entonces, levantó la mirada con gesto profesional.

–Disculpa si llegaste aquí y te encontraste la oficina casi vacía –dijo Matt sin preámbulo alguno antes de dirigirse a su despacho–. ¿Clasificaste y enviaste todos esos correos? Espero que hayas utilizado el tiempo productivamente. No puedes estar sin hacer nada solo porque te vayas a marchar.

–Todo hecho –respondió Violet, tan eficiente como siempre mientras seguía a Matt a su despacho y cerraba la puerta a sus espaldas.

Normalmente, pasaban al menos una hora al día repasando el estado de las muchas empresas que Matt tenía por todo el mundo. Violet abrió su portátil, lista para empezar, pero él levantó una mano.

–No hay necesidad.

–¿Cómo dices?

–De hecho, te voy a quitar algunas de las cuentas más sensibles.

Violet palideció. Se quedó mirando fijamente su portátil y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. –Por supuesto –dijo tras aclararse la garganta–. Si haces una lista, me aseguraré de no volver a tener acceso a ellas.

Matt se relajó y se reclinó sobre su butaca de cuero. Entonces, apartó la silla de la mesa lo suficiente para poder estirar las piernas.

–De hecho, tal vez sería mejor si cedieras por completo tu trabajo de ordenador.

–¿Por qué? –le preguntó Violet con consternación. Casi no reconocía al hombre que la miraba con tanta indiferencia. Tenía el cabello peinado hacia atrás y este se le rizaba ligeramente sobre el cuello de la camiseta gris. Sus ojos azules eran fríos y reservados. Era más un desconocido que el hombre con el que llevaba dos años y medio trabajando.

–¿Por qué crees que no has sido incluida en las reuniones de esta mañana, Violet?

–No tenía ni idea de que había una reunión planeada.

–La organicé precipitadamente anoche. Ocurrió algo importante en una de las empresas del Lejano Oriente y surgió la necesidad de organizar una conferencia. La organicé yo mismo.

–Porque ya no confías en mí...

–No se trata exactamente de confianza...

–Claro que sí, Matt. Si cedo todo el trabajo que realizo en el ordenador, ¿qué tengo que hacer aquí?

–Puedes trabajar en temas menos sensibles.

–¿Como cuáles?

–Bueno –dijo Matt mientras inclinaba la cabeza a un lado y parecía pensar en aquella pregunta–. Siempre hay que ordenar muchas cosas en una oficina –añadió señalando uno de los archivadores, que contenía un número ridículo de manuales informáticos que prácticamente ignoraba todo el mundo en la empresa–. Puedes empezar por ahí. Me apuesto algo a que la mitad de esos manuales están ya obsoletos.

Me vendría bien que lo limpiaras.

Los dos se miraron en silencio durante algunos segundos. Entonces, Violet preguntó en voz muy baja:

–¿Por qué estás haciendo esto?

–Trabajas con asuntos muy sensibles, Violet. Ya lo sabes. No puedo permitir que te lleves nada. Por lo que yo sé, podrías crear otra empresa en Australia que se convirtiera en un competidor directo de la mía.

–¡No puedes estar hablando en serio!

–Has dimitido. Tengo que tomar las precauciones necesarias. Me resulta profundamente turbador que hayas rechazado la oferta de trabajo que te hice ayer. Si la hubieras aceptado, habría sabido que tu lealtad sigue conmigo. Tal y como están las cosas... –comentó encogiéndose de hombros y dejando que las palabras flotaran entre ellos.

Después de dos años y medio, Matt no confiaba en ella. Era un hombre muy intenso, muy volátil, muy apasionado y, efectivamente, era capaz de ver su dimisión como una traición. Sin embargo, ¿de verdad pensaba que ella era la clase de persona que sería capaz de quitarle los contactos para convertirse en competidora directa suya?

Eso le dolió profundamente.

Era como si todo el tiempo que habían pasado juntos no contara nada. Se rebulló en su asiento y se pasó una mano sobre la falda gris para alisársela. Por una vez, el uniforme que siempre había mantenido intactas las líneas de distinción entre ellos parecía estar rompiéndose por las costuras.

Se sentía muy triste. Quería llorar, pero no iba a ceder a la tentación. Durante un segundo, se preguntó cómo reaccionaría él. Los dos habían trabajado estupendamente juntos porque Violet siempre se había asegurado de mantener a raya sus sentimientos. Como ella se marchaba, Matt se había deshecho de ella también con cruel eficacia. Como si fuera una de sus ex.

No sabía si iba a poder seguir trabajando lo que le quedaba de semana. No era mucho tiempo, pero sí lo suficiente.

–Por supuesto. ¿Cuándo te gustaría que empiece?

–Voy a salir pronto a almorzar. Puedes empezar en cuanto me marche. Ah, y mientras estábamos hablando, he llegado a la conclusión de que no es necesario que sigas trabajando lo que te queda de semana.

–Pensaba que... ¿Y qué pasa con mi sustituta? Sé que una semana no es mucho tiempo, pero ya he pensado en algunas candidatas para el trabajo si ascendemos a alguien desde dentro de la empresa.

Violet se dio cuenta de que estaba desesperada por volver a ver algo de la calidez que Matt siempre había mostrado hacia ella y que ella misma siempre había dado por sentada. Sin embargo, el rostro de Matt era tan gélido como un trozo de mármol.

–¿Puedes? ¿De quién se trata?

–He hecho una lista.

–No esperaba menos.

Violet sonrió tímidamente porque aquel comentario era una broma habitual entre ellos. Violet adoraba las listas. Decía que eran esenciales para controlar todos los detalles.

Sin embargo, Matt no le devolvió la sonrisa. Simplemente la miró de un modo que la hizo sentirse acalorada, molesta y totalmente fuera de lugar por primera vez desde que empezó a trabajar para él.

–Maria Callway de Contabilidad –dijo ella–. Es muy diligente y sé que le encantaría el trabajo. Después, está John. Es nuevo, pero muy eficiente. Como recordarás, se ocupó de todos los problemas que tuvimos con la compañía de Maidstone hace unos meses. Agatha Child también da

el perfil y, a sus cincuenta y dos años, tiene el temperamento perfecto para el trabajo.

–¿El temperamento perfecto?

–Quiero decir que es tranquila y sosegada. Como lo es también Maria.

–Maria... Maria... Maria... ¿Es la que acaba de volver después de su baja maternal tras tener a su tercer hijo?

–Sí. Tiene muy buen ojo para los detalles. Si quieres, podría pedirles los currículos a los tres para que los eches un vistazo. No estoy segura de si tendríamos que publicar el trabajo o no, pero, sinceramente, cualquiera de esos tres encajaría a la perfección y la transición sería mucho más fluida. Todos conocen ya la mayoría de las cuentas y tú puedes...

Matt levantó la mano y Violet quedó en silencio inmediatamente, mirándolo fijamente. Dado que estaba a punto de marcharse y que le quedaban horas en vez de días dentro de la empresa, se sintió libre para fijarse en su belleza sin recriminarse por ello. El único deporte que sabía a ciencia cierta que él practicaba era el tenis de mesa y solo porque había una mesa en una sala tres pisos más abajo. Siempre estaba utilizándose y muchos problemas muy complejos se habían resuelto entre partida y partida.

Sin embargo, mirándolo, cualquier persona habría dicho que se pasaba el día haciendo ejercicio físico. Medía casi un metro noventa de músculos y fibra y era aún mucho más hermoso por sus exóticos rasgos. Nadie habría imaginado que era un hombre tan rico porque el único artículo de lujo que ella le había visto llevar en aquellos años era su reloj. Violet había observado aquel reloj solapadamente en muchas ocasiones, notando cómo el oscuro vello rozaba la correa de cuero.

Algunas veces, y cuando no le quedaba más remedio, se ponía traje. Todos sus trajes estaban hechos a mano, pero normalmente iba a trabajar en vaqueros, normalmente negros, mocasines, marrones, y una camiseta que solía llevar logotipos o dibujos de algún tipo en la parte delantera. A él le gustaba el rock y la camiseta que llevaba puesta aquel día, según pudo comprobar mirándolo de soslayo, presentaba a un grupo de rock muy importante de los años setenta. No era de extrañar que hubiera oído hablar sobre el padre de Violet.

–No tienes que molestarte sobre un posible sustituto –le dijo mientras se ponía de pie. –Pero...

–Volveré dentro de una hora o así. Espero que no decidas marcharte en mi ausencia.

–No lo haría nunca. Por supuesto que no –replicó ella. Se puso torpemente de pie, pero él ya estaba en la puerta–. No podré revisar mucho de ese archivador en solo unas horas.

–Haz lo que puedas –respondió él sin ni siquiera mirar en su dirección–. Solo asegúrate de que sigues aquí cuando regrese. Ah y lleva tu ordenador a Hannah, de Recursos Humanos. No quisiera que se te ocurriera mangarme los datos de algún cliente en mi ausencia.

–Matt... –dijo ella con voz ronca. Se acercó a él y apoyó la mano sobre el brazo de él, pero la retiró rápidamente. Era la primera vez que ella le tocaba y el tacto de su carne fue tan potente como si hubiera tocado un hierro al rojo vivo–. Dime que no crees de verdad que yo haría algo que te perjudicara. Sí, me marché de la empresa, pero jamás te sería desleal. No se me pasaría nunca por la cabeza robarte ninguna de tus cuentas. Nunca.

–Tomo nota.

–No tengo ni idea de qué quieres decir con eso.

–Significa que no he llegado a donde estoy confiando en otras personas. Después de dos años y medio, decides marcharte con un cortés correo electrónico de un párrafo en el que presentas tu dimisión. Fue solo porque me presenté en tu casa que ahora tengo algo de idea sobre la persona que eres y la vida que llevas. Cuando descubres que no se conoce a una persona en absoluto, llega el momento de considerar los niveles de confianza. Por lo tanto, ordena ese archivador, Violet, y no te preocupes sobre lo de encontrarme un sustituto. Ya me ocuparé de ello yo mismo.

Sabiendo que Matt tenía justificación para decir todo aquello, Violet se quedó inmóvil junto a la puerta mientras él se marchaba silbando hacia los ascensores.

Cuando se encontró frente al archivador de metal, dio gracias por la tediosa monotonía del trabajo que él le había ordenado hacer, algo sin importancia en lo que pasar el tiempo porque Matt ya no quería que estuviera cerca de algo que consideraba sensible.

En su opinión, Violet le había engañado. Ella tenía una vida que era desconocida por completo para él y ese secretismo le había hecho desconfiar. La veía de una manera diferente, una manera no muy halagadora para ella. A Violet no le gustaba, pero lo que él veía como

secretismo ella lo aceptaba como una parte imprescindible de su personalidad.

Había tenido que crecer rápidamente cuando su madre murió y vio que su padre se desmoronaba. Había llevado el luto de manera íntima porque había tenido que asegurarse de que su padre estaba bien y salía adelante.

Desde muy joven, había visto como los roles de su vida se intercambiaban con los de su padre. Había tenido que ocuparse de las responsabilidades de un adulto apretando los dientes y tirando hacia delante. En medio del caos, se había centrado en lo que había que hacer para evitar que su padre se dejara llevar por el alcohol y las drogas. Se había centrado en sus estudios, fuera donde fuera donde estuvieran durante las giras de su padre, aprovechando el uso de internet y haciendo los exámenes online para mantenerse al día. Había tenido profesores particulares, pero estos habían ido y venido con mucha frecuencia. Violet había tenido que aprender a depender de sí misma y así lo había hecho.

Durante esos años, algo tan sencillo como abrirse a otras personas, compartir y reírse sobre las cosas que le ocurrían había ido desapareciendo bajo el peso de sus responsabilidades. Adoraba a su padre y no se le habría ocurrido nunca ponerse ella primero, pero aquel comportamiento había tenido consecuencias. Vivir rodeada de personas que iban y venían, por el ruido de las guitarras, los pianos y las baterías, le había llevado a apreciar el valor de la tranquilidad. Se había visto rodeada de pocos niños de su edad, por lo que se le había pasado la fase de las confidencias adolescentes.

Sin embargo, ¿cómo iba Matt a saber todo eso? Lo único que él había visto era a alguien que estaba a su lado veinticuatro horas durante los siete días a la semana durante más de dos años y que, de repente, esa persona había decidido darle la espalda y marcharse. Además, él había tenido que pedirle explicaciones prácticamente a punta de pistola.

Con gran tristeza, se puso a realizar la tarea que él le había ordenado mientras trataba de convencerse mentalmente de que era maravilloso que pudiera marcharse inmediatamente.

Eran ya más de las tres cuando oyó los pasos de Matt acercándose. Violet levantó la mirada cuando escuchó que la puerta se abría. Le quedaba mucho para terminar el trabajo que él le había encargado y estaba sentada en medio de manuales, libros y panfletos.

—Puedes dejar todo eso —comentó él mientras abría la puerta y se dirigía hacia su escritorio—. Tengo otro trabajo para ti antes de que te

marches a las Antípodas. Candy, quiero que conozcas a Violet. Violet, te presento a tu sustituta.

Violet se dio la vuelta y se quedó atónita. En la puerta había una rubia muy alta que parecía acabar de bajarse de una pasarela. El cabello le llegaba hasta la cintura. En cuanto a su vestimenta, no dejaba mucho a la imaginación. Las largas y bronceadas piernas iban prácticamente al descubierto. Tenía los ojos azules. El top corto que llevaba puesto apenas lograba contener los generosos senos y dejaba al descubierto el pendiente que llevaba en el ombligo. El pendiente relucía con los rayos del sol de verano que se filtraban por los estores semitransparentes que cubrían los amplios ventanales desde el techo hasta el suelo.

–Ohh... –dijo Candy mientras se daba la vuelta y admiraba el despacho. Violet, sin palabras, no podía apartar la mirada de ella–. Me encanta el despacho –añadió antes de mirar a Violet con curiosidad–. Tú debes de ser la señorita Dunn. Matt me ha contratado a través del amigo del amigo de un amigo y, por suerte, yo estaba sin trabajo. ¿Cuándo nos ponemos a que me expliques cómo va todo?

–No hay mejor momento que ahora mismo –comentó Matt–. ¿Por qué no te pones a explicarle a Candy cómo va todo durante lo que te queda de jornada, Violet?

–Por supuesto.

Violet se levantó del suelo y se alisó la arrugada falda antes de volver a ponerse los zapatos. La rubia era mucho más alta que ella. Matt se sentó a su mesa y, cuando Violet se dirigió a su despacho con Candy pisándole los talones, él le pidió que dejara abierta la puerta que comunicaba los dos despachos.

Violet lo miró. Matt había puesto los pies encima de la mesa y tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Era su postura para pensar, según le había dicho él en una ocasión. En aquellos momentos, seguramente iba a centrarse en vigilar a la posible traidora, por lo que Violet se decidió a mostrarse lo más profesional posible y a ignorarle totalmente.

Las siguientes dos horas fueron dolorosas. Resultó que Candy era la amiga de una amiga de una chica con la que Matt había salido hacía cuatro meses. Era una mujer bastante inteligente y entusiasta, pero también hizo suficientes preguntas sobre Matt como para que Violet se diera cuenta de que no iba a ser exactamente la relación de una secretaria con su jefe que Matt necesitaba. Sin embargo, si él había llegado a la conclusión de que

tener alguien decorativo era mejor que tener a alguien menos glamuroso y más centrado, pues Violet solo podía desearle buena suerte.

–Ahora ya te puedes marchar –las interrumpió Matt cuando Violet estaba a punto de perder la paciencia–. Me refiero a Candy. Tú, Violet, tienes que quedarte un poco más.

Los dos esperaron mientras Candy recogía sus cosas. Se parecía tanto a las mujeres con las que él solía salir...

–No estoy segura de que ella sea la persona adecuada para este trabajo –le dijo Violet en cuanto volvieron a estar a solas en el despacho de Matt.

–¿Dices eso porque te ha molestado que ignore tus sabias palabras y no acepte las sugerencias que tan solícitamente me hiciste? –replicó él mientras se sentaba de nuevo detrás de su escritorio y le indicaba a Violet que hiciera lo propio en una de las butacas–. Tal vez me apetezca tener a alguien abierto y sincero y... ¿cuál es la palabra que estoy buscando?

–¿No adecuada para nada demasiado complicado?

–Llamativa.

Violet se sonrojó y apartó la mirada. Aquel comentario le dolió, pero no iba a demostrarlo. Respiró profundamente y trató de recuperar la compostura para volver a enfrentarse a aquella mirada azul.

–Tal vez sea así y Candy y tú tengáis una relación larga y muy productiva –dijo ella–. Sin embargo, también puede ser que tengas que pedirle a Maria que se haga cargo de muchas cuentas porque, sinceramente, Candy no va a poder hacerse con todo.

–¡Maldita sea, Violet! –rugió Matt mientras se ponía de pie tan precipitadamente que ella se sobresaltó–. Tal vez –añadió mientras rodeaba el escritorio para colocarse justo delante de ella–, tal vez tenga que ceder a la tentación de tener alguien sincero a mi alrededor para variar.

–Baja la voz –le recomendó ella. Estaba temblando porque era la primera vez en su vida que Matt le levantaba la voz a pesar de que lo hacía constantemente con otros empleados. Sin embargo, nunca había dirigido su ira hacia ella.

–¿Y si no lo hago qué? ¡Te olvidas que soy el dueño de todo esto!

Violet bajó la mirada y no dijo nada, lo que pareció enfurecerle aún más. Antes de que ella pudiera reaccionar o levantarse para ir a recoger su escritorio, Matt se inclinó sobre ella y agarró con fuerza los brazos de la

butaca. La agobiante presencia de él hizo que se le cortara la respiración y que se quedara con la mente en blanco. La garganta se le quedó totalmente seca, las pupilas se le dilataron y sintió que el rubor le cubría las mejillas.

Aspiró el potente aroma del aftershave que él utilizaba hasta que sintió que estaba a punto de desmayarse.

–¿Te importa? –le preguntó mientras él la miraba con desaprobación.

–¡Sí, claro que me importa! Candy va a ser un soplo de aire fresco después de ti. Si tarda un poco en hacerse con algunos de los temas más complejos, siempre puedo llamar a una de las personas que me has recomendado. Estoy deseando tener a mi alrededor a alguien que no piense que pasar cinco minutos diciéndome qué tal le ha ido el fin de semana sea una grave intromisión en su intimidad. O que pueda tener un padre famoso con el que se solía ir de gira por todo el mundo.

Violet se sintió algo mareada ante la potencia de aquella acusadora mirada azul. Quería disculpar su ira, porque era comprensible dado su temperamento, pero, en vez de eso, se sentía como si le hubiera defraudado de alguna manera que resultaba totalmente imperdonable.

Después de aquel día, no volvería a verlo nunca más. Él llevaba dominando su vida durante más de dos años. Había confiado en ella completamente y la había ascendido mucho más de lo que correspondía a su cargo o sueldo. La había tratado con respeto y admiración y, de repente, Violet no quería abandonar su trabajo rodeada de nubes negras.

No quería marcharse dejando que él pensara lo peor de ella, que era capaz de traicionar la confianza que había depositado en ella, pero Violet había rechazado la mejor oferta de trabajo que él podría haberle hecho y, para Matt, eso solo podía significar traición.

–No lo comprendes –protestó.

–¿Qué es lo que no comprendo?

–Mi vida –respondió ella en voz baja–. No comprendes mi vida. No tienes ni idea de lo que fue crecer con una estrella de rock como padre. Ni siquiera puedes comprender cómo eso me ha convertido en la persona que soy hoy en día.

Le mortificaba que aquella conversación hubiera adquirido un cariz tan personal, pero siguió hablando, sabiendo que era su último día, probablemente su última hora allí, antes de marcharse al otro lado del mundo.

–No acepté tu oferta de trabajo porque quiero hacer algo con mi música –continuó con un susurro casi inaudible–. Me encanta tocar el piano. Lo he hecho toda mi vida. El piano ha sido una constante en una existencia llena de sobresaltos. Mi padre siempre se sentía culpable de que fuera un talento que yo nunca había tenido la oportunidad de desarrollar y me sugirió que me pusiera a ello cuando estuviera en Australia. Él conoce a mucha gente. Yo podría dar clases. Creo que me gustaría hacerlo. Ahí lo tienes, Matt.

Él se retiró y se incorporó. Cuando no mostró señales de regresar a su butaca, Violet retiró la suya y se puso también de pie. Su delicada y esbelta figura suponía un profundo contraste con la descarada y poderosa masculinidad de Matt.

–Iré a recoger mi escritorio –dijo ella mirándolo de reojo mientras se dirigía a la puerta que dividía los dos espacios de trabajo.

–Hazlo –musitó él apartando la mirada.

–Y Matt –dijo ella. Esperó hasta que él la estuvo mirando–. Voy a añorar... «Te. Voy a añorarte». Eso era lo que le hubiera gustado decir.

–Voy a añorar trabajar aquí más de lo que puedo expresar con palabras.

Capítulo 4

LA VISITARÍA?

Melbourne le llamaba porque, tal y como debería haberse imaginado, no había nada fácil en la vida. En el último momento, una de sus pequeñas empresas emergentes, a la que llevaba meses mimando, había tenido problemas muy graves y Matt había tenido que ir a ocuparse del asunto porque nadie más podría levantar aquella situación.

¿La visitaría?

Violet se había marchado hacía seis semanas. Matt se había mantenido en contacto con ella porque, después de todo, habían estado trabajando juntos el tiempo suficiente como para que él reconociera el vínculo que habían formado. Además, ¿y si Violet decidía regresar a Londres? Resultaría muy tentador volver a contratarla. Después de que ella se hubiera marchado, se había dado cuenta de lo valiosa que había sido su aportación a la empresa. Mucho más de lo que él hubiera imaginado nunca. Además, parecía que Violet había ocupado permanentemente un rincón de su pensamiento. Por eso, bueno, tal vez pudiera pasarse a verla...

Después de todo, su lema había sido siempre que no había que quemar las naves...

Violet había respondido sus correos tan cortés y distanciamiento como si hubiera estado sentada frente a él en su despacho, evitando las preguntas personales que siempre le había disgustado que le hicieran.

Sí, todo iba bien. Sí, su padre estaba tan bien como era de esperar. No, no había reconsiderado su oferta de trabajo, aunque sí, habría sido un trabajo muy conveniente dado que la oficina solo estaba a media hora de donde ella vivía. El tiempo era bueno. La comida era buena. La gente era simpática. El paisaje era agradable.

A Matt le molestaba que ella no añorase la vida que había dejado en Londres. Si no hubiera sido por los esfuerzos de él por mantener el

contacto, Violet habría desaparecido en el horizonte en medio de una nube de polvo.

La buscaría. Aparte de todo lo demás, sería interesante conocer a su padre. ¿A quién no le gustaba conocer a los ídolos de su infancia?

Solo por curiosidad, había estado preguntando un poco. Había sido fan del padre de Violet. Era muy famoso. Aunque había dejado de tocar en directo hacía ya mucho tiempo, la gente todavía sabía quién era. Matt había estado a punto de lograr su objetivo con la primera pregunta.

Scott Dixon, uno de los directivos de la empresa, había hablado maravillas de Mickey Dunn, que era un nombre muy conocido en la industria musical. Recientemente, había creado su propia escuela para jóvenes promesas sin muchos recursos.

Según le dijo Scott, iba a dar su primer concierto en seis años en un local muy de moda en el centro de la ciudad... al que iba a asistir su hija. Por suerte, el concierto coincidía con las fechas en las que Matt estaría en Melbourne.

Se imaginó a Violet entre bambalinas, cuidando de su padre, asegurándose de que él no hacía nada descabellado. Estaría vestida formalmente y seguramente estaría organizando a todas las fans y al resto de los miembros del grupo. Sonrió lleno de afecto al pensarlo.

Había pensado si debía advertirla o no de su llegada, pero decidió por fin que no lo haría. No sabía si el trabajo le permitiría verla o si al final decidiría no ir. El encuentro podría resultar algo incómodo y, además, la relación que ambos habían tenido siempre había sido dentro del ámbito laboral.

Armado con un montón de ideas preconcebidas, Matt no había estado preparado para lo que se encontró. Se había imaginado un montón de mujeres maduras entrando en un local que, a pesar de lo que le había dicho, no sería tan de moda, sino más bien refinado y culto, una imagen que encajaba mejor con la de un rockero entrado en años que, en aquellos momentos, dirigía una escuela para músicos emergentes.

Sin embargo, nada era como se lo había imaginado. Matt observó a las personas que hacían cola para entrar en el exclusivo local, adornado con modernos grafitis y con dos gorilas a la puerta.

Se unió a la fila. Sabía que aquel era el segundo día de conciertos porque le había costado mucho conseguir una entrada. ¿Quién se habría imaginado que habría tantos viejos rockeros haciendo cola para poder

volver a saborear el pasado? Parecía que Mickey Dunn seguía siendo muy famoso.

Decidió que sorprendería a Violet después del concierto. Se la había imaginado sentada ansiosamente entre bambalinas, observando atentamente a su padre para asegurarse de que todo iba bien.

Matt fue el último en entrar. El club era magnífico. Paredes de ladrillo, enormes espejos y más grafitis. Había mesas a ambos lados de la sala, colocadas sobre una amplia plataforma, que era donde los asistentes podían cenar. En el centro, solo se podía estar de pie. Sobre el escenario, había un piano, una batería y un par de tipos con barba que estaban afinando. Parecía que iba a ser una actuación memorable. Se sentía muy nervioso, algo que le sorprendió porque, hasta el último momento, no había estado seguro de ir a hacerle una visita a su antigua secretaria. Más sorprendentemente, recordó la extraña sensación que se había apoderado de él cuando estaba a punto de abandonar la casa de Violet y la miró. Sintió como si, de repente, el mundo se hubiera reducido para darles cabida solo a los dos y algo fuerte y urgente le había animado a tocarla. A cubrir la boca de ella con la suya. La sensación había sido abrumadora.

Había logrado resistirse, pero con extrema dificultad.

Tocarla, besarla, pensar en hacerle el amor... Todo había sido una locura y él había tenido el sentido común de marcharse.

Sin embargo, el poder de aquella tentación lo había dejado muy tocado. ¿Por qué había vuelto a surgir aquel recuerdo tan inesperadamente?

Tan sumido había estado en sus pensamientos, que lo habían llevado por la tangente a un delicioso tabú, que casi no se había percatado de que Mickey Dunn había salido al escenario en medio de un estruendoso aplauso. Y... No se lo podía creer.

Se irguió un poco más. No se podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Se quedó con la boca abierta. Desde la parte posterior de la sala y aunque con su más de metro noventa era mucho más alto que los que le rodeaban, tuvo que parpadear para procesar lo que estaban viendo sus ojos: su recatada y formal secretaria vestida de rockera.

Estaba seguro de que se le había escapado algún sonido de admiración entre los labios, pero la sorpresa no lograba describir lo que estaba sintiendo. Los elegantes trajes con los que estaba acostumbrado a verla habían desaparecido. Ni siquiera unos vaqueros. Violet llevaba puestos un par de pantalones cortos minúsculos, con medias negras, botas

de motero y un top corto. Llevaba el cabello recogido en dos pequeñas trenzas. Tenía un aspecto increíblemente sexy y, por lo que parecía, él no era el único al que había cautivado la imagen a juzgar por los silbidos de apreciación con los que la recibieron en el escenario.

Su padre se sentó en un taburete alto con su guitarra y dos miembros de la banda detrás. Violet se sentó al piano y... surgió la magia.

El mundo pareció desintegrarse mientras escuchaba antiguas baladas, de las que Matt conocía las letras, y una serie de versiones de otras canciones muy conocidas. No podía apartar sus ojos de Violet. Ella estaba completamente absorta en su piano, sin prestar atención a nada de lo que le rodeaba. Terminaron con algunos de los números más famosos de la banda, viejos éxitos que hicieron que todos los asistentes cantaran y los vitorearan. Violet se dejó llevar, poniéndose de pie para tocar las notas del piano y sonriendo a su padre que le devolvía la sonrisa.

Mucho sudor, mucho ruido y gritos de aprobación por parte del público. Entonces, cuando todo terminó y las luces se apagaron, Matt se dirigió hacia el lugar en el que pensaba que estaban los camerinos. Si había tenido dudas sobre lo de presentarse allí al otro lado del mundo y hacer tiempo para buscarla, las dudas se esfumaron inmediatamente. Nunca se había sentido más vivo.

Se preguntó lo que diría Violet cuando lo viera. No podía borrar su imagen del pensamiento, tan sexy y maravillosa. Una vocecilla le decía que aquello era algo que, en lo más profundo de su ser, siempre había sabido.

Era muy sexy con sus recatados trajes, el reluciente cabello con un corte de pelo bob y la pausada e imperturbable apariencia. Una parte de él siempre lo había sabido, aunque solo lo había reconocido en la casa de Violet, cuando la cabeza comenzó a darle vueltas.

Estuvieron a punto de chocarse. Matt iba a toda velocidad por los pasillos de la parte posterior del escenario y ella avanzaba a toda prisa en la dirección opuesta. Violet lanzó un grito y se detuvo en seco mientras abría los ojos de par en par, con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

–¡Matt!

–Sorpresa, sorpresa –le dijo él con una sonrisa. Se había olvidado de lo profunda y melódica que era su voz y lo menuda que era ella comparada con él. Un extraño anhelo se apoderó de él y lo dejó en silencio durante unos segundos.

–He venido por negocios. La maldita empresa que compré ha tenido algunos problemas. Mientras estaba aquí, pensé en pasarme a ver cómo te iba...

Matt guardó silencio. Vio que las mejillas de Violet estaban muy sonrosadas y tenía los ojos muy brillantes. Él quería tocar aquellas trenzas, ver si eran de verdad porque nunca le había visto con aquel peinado. Entonces, Violet se arrojó a sus brazos.

El gesto fue tan inesperado que Matt, temporalmente, se quedó sin saber qué hacer. Era consciente de cada delicada curva, del frágil y esbelto cuerpo, de los pequeños senos apretándose contra él. Torpemente, la rodeó con sus brazos con un gesto que era una mezcla de gozo y de asombro.

«Mal hecho. Muy mal hecho», le dijo una vocecilla a Violet en el interior de su cabeza.

Ella sintió que, de repente, él se había quedado muy rígido y supuso que probablemente estaba horrorizado por aquella alocada muestra de afecto por parte de su encorsetada exsecretaria. Sin embargo, ella se sintió tan aliviada de verlo que podría haberse echado a llorar.

Se apartó de Matt y comenzó a tirar de él hacia los camerinos.

–Me alegro tanto de que estés aquí, Matt.

–Violet, para. ¿Qué es lo que pasa?

–Es mi padre.

–¿Qué es lo que le ocurre?

–Se ha desmayado.

Violet prácticamente había echado a correr mientras tiraba de él hacia la parte posterior del club. Había muchas personas reunidas en el exterior de uno de los camerinos, pero los dos consiguieron abrirse paso.

–¿Ha llamado alguien a una ambulancia? –gritó Matt mientras miraba a su alrededor.

–Sí, yo –dijo una tímida voz.

Matt asintió. Vio que habían apoyado a Mickey sobre un cojín. Su rostro tenía un aspecto cetrino y sudoroso y le costaba respirar. En ese momento, Matt hizo lo que le pareció mejor. Se hizo cargo de la situación.

Violet observó con alivio como él despejaba el camerino tras asegurarse que no había nadie que tuviera conocimientos médicos. Confiscó varios teléfonos de curiosos que estaban tratando de capturar la

escena y sorprendentemente, los teléfonos se le entregaron sin protesta alguna, tal era el poder que irradiaba su personalidad.

Ella estaba temblando de la cabeza a los pies. Se arrodilló junto a su padre y comenzó a apartarle el cabello del rostro.

La ambulancia llegó por fin. Los paramédicos se pusieron rápidamente a atenderlo.

—¿Quieres que vaya en la ambulancia al hospital contigo? —le preguntó Matt mientras le colocaba la mano en el cuello y la miraba. Ella asintió—. Bien, pero primero...

Se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros. Entonces, le dedicó una media sonrisa.

—Tu atuendo está genial para el escenario, pero tal vez te dé algo de reparo ir así vestida en un hospital —añadió.

Aquel gesto le pareció tan tierno que Violet no pudo articular palabra durante algunos segundos.

Entonces, se marcharon hacia la ambulancia, que los llevó rápidamente al hospital.

—Me siento tan inútil... —susurró ella cuando se llevaron a su padre a un box para atenderlo mientras ellos esperaban en una sala.

Violet se arrebujo la chaqueta y se secó los ojos con los nudillos. Ni siquiera le había preguntado a Matt qué era lo que estaba haciendo allí. Había aparecido por arte de magia y le parecía maravilloso que él estuviera allí, convirtiéndose en su apoyo en aquella repentina tormenta.

Iba vestido como siempre, con unos vaqueros negros, una camiseta de manga larga y unos zapatos también oscuros. Casual y, al mismo tiempo, pleno de elegancia sin esfuerzo alguno.

Dios, ¿cómo había podido olvidarse de lo guapo y lo alto que él era? Había contestado a sus correos tan breve y cortésmente como había podido, creyendo firmemente que cuando antes rompiera el contacto con él, antes dejaría la cabeza de llenársele de imágenes que le hacían creer que estaba enloqueciendo por añorarle tanto.

Matt la miraba lleno de preocupación. Ella se mordió el labio.

—Cuéntame lo que ha ocurrido —le dijo él.

—Ojalá lo supiera. Esta mañana parecía estar un poco pálido y le dije que, si no se encontraba bien, deberíamos cancelar el concierto. Sin

embargo, él insistió y cuando a mi padre se le mete algo en la cabeza, es una fuerza imparable. No obstante, yo sabía que no estaba bien. Lo sabía cada vez que me miraba... –susurró con los ojos llenos de lágrimas–. Conozco muy bien a mi padre. Deberíamos haberlo dejado antes. Yo debería haber insistido. Y ahora... ¿Y si se muere?

–No se va a morir.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque tengo línea directa con el Jefe de ahí arriba –comentó con una sonrisa que Violet, de mala gana, le devolvió.

Ella comenzó a relajarse un poco. Resultaba increíble lo tranquila que le hacía sentirse la presencia de Matt.

–Me siento un poco débil –dijo ella con voz temblorosa–. ¡Qué coincidencia que tú estés aquí! Espero que lo de esa empresa se solucione pronto.

–No te preocupes por eso. Vamos a centrarnos en lo que realmente importa. Tu padre. Ve a sentarte allí mientras yo voy a comprarte una taza de café, aunque seguramente te vendría mejor un buen trago de whisky. Después, iré a buscar a un médico o a una enfermera para ver qué está pasando.

Matt la guiaba delicadamente hacia una de las sillas que estaban alineadas contra la pared. Ella se sentó sin protestar. Sabía que aquella era una faceta de ella que Matt nunca había visto, la faceta que no era eficiente ni profesional ni tranquila en condiciones de estrés. La Violet que casi no llevaba nada de ropa bajo la chaqueta que él, por suerte, le había prestado.

Se sentía vulnerable y asustada. Solo quería apoyarse en él y dejar que Matt se hiciera cargo de todo.

Se sentía temerosa y frágil.

Matt apareció con un café y luego volvió a desaparecer casi igual de rápidamente. Cuando regresó, se arrodilló delante de ella y la miró. El profundo azul de sus ojos se entrelazó con el cálido marrón de los de Violet.

–Lo primero de todo, se va a poner bien.

Violet cerró los ojos para controlar el sentimiento que aquella frase despertó en ella.

–¿Te... te lo ha dicho el médico?

Matt sonrió.

–Un médico, un especialista y el informe que insistí en consultar. Tiene neumonía. Van a tenerle ingresado al menos durante una semana para controlar todas sus constantes vitales, pero el diagnóstico general es que se va a poner bien.

–El estrés... Se le ha ido acumulando todo. Debería haberle prestado más atención, pero a mi padre siempre se le ha dado muy bien ocultar lo que no quiere que nadie vea. Ha estado muy ocupado con la escuela de música que empezó y ha tenido muchas preocupaciones sobre su salud. Se le veía algo pálido, aunque parecía estar descansando bien, pero...

–No hay razón para mirar lo que podrías haber hecho o lo que no. Ahora ya no puedes hacer nada aquí.

Está sedado en estos momentos, por lo que voy a llevarte a tu casa.

–No, no es necesario. Soy perfectamente capaz de...

–No, no lo eres y yo voy a llevarte sana y salva y de una sola pieza a tu casa. Ya podrás tomar decisiones en otro momento. Ahora mismo, yo estoy a cargo de todo.

Aquellas palabras, fueron como maná del cielo. Permitted que él la sacara delicadamente del hospital, tanto como si ella fuera la paciente y no su padre.

Regresaron a la casa de su padre en un taxi. La vivienda estaba en una magnífica finca de cuidados jardines. Se trataba de una mansión de dos plantas, de hormigón y cristal, con una piscina exterior y otra climatizada y un completo estudio de grabación donde el padre de Violet se pasaba gran parte de su tiempo tocando la guitarra y componiendo.

–Muy bonita.

Ese fue el único comentario que Matt hizo. Habían realizado el trayecto en silencio, pero Violet se había sentido muy acompañada. Por ello, en cuanto el taxi se detuvo frente a la casa, ella sintió que el pánico se apoderaba de su ser.

–No te preocupes –murmuró él justo después de abrir la puerta del taxi, pero antes de descender del vehículo–. No te voy a dejar sola hasta que no sepa que estás bien. Y no me digas que ya estás bien porque no lo estás.

Entraron en la casa, que estaba decorada con muy buen gusto. Violet sentía la presencia de Matt a su lado y, aunque no quería que él se

marchara, tampoco quería que se quedara. Se giró hacia él y las miradas de ambos se cruzaron.

–Estoy muy cansada –murmuró. No podía apartar la mirada de él. Aún llevaba puesta la chaqueta que él le había prestado, por lo que se la quitó y se la ofreció cortésmente–. Y estás equivocado. Estoy bien. Solo estoy muy cansada. No tienes que quedarte aquí para cuidarme.

–Tal vez deseo hacerlo. Antes de que te marcharas vi a una Violet muy diferente. Y aún es más diferente la que veo ahora –añadió con voz ronca.

–Me disculpo entonces –replicó ella secamente. Apartó la mirada del rostro de Matt, pero nada podía ocultar los rápidos latidos de su corazón.

–¿Por ser humana?

El tono jocoso de su voz habría sido más que suficiente, pero más peligroso aún fue el seductor roce de la mano contra la mejilla de Violet. Ella inclinó la cabeza. Fue un gesto sencillo, instintivo, pero abrió la tapa de la caja que ella había mantenido tan firmemente cerrada durante más de dos años. Matt bajó la cabeza justo cuando ella levantó su rostro. El beso fue totalmente inevitable.

El contacto de la boca de Matt sobre la de ella fue similar a una descarga eléctrica. Violet se retiró, pero de mala gana. Su cuerpo quería más, pero el sentido común reconocía que necesitaba cerrar aquella puerta que se había abierto tan inesperadamente.

–¿Qué está pasando? –le preguntó mientras mantenía la mirada fija sobre las botas que llevaba puestas.

Entonces, levantó la mirada y lo observó lleno de aprensión.

Matt se mesó el cabello con la mano.

–Yo también me estaba preguntando lo mismo –respondió él con voz ronca.

–Deberías marcharte.

–¿Sí?

Violet lo miró de nuevo. Quería tan desesperadamente que aquellos labios volvieran a besarla que la sensación era prácticamente un dolor físico que le recorría todo el cuerpo y le provocaba una oleada de lujuria prohibida.

Era la situación. La tensión contenida desesperada por encontrar alivio. Matt era la tentación personificada. Sin embargo, sabía que era un error. Tal vez allí no fuera su secretaria, pero sería una estupidez pensar que aquello no tenía importancia.

Pero aquellos labios... Firmes, maravillosos y tan sensuales. Y el modo en el que su cuerpo respondía. Era como si ella hubiera descubierto una nueva red de nervios y de sensaciones que nunca había sabido que poseyera.

–Matt –susurró ella con voz vacilante, que terminó por desaparecer cuando él comenzó a trazarle la silueta de la boca con un dedo. Le atrapó el dedo con la mano, pero el temblor que apareció en ella delataba que Violet no estaba totalmente tranquila—. Esto no es para nosotros...

–Ya no trabajas para mí, Violet. Estás muy afectada, lo entiendo. Si quieres que me marche, solo tienes que decirlo y me marcharé. ¿Es eso lo que deseas?

–Claro que sí –respondió ella débilmente.

–Quiero besarte. Tienes los labios más tentadores que he visto nunca...

–Qué raro, porque nunca me dijiste nada parecido antes –musitó ella. La piel le ardía.

–¿Habrías querido que lo hiciera?

–¡Por supuesto que no!

–En el momento en el que yo te decía algo remotamente personal, te ponías a la defensiva –dijo él mientras tomaba la mano de Violet en la suya y bajaba la cabeza para deslizar la lengua sobre la boca de Violet—. Jamás te habría puesto en la incómoda situación de tener que enfrentarte a mis insinuaciones. Yo era tu jefe y siento mucho respeto por lo que eso supone. Sin embargo, aquí ya no soy tu jefe.

Violet se dio cuenta de que, efectivamente, Matt ya no era su jefe y que aquello abría toda clase de puertas y que, todas ellas, deberían permanecer firmemente cerradas.

Matt no tenía relaciones y, en lo que se refería a los hombres, Violet necesitaba los que sí las tenían. Necesitaba estabilidad en todas las áreas de su vida. Necesitaba poder echar raíces y un hombre que estuviera dispuesto a echarlas junto a ella. No era una mujer frívola ni superficial y, aunque Matt dijera que se sentía atraído por ella, él no tenía relaciones serias.

Violet lo sabía perfectamente. Había visto de primera mano lo que pensaba él de las relaciones.

Sin embargo, el corazón le latía muy rápidamente y sentía un insoportable hormigueo en los labios y en muchas otras partes de su traicionero cuerpo.

–Estoy muy afectada –musitó. Decidió escuchar el sentido común, porque el sentido común siempre tenía razón–. Gracias por traerme a casa y por... por ir conmigo en la ambulancia.

Matt dio un paso atrás y la miró con profunda intensidad. Tenía una mirada velada en sus fabulosos ojos.

–Me apuesto algo a que nunca pensaste que terminarías conmigo en una ambulancia cuando decidiste venir a verme esta noche.

Mucho mejor. Violet sintió que empezaba a recuperar el autocontrol y que aquellos aterradores sentimientos empezaban a desaparecer. No podía mirarlo a los ojos, pero su voz había sonado normal. Los hábitos de toda una vida habían ido recuperando su lugar.

Lo había besado, sí. ¿Y qué? Todo el mundo tenía derecho a un instante de locura, algo de lo que ella no había disfrutado nunca, ni una sola vez, en toda su vida.

–¿Te apetece... un café? –le preguntó ella indicando la cocina.

Entonces, echó a andar hacia ella con la esperanza por un lado de que él decidiera marcharse y olvidarse del beso que habían compartido y, por otro, que la siguiera a la cocina porque ansiaba volver a experimentar aquellas excitantes y maravillosas sensaciones.

–Sí. Un café estaría muy bien.

Matt la siguió a la cocina, muy moderna, en la que las únicas señales de uso provenían de un par de tazas que escurrían junto al fregadero.

–Una vez más, te doy las gracias por lo de esta noche...

Sentía que él la estaba mirando. Trató de no pensar en el hecho de que llevaba un atuendo mucho más adecuado para una fiesta de disfraces.

–No tienes necesidad de darme las gracias, Violet. Estoy encantado de haber estado allí para ayudarte, aunque estoy seguro de que habrías podido elegir entre los voluntarios que habrían estado dispuestos a proporcionarte un hombro sobre el que llorar.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó mientras le entregaba una taza de café solo muy cargado, tal y como a él le gustaba, y se sentaba en una silla.

–Que has tenido muchos admiradores esta noche. Estoy seguro de que escuchaste los gritos de admiración cuando entraste.

–A mi padre aún le quedan muchos admiradores –comentó ella, sonrojándose, mientras le daba un sorbo a su propio café.

–Lo dejaré pasar, pero creo que sabes perfectamente a lo que me refiero. Estabas muy en tu papel.

¿Cómo te va por aquí? Los correos que me has estado enviando no dan muchos detalles.

Violet se sonrojó un poco más. Por supuesto, Matt no sabía el efecto que siempre había ejercido sobre ella, así que jamás supondría que la parquedad de sus respuestas era por los esfuerzos que estaba haciendo para olvidarlo.

–Me va muy bien, Matt. Estoy muy ocupada.

–¿Con la escuela de tu padre?

–¿Cómo sabes eso?

–Tengo amigos en muchos lugares –replicó él mientras la miraba desde debajo de las pestañas–. He preguntado por ahí, por curiosidad. Tu padre tiene una gran reputación por aquí. Parece que el chico malo del pasado se ha convertido en un prócer de la comunidad.

Violet sonrió y se relajó un poco. Aquel era el Matt que ella conocía bien.

–No estoy segura de que él se sintiera muy cómodo con eso del prócer de la comunidad. Aún le gusta pensar que sigue teniendo un lado salvaje.

–Ciertamente tiene el talento. Tocáis muy bien juntos.

–¿Te ha sorprendido?

–Creo que es justo decir que casi todo sobre ti me sorprende.

Violet se rebulló en el asiento al recordar cómo había reaccionado él al descubrir dónde vivía y un pasado que jamás habría sospechado. Traicionado. Se preguntó si ella también le había sorprendido con aquel beso. Ella no era la mujer a la que él había calificado como su fiel secretaria, sin una vida personal de importancia. Violet había roto aquel molde y le había revelado un lado de su personalidad que lo había

sorprendido. Y aquella noche, en su hora de necesidad, Violet le había revelado aún más sobre sí misma.

¿Podría haberle proporcionado, de repente, un elemento de novedad que había despertado el interés de un hombre que siempre se sentía atraído por el mismo tipo de mujer?

Violet sabía que era mejor no dejarse llevar por aquella clase de pensamientos. Cuanto más trataba de analizar la situación, más volvían sus pensamientos a las sensaciones que había experimentado con el beso de Matt y las respuestas que ese beso había generado.

Peligroso.

–Deberías marcharte –dijo poniéndose repentinamente de pie–. Probablemente no volveré a verte antes de que te marches, así que... Espero que tengas éxito en lo que has venido a hacer aquí.

–¿Es ahora cuando nos damos la mano y fingimos que somos unos desconocidos? –le preguntó él. Habría un cierto tono burlón en su voz. Cuando se puso de pie, se acercó a Violet más de lo debido–. Me quedan unos días aquí, Violet. No se me ocurriría dejarte que te ocupes de todo sola mientras tu padre sigue en el hospital. Puedes contar conmigo. Es lo que haría un exjefe como es debido...

Capítulo 5

MATT CUMPLIÓ su palabra de no dejar que Violet se enfrentara a todo sola, una afirmación que le había producido a ella una profunda sensación de intranquilidad, y se presentó a las ocho de la mañana siguiente. Violet ya llevaba levantada una hora y estaba entreteniéndose con tareas sin importancia mientras esperaba que llegara la hora de poder ir a visitar a su padre al hospital.

–Está fuera de peligro –le habían dicho a ella cuando llamó para pedir información a las seis de aquella mañana–, pero sigue sedado y no estará consciente para las visitas durante al menos un par de días. El cuerpo solo puede soportar un cierto nivel de estrés y sospechamos que su padre llevaba ya varias semanas ignorando las señales de advertencia.

A pesar de todo, Violet decidió que iría y se sentaría junto a su padre a pesar de que él estuviera dormido. Casi se sentía culpable de que su padre se hubiera desplomado de aquella manera. Ella debería haberse dado cuenta de que algo malo le estaba pasando y que por eso estaba tan desmejorado. No debería haberse dejado convencer cuando él le aseguró que los conciertos deberían seguir adelante, aunque él no se encontrara del todo bien.

Todo esto estaba en su cabeza cuando abrió la puerta y se encontró a Matt en el exterior, apoyado contra el marco mientras la observaba con sus profundos ojos azules.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Instintivamente, se tocó la boca con los dedos, un gesto inconsciente que se produjo al recordar el poder del beso que habían compartido. Entonces, dejó caer la mano y trató de recuperar la compostura, pero sentía un profundo hormigueo por todas partes y se había sonrojado. Se sentía muy agradecida por la presencia de Matt el día anterior, pero, a la luz del nuevo día, las alarmas empezaron a sonarle en la cabeza.

Se habían besado. Habían roto la barrera que había estado firmemente colocada durante años. En aquellos momentos, la presencia de Matt en la puerta de su casa era lo último que sentía que podía soportar.

–Te he traído el desayuno –dijo. Como un mago, sacó una bolsa que tenía oculta a la espalda y se la mostró–. Pensé que seguramente no habrías comido nada.

–Matt... –musitó, algo avergonzada por el atuendo que llevaba puesto, unos pantalones vaqueros recortados y una camiseta. Al recordar el de la noche anterior, se echó a temblar–. No había necesidad de que vinieras a verme. Te estoy muy agradecida por lo de ayer, pero mi padre va mejorando. Estoy bien.

Matt la miró muy interesado. Efectivamente, ella tenía razón. No había motivo para que él estuviera allí.

Sin embargo, lo ocurrido el día anterior había sido una revelación.

Había acudido al concierto como muestra de respeto a la relación laboral que había existido tan exitosamente entre ellos durante más de dos años. Tenía que admitir que había sentido curiosidad por ver cómo le iba a ella. Al menos, esa era la historia que se había hecho creer e iba a seguir creyéndola.

Sin embargo, cuando Violet salió al escenario se quedó sin respiración. La sala entera pareció desvanecerse y él solo tuvo ojos para la mujer que había pasado de ser crisálida para convertirse en una mariposa.

Entonces, la había visto también vulnerable y dependiente, sin la habitual coraza de eficiencia y autocontrol. Aquella combinación había despertado algo dentro de él que era lo que le había llevado de nuevo a su casa. Con una bolsa de pan.

–¿Vas a invitarme a entrar?

Violet suspiró y se hizo a un lado. Matt se dirigió directamente a la cocina.

–Cuéntame cómo está tu padre –añadió por encima del hombro mientras colocaba la bolsa de pan sobre la mesa y luego se daba la vuelta para mirarla.

Violet le observó. Automáticamente se había hecho cargo, dominando la situación y el espacio. Desgraciadamente, ella ya no contaba con la defensa natural de cuando Matt era su jefe. Estaban en aquella cocina como iguales y todo ello resultaba muy desconcertante.

Para aliviar la tensión que sentía, tomó el pan y comenzó a sacar platos y tazas para el café. Entonces, le indicó que se sentara en una silla para que no fuera una torre junto a ella y la pusiera más nerviosa.

–Está descansando.

No lo miraba, pero era muy consciente de las oleadas de intensa masculinidad que emanaban de él. Se sorprendió por haber sido capaz de soportar aquel impacto físico cuando trabajaba para él. Admitió que un traje y unos zapatos bajos eran mejores escudos de protección para los devastadores efectos de su jefe. Unos pantalones cortos y una camiseta proporcionaban una barrera muy frágil. Además, el recuerdo del beso compartido era la guinda del pastel.

Le ofreció un plato con un poco de pan, unas mermeladas y una taza de café y dio un paso atrás. Su lenguaje corporal era cortés, pero frío. Y Matt lo sabía. Violet lo notó en su mirada cuando la observó brevemente antes de ponerse a untar el pan con un poco de la mermelada de lima salvaje que a ella tanto le gustaba.

–Comprensible –comentó él con tono neutral.

–Voy a ir a visitarlo... muy pronto –replicó Violet mirando el reloj.

–Supongo que va a estar sedado algún tiempo.

Violet entornó la mirada y se preguntó si él había conseguido información sobre el estado de su padre antes de ir a verla.

–Me sorprende que no estés trabajando –observó, cambiando de tema rápidamente–. Sé que siempre te gusta mucho empezar temprano.

–Hay tantas cosas que sabes sobre mí –dijo él con un tono íntimo–. Tu sucesor, aunque es muy capaz, carece de tu intuición.

–Es algo que se adquiere con el tiempo.

–Por supuesto. Claro que me gusta empezar temprano a trabajar. Sin embargo, mis deseos por trabajar desde primera hora de la mañana parecen haberse chocado contra una pared con los de aquí. Ellos prefieren empezar a las diez.

–Mala suerte –repuso ella tratando de ocultar una sonrisa.

–No te creas –dijo él–. Así he podido venir a verte con este pan. Muy bueno, por cierto. Y me encanta la mermelada –añadió mientras tomaba el bote en las manos y lo miraba antes de volver a dejarlo sobre la mesa–. Eso también significa que puedo llevarte al hospital a ver a tu padre. Y he pensado algunas cosas para el resto del día.

Violet se quedó boquiabierta y lo miró con consternación.

–Vas a decirme que no hay necesidad, pero no hay más que hablar. Estoy encantado de serte de ayuda en este momento de necesidad. Tú te has pasado muchas noches trabajando conmigo y nunca te has quejado. Así que no pienses ni por un momento que esto me incomoda.

Dado que Violet no había estado pensando nada de ese estilo, siguió en silencio, sin saber qué decir.

–Te cuento mi plan –dijo Matt mientras apartaba ligeramente el plato a un lado–. Vamos a ir al hospital para ver cómo está tu padre.

–¿Vamos? ¿Vamos has dicho?

–Ayer estabas destrozada, algo que es de extrañar. Y no hay nada de malo en tenerse que apoyar en otra persona de vez en cuando, Violet.

Violet se preguntó si estaba en un universo paralelo. ¿Desde cuándo se enorgullecía Matt Falconer de ser un hombre en el que una mujer pudiera apoyarse? Abrió la boca para decírselo, pero él siguió hablando.

–Probablemente no quieras admitirlo, pero esta mañana te habrás despertado con la misma ansiedad que te acostarías anoche.

Así había sido, pero no quería admitirlo, como tampoco quería recordar que le había besado en un momento de debilidad.

–Te aseguro que no necesito que me des la mano, Matt. Soy perfectamente capaz de enfrentarme sola a esta situación.

–¿Sí? ¿O acaso lo dices porque esa es la persona por la que siempre te has hecho pasar? –No trates de psicoanalizarme –le espetó ella.

–¿Por qué? Por una vez, la situación es a la inversa. ¿Por qué no te relajas y disfrutas de ello?

–Yo no soy tu responsabilidad –protestó ella. Entonces, le fulminó con la mirada–. Además, ¿desde cuándo lo de psicoanalizar a una mujer ha estado en tu lista de buenas acciones para el día?

Matt sonrió.

–Lo echo de menos. El modo en el que me puedes hacer reír. Bueno, sigamos con lo nuestro. Vamos al hospital y como no sirve de nada que te quedes ahí sentada junto a tu padre mientras él descansa, he pensado que te vienes conmigo al trabajo y así me puedes ayudar un poco.

–¿Quieres que trabaje contigo?

–¿Acaso tienes otra cosa que hacer el resto del día?

–Sí. No. Podría ser.

–No parece tenerlo muy claro, así que lo interpretaré yo solo y diré que no tienes nada más que hacer que visitar a tu padre y ponerte nerviosa preguntándote si podrías haber hecho algo para impedirlo.

Después de golpearse los muslos, Matt se puso de pie.

–Creo que te vendría muy bien distraerte y, además, me estarías haciendo a mí un favor. No había planeado venir aquí, al menos ahora y hay más problemas de los que había pensado. Los que están a cargo de la empresa son como niños y toda la documentación que tienen es un caos. Me ayudaría mucho tenerte a mi lado, Violet. Siempre hemos trabajado muy bien juntos. No hay razón para que no me ayudes ahora. Y así evitaría que pensaras en lo que está pasando.

–Tendré que ir al hospital. Mi padre me necesitará cuando le den el alta. No puedo olvidarme de mis responsabilidades para ayudarte.

–Al menos una semana –dijo él de repente. Violet lo miró totalmente perpleja–. Me tomé la libertad de llamar a su médico. Pensé que podría traerte buenas noticias. En momentos de estrés, a veces hace falta que una tercera parte mire la situación con otros ojos. Puedes contar conmigo para que yo sea esos ojos en tu nombre.

–¿Has llamado al médico?

–Tu padre tendrá que quedarse en el hospital al menos una semana, posiblemente más. Disfruta de los mejores cuidados, pero su salud lleva muchos años resintiéndose, por lo que su recuperación tardará algo más de lo que habría tardado en un paciente más joven y más fuerte.

–¿Llamaste y preguntaste por mi padre?

–No tienes que darme las gracias. Pensé que estarías nerviosa como para hacerlo tú misma. En resumen, está totalmente drogado en estos momentos y tiene una vía. No se enterará de que estás a su lado, al menos por el momento y mucho menos podrá tolerar visitas largas. Además, dudo que el hospital lo permita. Quieren que se recupere rápido y seguramente tu padre se sentirá muy culpable sobre lo ocurrido si sabe que has estado día y noche dándole la mano y observando con ansiedad su rostro.

Violet lo miró con desaprobación.

–¡No puedes venir a mi casa y empezar a controlar mi vida, Matt!

–No, pero puedo proporcionarte una buena distracción. A menos que tengas asuntos más urgentes, no entiendo por qué no aceptas mi oferta.

Dentro de una semana, yo ya me habré marchado y tú podrás seguir con tu vida aquí. Tu padre ya estará en casa y podrás dedicarle toda la atención que quieras. Mientras tanto, ¿qué mal puede hacer en tratar de olvidarte de tus preocupaciones, por muy justificadas que estén, y tratar de hacer algo productivo e interesante?

Eso fue precisamente lo que Violet pensó diez días más tarde. Matt le había dicho que estaría en Melbourne una semana. Sus convincentes argumentos y el dulce tono de su voz la habían llevado a olvidarse del horror y la preocupación por su padre en el hospital y hacer lo que él le había pedido.

En realidad, echaba de menos su trabajo. Adoraba la música y le gustaba tener la libertad de poder dedicarse a ella y ayudar a su padre con la fundación, pero echaba de menos los desafíos intelectuales que siempre había experimentado trabajando para Matt.

Había accedido a trabajar para él porque se sentía segura sabiendo que su estancia en el país sería limitada. Una semana y se habría marchado. La semana había cumplido hacía tres días y todavía no había fecha de partida.

Era cierto que había mucho que hacer. Los dueños de la empresa eran muy jóvenes y había muchos temas que resolver. Por supuesto, Violet iba a ver a su padre. En ocasiones, Matt la acompañaba y ella se sentía avergonzada al comprobar que le agradaban aquellas visitas. Su padre se animaba mucho en presencia de Matt y se dejaba llevar por su encanto y por el evidente entusiasmo que él mostraba con la historia del rock que lo definía.

Por supuesto, también habían ido a visitar la ciudad. Un poco. Lo normal, aunque Violet era consciente de que los dos no eran una pareja normal haciendo turismo.

—No me importa estar solo —le había dicho él en la primera noche—. Estoy en uno de los hoteles Hyatt, hay bar y comida disponible. Soy perfectamente capaz de conseguir que la gente hable conmigo.

Violet lo sabía. Matt era capaz de encandilar a cualquiera.

Una cosa era que ella estuviera trabajando para él, pero otra muy distinta comenzar a salir con él. Sin embargo, los límites entre ellos estaban ya algo desdibujados. Disfrutaba de su compañía, porque no había hecho amigos en Australia y resultaba agradable poder salir con alguien.

Una cena se convirtió en dos, y las dos en tres. Entonces, Violet empezó a bloquear el hecho de que él iba a marcharse. Prefería no pensar en ello.

Le gustaba hablar sobre su padre. Cuando hablaba de él, sorprendentemente lo hacía sobre su pasado, compartiendo confidencias que jamás habría dicho cuando trabajaba para Matt en Londres.

–Me gusta la nueva Violet Dunn –le había murmurado él la noche anterior cuando la acompañó a la puerta de su casa como siempre hacía–. Que viva mucho tiempo.

La había mirado fijamente, haciendo que ella sintiera un escalofrío de excitación por todo el cuerpo.

A Violet no se le había olvidado aquel beso. Nunca habían vuelto a mencionarlo, pero había seguido presente en su pensamiento, creando sensaciones dentro de ella que le hacían sentir como si estuviera en una montaña rusa.

En aquellos momentos eran las seis y media de la tarde. El trabajo estaba llegando ya a una satisfactoria conclusión y las firmas ya estaban todas en papel y se estaban relajando en uno de los bares más de moda de todo Melbourne. Estaban sentados el uno frente al otro.

–Tu ayuda ha sido muy valiosa.

Violet se sonrojó. Con cierta sensación de culpabilidad, pensó en el resto del entretenimiento fuera del trabajo del que habían disfrutado. Al principio, había resultado difícil superar la reticencia de ella, pero luego había resultado tremendamente fácil empezar a disfrutar de la compañía de Matt. Demasiado fácil.

–Gracias –replicó ella–. Tenías razón. Me ha venido muy bien. Me ha hecho dejar de pensar... en todo. Además, mi padre vuelve a casa mañana y en buena forma... Todo ha sido una buena idea. Además, me ha gustado tener que volver a trabajar con la adrenalina de tener una fecha límite.

–La oferta sigue en pie. Ahora que la absorción se ha completado del todo, aún queda trabajo que hacer.

No tendría que ser una situación permanente. Tal vez unas pocas semanas. No más.

Violet pensó en cómo sería tener un enlace entre ellos, intercambiando correos, escuchando la voz de Matt al otro lado de la línea

telefónica, aunque la conversación estuviera exclusivamente relacionada con el trabajo.

–Está bien así.

Sonrió cortésmente y le dijo adiós mentalmente a su momentánea debilidad. Recordó por qué había sabido desde el principio que alejarse de Matt sería lo mejor. Recordó la atracción que ella había sentido y el modo en el que había consumido sus pensamientos.

–En ese caso, esta –dijo él levantando la copa de whisky–, será nuestra última copa juntos. Me marcho mañana. He estado algo más de lo que había anticipado, pero la necesidad me obliga.

Violet siguió sonriendo, aunque, de repente, el mundo parecía haberse hundido bajo sus pies. Odió aquella sensación y el miedo que se había apoderado de ella. Miedo del vacío que él iba a dejar tras su partida.

–Por supuesto. Me sorprende que nadie haya mandado un avión a buscarte.

Matt la miró fijamente mientras hacía que el whisky girara dentro del vaso.

–Yo no lo habría aceptado –murmuró suavemente.

–¿Demasiado trabajo del que ocuparte?

–Mi lema siempre ha sido trabajar a tope sin distracciones. Pero en este caso la distracción ha sido demasiado agradable como para que yo hubiera aceptado regresar antes al campamento base.

–¿Qué quieres decir?

–Estoy hablando de ti, Violet. De ti.

Matt tenía un potente encanto masculino que siempre reservaba para las mujeres. Violet nunca había sido en el pasado blanco de ese encanto, pero lo estaba en aquel momento. Se lamió los labios. No había que preguntarle a él a qué se refería porque lo sabía perfectamente. Llevaba un tiempo sabiéndolo. Había sentido la electricidad que restallaba entre ellos y la había disfrutado.

–Esta es mi última noche aquí y voy a poner todas mis cartas sobre la mesa. Te deseo. Quiero acostarme contigo –dijo mientras se reclinaba sobre su butaca y la observaba por encima del borde de la copa mientras bebía.

–Yo...

–Una noche –murmuró él–. Luego me marcharé. No quiero un futuro. Ni siquiera quiero un mañana.

Una noche. Eso es lo único que quiero.

Violet sintió que el corazón le latía a toda velocidad. Una noche. Era un pensamiento tan sugerente... –Solo esta noche –susurró ella sin poder mirarlo a los ojos.

–Ya sabes que yo no busco nada permanente. No hablo ese idioma y no lo hablaré nunca. Nada de permanencias, ni de vida familiar ni de niños –dijo él.

Tuvo un raro momento de introspección. Pensó en su desestructurada vida familiar. En sus padres, que unieron dos acaudaladas familias, una complicada unión que conllevaba dinero y propiedades. La gran mansión que su padre tenía en el campo necesitaba de la riqueza de su madre. Él había puesto la clase sobre la mesa y ella el dinero. Sobre el papel, había sido una unión perfecta, pero en la práctica, Matt había visto la realidad de lo que era un matrimonio sin amor y cómo de esa unión nació un niño no deseado.

–Él nunca se hará cargo de la finca –había dicho su padre en una ocasión.

De pie, en el exterior del salón formal, Matt, que entonces tenía catorce años, había estado escuchando la conversación. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron al escuchar el desprecio con el que hablaba su padre. Habían estado tomando el jerez que siempre bebían a la misma hora todas las tardes y que les servía puntualmente su mayordomo.

–El muchacho no quiere tener nada que ver con la tierra. Para lo que nos va a servir a la hora de perpetuar este legado, habría sido mejor no tenerlo. Menuda desilusión.

En aquel momento, se había preguntado si sus fríos padres habrían seguido juntos si no lo hubieran tenido. Tal vez habrían seguido caminos separados y habrían buscado algo más de lo que la vida les había dado. Matt no se había quedado para escuchar la respuesta de su madre, pero algo en su interior, que se había ido endureciendo a lo largo de los años, había cristalizado hasta convertirse en hielo.

Si la actitud de sus padres era lo que era el matrimonio, Matt no se casaría nunca. Por supuesto que había otra clase de familias, que se preocupaban unos por los otros, pero él nunca lo había conocido. Además, había llegado a la conclusión de que aquella clase de sentimiento estaba

fuera de su alcance y no tenía intención alguna de salir a buscarlo. Había dejado de buscar la aprobación de sus padres, aunque la búsqueda había terminado mucho antes en realidad. Había dedicado su vida a hacer lo que más le gustaba y lo que realmente se le daba bien. La tierra y la casa podían ir a parar a las manos de alguno de sus inútiles primos. A él no le importaba un comino.

Frunció el ceño y decidió cerrar la puerta a aquellos pensamientos para los que no tenía tiempo alguno.

Hacía tiempo que había dejado todo aquello atrás.

–Sexo, Violet –dijo–. Una noche. Quiero hacer que tu cuerpo cante.

Violet no fue consciente de que había asentido. Aquello no era una relación romántica, pero sí irresistible. La fantasía podía hacerse realidad. Unas cuantas horas de gozo robado. ¿Cómo iba a poder rechazarlo? La perspectiva de jugar con fuego jamás le había resultado tan apetecible. Tampoco fue consciente de que había terminado su copa y de que volvía con Matt a su casa. Era una persona muy diferente y todo lo que la rodeaba lo era también.

Todo cambió cuando se encontraron frente a la puerta principal de la casa. La noche era oscura, como si un terciopelo negro hubiera cubierto el planeta y los hubiera capturado a ambos en una burbuja de increíble intimidad.

Habían realizado el trayecto en silencio, cargados de anticipación. Se habían dado la mano en el taxi y Violet se había sentido casi enferma por la excitación. La urgencia se había apoderado de ellos al llegar frente a la casa. Cuando por fin abrió la puerta, Matt la empujó con el pie y, antes de que pudieran entrar, la tomó entre sus brazos y la besó. Un beso apasionado, exigente.

Ella levantó las manos y le rodeó el cuello con ellas. Matt era territorio prohibido. No debería estar haciendo aquello, pero, inmediatamente, recordó que ya no trabajaba para él y, así, tan fácilmente, se liberó del cautiverio que le suponía ser su empleada y se entregó plenamente a lo desconocido.

Matt la levantó entre sus brazos y comenzó a buscar un dormitorio. Subió las escaleras y se detuvo solo para ir mirando por las habitaciones a medida que iban pasando frente a ellas. No tuvo que encender ninguna luz porque las cortinas estaban abiertas y la luz iluminaba completamente el dormitorio.

–No me puedo creer que estemos haciendo esto –dijo Violet. Miró a su alrededor para contemplar la familiaridad de su dormitorio en Melbourne. Se había llevado algunas partituras y grabaciones, pero, aparte de unos cuantos detalles personales, la habitación era anodina.

–¿No? Pues yo pensaba que resultaba más que evidente desde hace unos días que yo te deseaba...

Matt ya la había dejado de pie sobre el suelo y los dos estaban frente a frente en la penumbra del dormitorio.

–Siento como si estuviéramos rompiendo todas las reglas. Yo no soy tu tipo. No deberías estar deseando que ocurra esto –dijo ella pensando en las rubias que habían ocupado siempre su vida. Pensó también en ella misma, tan seria, tan segura de que no había en su vida lugar para un hombre como Matt Falconer.

–Eso es precisamente lo que no quiero. No quiero que pienses que estoy tratando de aprovecharme de ti porque estás en una situación vulnerable en estos momentos. Eso es lo que no quiero.

–Eso ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

–Bien. Y no creas que no me gustas. Confía en mí si te digo que nunca había deseado más a una mujer. Guio la mano de Violet hasta su potente erección y ella estuvo a punto de desmayarse por el deseo que se apoderó de ella como un tsunami y borró todas las dudas a su paso.

Él estaba erecto bajo los pantalones y ella húmeda entre las piernas, caliente, deseándole.

También estaba muy asustada. Nunca había hecho aquello antes. Su inexperiencia era como un peso sobre los hombros que amenazaba con ahogar su deseo.

Colocó las manos sobre el torso de Matt y respiró profundamente. Estaba temblando cuando sintió que él la empujaba hacia la cama. Cuando llegó al borde, se sentó sobre el colchón y vio cómo Matt se sentaba a su lado.

–Dios, Violet. Tal vez tengas razón –susurró mientras se mesaba el cabello con las manos–. Tal vez todo esto sea una locura. Dime si puedes enfrentarte a esta locura...

–No te vayas –susurró ella mientras le rodeaba la muñeca con los dedos. Quería desnudarse. Quería que él la tocara tanto que el cuerpo le dolía por ello–. Es solo que... Soy virgen. Sé que te vas a quedar muy

sorprendido, porque es sorprendente. Quieres saber por qué. Bueno, pues es porque el sexo nunca pareció surgir. En una ocasión dijiste que algo tuvo que sacrificarse cuando me convertí en cuidadora de mi padre. Bueno, para mí esa era la normalidad. Una vida en la carretera y ser responsable de mi padre cuando la niña era yo. Ya te lo he dicho. Pensé que deberías saberlo.

Apartó la mirada y entonces, lenta, muy lentamente, él le colocó el dedo debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo. –Eres virgen. Violet sonrió.

–Existimos, ¿sabes? De hecho, me gusta pensar que somos especiales. –¿Me permitirás ser el primero?

Cuando Violet sonrió y asintió, Matt comenzó a desnudarse, tomándose su tiempo y sin mostrar reparo alguno y sin dejar de mirarla.

Violet no apartó la mirada. Él era tan atractivo... El hecho de que lo prohibido se estuviera convirtiendo en realidad era una novedad para ella. Quería lo que estaba a punto de ocurrir. Había una ternura entre ellos que la empujaba a entregarse a Matt sin inhibiciones, con confianza y desafiando el hecho de que jamás había pensado que su primera vez sería con un hombre con el que no había planeado tener una relación a largo plazo.

Tampoco se sentía frágil por las circunstancias. Llevaba anhelando aquello durante mucho tiempo. Era algo que había anhelado cada vez que estaban juntos en su despacho por la noche, cada vez que Matt se acercaba a ella o se inclinaba sobre su cuerpo para ver algo en el ordenador. Cada vez que la miraba...

La desnudez de Matt la dejó sin palabras. Su belleza. Su fuerza. La anchura de sus hombros y la amplitud de su torso, que se iba haciendo cada vez más estrecho hasta llegar a la cintura y a las esbeltas caderas. Siguió con los ojos la espiral de vello oscuro y sintió que el corazón se le aceleraba al ver el pene erecto y orgulloso. Matt se lo había agarrado con una mano y jugaba con él sin dejar de mirar a Violet. Era tan desinhibido...

Cuando Matt se acercó a ella, Violet se sentía totalmente ansiosa y dispuesta. Aún sentía miedo por lo desconocido, pero la excitación por explorarlo era aún mayor. Su cuerpo pareció prenderse en llamas mientras él la desnudaba. Matt la obligó a mirarlo mientras lo hacía y susurraba al quitarle cada prenda con mucha delicadeza.

Violet se cubrió los pequeños senos con las manos, pero él se las retiró y se tumbó junto a ella, acariciándola suavemente, deslizándole la mano por el vientre, por los muslos y rozando la húmeda entrepierna con los nudillos de tal manera que ella anheló separar las piernas para que él pudiera hacer más.

–Voy a tomarme mi tiempo –murmuró.

–Matt...

–Calla. Relájate y disfruta, Violet.

Le colocó las manos a ambos lados del cuerpo y se puso de manera que pudiera centrar toda su atención en los pequeños senos. Él le lamió los pezones, que eran grandes en proporción con los pechos. Por alguna razón, aquellos perfectos discos rosados lo excitaban más allá de lo imaginable.

Matt le había dicho que se tomaría su tiempo y así lo hizo. Lamió y mordisqueó para luego chuparlos por turnos hasta que ella gimió de placer. Violet apretó la cabeza sobre la cama y se rebulló debajo de él. La mente se le quedó en blanco y las sensaciones en estado puro reemplazaron los pensamientos. Matt deslizó las manos hasta colocárselas sobre las costillas y comenzó a deslizarlas lentamente por su cuerpo mientras que con la lengua iba lamiéndole el vientre para luego trazar un círculo alrededor del ombligo.

Entonces, bajó un poco más. Violet respiró profundamente al sentir que él se le colocaba entre las piernas y comenzaba a lamerle la húmeda entrepierna. Aquel era un gesto demasiado íntimo. Quiso cerrar las piernas para rechazar sus caricias, pero no pudo hacerlo. Las sensaciones que su cuerpo estaba experimentando eran demasiado poderosas. Él se movía suavemente, dejando que la lengua encontrara con facilidad el clítoris y lo acariciara intensamente, hasta que los susurros de placer de Violet se convirtieron en frenéticos gemidos. Ella comenzó a moverse debajo de Matt, hundiéndole las manos en el cabello y levantando instintivamente las rodillas para colocar su cuerpo de manera que las sensaciones fueran aún más intensas.

Siguió lamiendo y lamiendo, acariciando la suave piel del interior de los muslos y conduciéndola a un lugar del que ella no tenía esperanza de regresar. Violet comenzó a temblar de placer y se corrió con una urgencia que pareció durar eternamente y que fue tan poderosa que prácticamente le cortó la respiración.

Totalmente agotada, tiró de Matt y lo tumbó a su lado, con la mirada completamente perdida por el placer. No dejaba de preguntarse cómo podía aquello haberlo satisfecho a él.

–Te sorprendería –dijo con una suave sonrisa cuando ella le puso voz a su pregunta. Le rodeó un pezón con el dedo y, poco a poco, el cuerpo agotado de Violet comenzó de nuevo a cobrar vida.

En aquella ocasión, él la guio. Fue un viaje erótico, en el que la enseñó cómo tocarle, cómo sujetar el pene y cómo rodear la ansiosa punta hasta que él gimió de placer. Matt le cubrió la mano con la suya. Las caricias se hicieron más largas, más intensas y entonces, cuando ya no pudo soportar la excitación, apartó las piernas de Violet y, suavemente, se colocó en la entrada de su cuerpo, hundiéndose en ella lentamente.

Violet estaba tan húmeda...

Durante unos segundos, ella se tensó, pero, después, experimentó un profundo placer al sentir la firme erección dentro de ella. Una profunda y urgente excitación surgió en el interior de su cuerpo y se extendió por todas partes. Cuando los envites se hicieron más intensos y más rápidos, Violet estaba lista y preparada. Le clavó las uñas en la espalda y se arqueó contra él, cerrando los ojos y rodeándole la cintura con las piernas. De repente, todo su cuerpo estalló con un placer incontrolable justo cuando él se vertía dentro de ella con un último envite.

Se desmoronó sobre ella, quedándose completamente inmóvil durante unos segundos. Entonces, se hizo a un lado y se tapó los ojos con una mano. Cuando por fin se giró de nuevo para mirarla, Violet estaba convencida que iba a empezar a decirle lo mucho que se arrepentía de lo ocurrido. Se preparó para ello, decidiendo que adoptaría la respuesta de la mujer controlada y fuerte que él siempre había dado por sentado que ella era.

Cuando Matt habló por fin, fue para decirle en voz muy baja:

–Ha sido la primera vez que le he hecho el amor a una mujer sin utilizar protección.

No hacía falta que Violet fuera un genio para darse cuenta del horror y de la alarma que había tras aquella afirmación.

–No tienes que preocuparte, Matt. Desde que llegué aquí, he estado tomando un anticonceptivo para regular mi ciclo menstrual...

Se había sonrojado levemente al pronunciar aquellas palabras. Parecía ser un comentario demasiado prosaico para terminar la que había

sido la experiencia más poderosa de su vida. Se giró para levantarse de la cama, para poder ducharse y darle opción de marcharse sin disculpas o avergonzadas excusas, pero él la agarró y la estrechó contra su cuerpo.

–¿Adónde vas? –le preguntó con voz perezosa–. La noche aún no se ha terminado, ¿verdad?

No, no se había terminado. Aquello era precisamente lo que Violet pensó un mes más tarde. La noche no había terminado ni pareciera que fuera a terminar nunca. Matt se había quedado otras tres semanas y luego se había marchado sin mirar atrás. El corazón de Violet se había roto, pero los corazones rotos sanaban y el suyo lo haría con el tiempo. Matt no estaría con ella. No volvería a estar nunca con ella.

¿Cómo podría Violet haber sabido que tendría que pagar un precio por aquellos momentos robados?

¿Cómo podría haberse imaginado que terminaría embarazada?

Capítulo 6

LA SEÑORITA Dunn está aquí.

Había estado esperándola. Violet le había escrito un correo desde Melbourne, un breve mensaje en el que no se hacía ninguna mención al tiempo que habían pasado juntos. Ella le había preguntado cortésmente cómo estaba y cómo iban las cosas en la empresa en la que habían estado trabajando juntos en Australia y, como de pasada, le había informado que iba a ir a Londres y le preguntaba si estaría disponible para que pudieran reunirse. Había añadido que había algo que le gustaría comentarle cara a cara.

Para Matt, ese comentario abarcaba una amplia variedad de temas. ¿Quería el trabajo que él le había ofrecido? Podría ser, dado que a ella le encantaba la adrenalina de trabajar bajo presión. Sin embargo, no le parecía que aquel fuera un asunto del que no se pudiera hablar por correo electrónico.

Tal vez estaba planeando regresar a Londres. Su padre había mejorado mucho y podría ser también que estuviera cansada de ejercer de niñera y añorara su antiguo empleo. En ese caso, habría un problema, dado que se habían acostado juntos. Volver a la antigua relación no iba a ser posible. Esperaba que Violet tuviera suficiente conocimiento de cómo funcionaba él en aquel aspecto para imaginárselo sola.

O tal vez...

Se reclinó contra el respaldo de la silla y pensó, no por primera vez desde que recibió el correo, que tal vez ella estaba interesada en retomar la relación donde la habían dejado en Melbourne.

Desgraciadamente, eso también estaba descartado. Matt sabía que las relaciones sin ataduras no eran para ella a pesar de que habían sido amantes durante unas semanas y ella no había hecho mención alguna de querer ir más allá.

El sexo con su recatada y eficiente secretaria había sido maravilloso. Matt nunca había conocido algo parecido antes. El sabor de la fruta prohibida había sido delicioso y le había atraído en todos los sentidos. Sin embargo, Matt era lo suficientemente realista como para reconocer los peligros de prolongar aquella breve relación, aunque se había sentido profundamente tentado. Él no estaba buscando el amor ni los finales felices. Sin embargo, ella sí.

Escucharía lo que ella tuviera que decirle, pero nada más. No quería complicaciones.

—¿Le hago entrar?

Matt asintió a su asistente personal.

—Espera cinco minutos, John. Tengo una llamada que quiero quitarme de en medio primero.

No era cierto, pero, por alguna razón, se sentía nervioso y turbado.

John asintió y se marchó cerrando la puerta a sus espaldas. Matt se reclinó de nuevo sobre su sillón y frunció el ceño porque, por una vez, su organizada mente se negaba a obedecer. Se dio cuenta de que Violet llevaba en su cabeza desde que él se marchó de Melbourne. Aquello le había resultado bastante turbador porque jamás había pensado en una relación después de que esta llegara a su fin. En realidad, lo que habían disfrutado había sido un encuentro que, como siempre, había tenido un final a la vista. Ciertamente no había sido una relación como tal, aunque se habían llevado bien y lo habían pasado bien. Se preguntó cómo iría vestida. En Melbourne, había llevado prendas mucho más informales, como vaqueros ceñidos, camisetas cortas, sandalias... La asistente personal había desaparecido por completo. Tenía un agradable recuerdo en el que ella había estado tocado el piano para él prácticamente desnuda. Después, habían hecho el amor apasionadamente.

Matt se rebulló con incomodidad tratando de controlar una repentina erección. No tenía intención de volver a retomar la relación donde la habían dejado. Sin embargo, su cuerpo no parecía pensar lo mismo. ¿Por qué si no se veía bombardeado de repente con toda clase de inapropiados recuerdos?

Abrió un archivo en el ordenador, un aburrido listado de números, cifras y datos, la clase de archivo que garantizaba calmar una imaginación desbocada, y esperó a que John la hiciera pasar.

Varias plantas más abajo, Violet estaba familiarizándose de nuevo con el edificio de acero y cristal que había sido su hogar durante más de dos años.

Cuando envió a Matt un correo para decirle que iba a ir a Londres y que quería verlo, había preferido reunirse con él en su despacho con la esperanza de que el que había sido su lugar de trabajo le proporcionara el estado mental sereno y tranquilo que necesitaba para enfrentarse a una conversación tan difícil y personal. Sin embargo, los recuerdos de aquellos años parecían estar hundiéndola aún más.

Se preguntó qué le habría ocurrido a Candy, aunque, sinceramente, no le importaba mucho. Casi no podía pensar y estaba muy nerviosa. John por fin bajó a buscarla y la acompañó hasta el despacho personal de Matt.

–Te dejo aquí, Vi –le dijo.

Violet se sintió presa del pánico y llamó a la puerta del despacho.

–¡Adelante!

Violet abrió la puerta e hizo un esfuerzo sobrehumano para parecer tranquila y compuesta.

–Violet –dijo él con una sonrisa, aunque expresaba reserva y cautela en la mirada–. Estás aquí. Qué inesperado placer.

–Supongo que estás sorprendido de verme –comentó ella, sin mirarlo del todo a los ojos, pero sin apartar la mirada. Era como mirar a través de él y por encima de él con una tensa sonrisa que, más o menos, reflejaba la de él.

–Bueno, tienes casa aquí. ¿Por qué iba a sorprenderme? Es normal que quieras volver de vez en cuando. ¿Ha venido tu padre contigo? Por cierto, ¿cómo está?

Violet se tomó su tiempo para sentarse. Había pensado mucho en lo que ponerse y se había decidido por un par de pantalones negros, una camiseta informal y unos zapatos bajos.

–Mi padre está en Melbourne y, sí, está muy bien.

–Me alegro –comentó él. Entonces, realizó una pequeña pausa antes de seguir hablando–. Bueno, dime por qué estás aquí, aunque no es que no me alegre de verte, Violet. ¿Tienes problemas con tu casa?

–Quería hablar contigo y quería hacerlo cara a cara.

–Por favor, no me digas que has vuelto por tu antiguo trabajo – comentó Matt. Estaba empezando a sentirse algo incómodo por la dirección que estaba tomando la conversación, por lo que decidió mostrarse algo brusco–. Como has podido ver, la encantadora Candy no sirvió, pero John, una de tus recomendaciones, está realizando perfectamente su trabajo. No querría incomodarte mandándolo de nuevo a Contabilidad...

–No he venido aquí para hablar de recuperar mi antiguo puesto.

–¿No? ¿Entonces de qué? Me consume la curiosidad.

–Matt... me resulta muy difícil decirte esto... –susurró.

–¿Quieres que te eche una mano? –le preguntó él para sorpresa de Violet.

–¿Sabes a lo que he venido?

–Si no es por tu trabajo, solo se me ocurre otra razón.

–Lo siento –musitó ella–. Te aseguro que no te mentí cuando te dije que estaba tomando la píldora, aunque probablemente no me creíste porque insististe en utilizar un preservativo después de... de la primera vez. Te aseguro que tomaba la píldora, pero estuve tan mal después de lo de mi padre y de todo lo demás que... bueno, nunca pensé que me quedaría embarazada, pero me había equivocado.

Matt lo había adivinado. Al menos, eso era lo que había dicho... Sin embargo, Violet ya no estaba segura de que hubiera hablado en serio porque parecía completamente atónito. Se había quedado con la boca abierta y tenía una expresión propia de un hombre al que acababan de darle un puñetazo.

–No creías que fuera eso lo que te iba a decir, ¿verdad? –comentó Violet al ver que el silencio se alargaba.

Matt consiguió negar con la cabeza, dado que sus cuerdas vocales seguían negándose a funcionar. –Pensabas que había venido hasta Londres porque quería seguir con lo que teníamos en Melbourne, ¿verdad? ¿Por eso estabas tan nervioso cuando entré?

Sintió que la ira se apoderaba de ella. Pensó en la expresión que tenía el rostro de Matt cuando entró.

Cautelosa. Reservada.

–Te estabas preparando poco a poco para dejarme... –añadió ella. El hecho de que Matt se sonrojara profundamente lo decía todo–. Eres un

egoísta y arrogante... ¿De verdad crees que no sé que es mejor no volver a eso, Matt? Fuimos dos barcos que se cruzaron en una noche. ¿Acaso crees que sería tan estúpida como para imaginar que podría haber algo más? –añadió, con los puños apretados por la ira.

–¿Embarazada? –dijo él por fin.

–Sí, Matt. Embarazada –respondió ella. El evidente horror que él había expresado había tenido el efecto de hacer que ella se sintiera muy tranquila–. Me temo que la píldora no es segura al cien por cien. Si recuerdas, estuve unos días con náuseas y seguramente tuve la suerte de quedarme embarazada en esos días, que dejó de funcionar bien. No fue culpa tuya, pero tampoco lo fue mía.

–¿Estás segura?

–Sí.

Parecía que a Matt se le había hundido el suelo debajo de los pies. Resultaba evidente que estaba horrorizado, por lo que Violet reprimió la tentación de echarse a llorar. Había tenido las hormonas muy alteradas en los últimos días, pero no iba a desmoronarse allí delante de él. Los sueños que siempre había tenido sobre ser madre jamás habían representado al padre de su hijo mirándola como si acabara de hacer que sus peores pesadillas se hicieran realidad.

Matt se puso de pie y comenzó a andar de un lado a otro del despacho. No dejaba de mesarse el cabello y unas veces miraba al suelo y otras se detenía delante de los ventanales del despacho, desde los que se dominaban unas maravillosas vistas de las calles de Londres. Por fin, se dio la vuelta y centró su mirada en el vientre de Violet, que seguía siendo tan plano como siempre. Ella, instintivamente, se colocó las manos encima y se aclaró la garganta.

–Tengo cosas que hacer, Matt –dijo–. Simplemente he venido a darte la noticia. Creo que ahora será mejor que me marche para que puedas procesarla.

–¿Marcharte? ¿Me sueltas un bombazo como ese y ahora quieres marcharte? –replicó él con incredulidad.

–No he venido aquí a buscar nada –replicó ella con voz glacial. Se sentía muy humillada al saber lo desesperado que estaba Matt por borrar lo que acababa de ocurrir–. De hecho, pensé si debía venir o no. Sé que esto es lo último que quieres, pero al final pensé que tenías el derecho de saberlo.

–Vaya, Violet, qué magnánimo por tu parte.

–No hay necesidad de sarcasmo.

–¿No? Apareces aquí para decirme que estás embarazada de mi hijo y que, sin embargo, solo has venido a darme la noticia por tu profundo sentido del deber, tras haber luchado contra la tentación de no decirme nada en absoluto y... ¿Ahora qué? ¿Vas a criar al bebé sola al otro lado del mundo? ¿Le vas a contar unas cuantas mentiras cuando él o ella tenga la edad suficiente para hacer preguntas? ¿Tal vez me vas a retirar a una prematura tumba para que las preguntas no se hagan demasiado incómodas? ¿Es eso lo que vas a hacer, Violet?

–No seas ridículo. No me querías aquí cuando pensabas que podría haber venido para tratar de volver a meterme en la cama contigo, así que por favor no empieces a darme sermones sobre cómo he tomado esta decisión –repuso ella. Su voz parecía estar cercana a las lágrimas.

–No, Violet –le contestó él. Se dirigió hacia ella y se inclinó sobre la butaca sobre la que estaba sentada, enjaulándola en ella tras colocar las manos sobre los brazos del asiento–. Ridículo es que tú hayas considerado la idea de ocultarme todo esto. Además, lo que yo haya pensado al verte no tiene nada que ver.

–¿De verdad? –le espetó ella levantado la barbilla para devolverle la mirada.

–¡Dejaré de sermonearte cuando empieces a explicarme cómo pudiste llegar a la conclusión de que esto era algo que podías ocultarme!

–Me estás acorralando y eso me está poniendo nerviosa. –¡Dios, Violet! ¡Pones a prueba la paciencia de un santo! –Y eso es algo que tú no eres.

Matt la miró con desaprobación y dejó escapar un sonido entre los labios. Entonces, fue a por su butaca y rodeó con ella el escritorio para colocarla junto a la de Violet. Ya no estaba acorralándola, pero tampoco estaba a una distancia segura.

–¿Has pensado alguna vez en tener una familia, Matt?

Él frunció el ceño y la miró con desaprobación.

–¿Y qué tiene eso que ver?

–Me has preguntado cómo he podido tener la temeridad de considerar ni siquiera durante cinco segundos no decirte que estaba embarazada. Y ahí lo tienes. No te comprometes. No tienes relaciones, al

menos que sean importantes. Y ciertamente, no te va lo de tener niños ni lo de jugar a las familias felices. Lo que tú tienes son aventuras durante un máximo de tres meses que terminan con un ramo de flores de una floristería de Knightsbridge.

Matt se sonrojó y se reclinó sobre el respaldo de su asiento. Separó las piernas y se cruzó de brazos para mirarla con desaprobación.

Violet se aferró a toda su fuerza de voluntad y lo miró con ojos gélidos y tranquilos. El poder de su mirada bastaba para acelerarle a Violet los latidos del corazón y, en aquella ocasión, ocurrió también. Sin embargo, sabía que tenía que centrarse.

Tenía que borrar los recuerdos de aquella deliciosa burbuja en la que habían vivido los dos en Melbourne, cuando eran amantes, se daban la mano y hacían todo lo propio de las parejas enamoradas. En aquellos momentos, durante un tiempo, Violet había conseguido olvidar que ellos no eran una pareja normal. Durante un tiempo, había conseguido olvidar que Matt Falconer no estaba con ella porque la amara, sino porque se había sentido intrigado por el lado nuevo y diferente que había visto por primera vez en ella. Matt había estado con ella porque Violet parecía diferente, siendo esa diferencia el hecho de que había comprendido por fin que ella era una mujer tridimensional y no el maniquí que había estado dos años y medio a sus órdenes.

–Bueno, esto no va a ser una de ellas –replicó él.

–Como te he dicho, no he venido aquí en busca de nada ni espero nada. He venido porque sentía que tenías que saber que ibas a ser padre. No pienso presionarte para que hagas nada.

–Este no es el lugar para hablar de esta situación. No puedo tener esta conversación en mi despacho.

No se trata de una transacción comercial.

Violet quería decir que era eso lo que parecía, considerando que no había sentimientos de por medio, al menos no por parte de él.

Por parte de Violet había toda clase de sentimientos implicados. De hecho, los había habido desde hacía ya bastante tiempo, pero sobre todo en las tres semanas que había pasado en compañía de su carismático jefe, fingiendo que la realidad era algo que se podía poner en espera para siempre. Durante esas tres semanas, se habían profundizado los sentimientos que tenía dentro de ella, los sentimientos que siempre había albergado hacia él.

Se encontraba en un lugar peligroso y tenía que reconocer que aquello era en parte la razón por la que había considerado ocultarle el embarazo.

Pensó por un instante, y no por primera vez, en el momento en el que se había dado cuenta de que no había tenido el periodo. Había seguido tomándose la píldora, pero cuando le tuvo que venir, no ocurrió así. Aunque se compró una prueba de embarazo, jamás pensó que realmente pudiera dar un resultado positivo.

Por supuesto, aquello era algo que tenía que descartar, pero, mientras esperaba el resultado, no se había sentido nerviosa en absoluto.

Entonces, de repente, todo había cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, su vida se había puesto patas arriba. En su elegante cuarto de baño, se había sentido como si alguien la hubiera hecho caer dándole con un bate en la parte trasera de las rodillas. Había querido huir y esconderse en algún lugar. Había ocurrido lo inesperado y no estaba preparada para ello.

Sin embargo, ella había tenido tiempo para hacerse a la idea. Matt no. No era de extrañar que no supiera reaccionar a lo que ella le había contado. Violet nunca lo había visto azorado por nada. Siempre había sido un hombre dinámico, con todo bajo control, fuera lo que fuera lo que se interpusiera en su camino.

Antes de que ella pudiera decir nada, Matt se dirigió a la puerta y la abrió. A ella no le quedó más remedio que seguirlo.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

—Yo no quiero ir allí.

—Mala suerte, Violet. Yo no me desperté esta mañana queriendo descubrir que voy a ser padre.

Los ojos de Violet se llenaron de lágrimas. Por supuesto, Matt solo decía lo que sentía, pero le dolía de todas maneras.

Nunca había estado en su casa. Pensar que iba a verlo en su espacio personal le resultaba turbador, aunque se había acostumbrado muy rápidamente a verlo en su espacio personal en Melbourne.

Llamó a su chófer, que los recogió en el exterior del edificio en un BMW negro. Violet le dejó en silencio con sus pensamientos mientras recorrían las calles de Londres para salir de la city y dirigirse a la zona más tranquila de los barrios residenciales de Londres. Había esperado que él

viviera en una mansión, pero se trataba de un apartamento. Un apartamento muy grande y muy minimalista. Blanco por todas partes y la sensación de estar inacabado.

Era de concepto abierto. Cuando él se dirigió a la cocina, donde pareció considerar las cualidades del alcohol antes de decantarse por un café, Violet se tomó su tiempo para mirar alrededor. Matt le ofreció un café, pero ella prefirió agua.

Como era de esperar en un magnate de la tecnología, había muchos aparatos. Ordenadores, consolas de juegos, una enorme televisión en la pared y papeles por todas partes, como si él hubiera estado leyendo algo, se hubiera aburrido y hubiera decidido dejarlos en cualquier lado. Aquel apartamento era tan él que Violet sintió que se le hacía un nudo en el corazón.

—Por supuesto, no sirve de nada que me digas que no has venido para pedir nada. Lo ves, ¿verdad? —dijo mientras se dirigía hacia el sofá y se sentaba, apartando los papeles que había sobre el asiento. Después le indicó a ella que se sentara—. Siéntate, por favor, Violet. Tenemos que hablar, por lo que no tiene sentido que te quedes de pie como un sargento que está a punto de decir que se pueden romper filas.

Violet se sentó con gesto incómodo y lo miró.

—Tú no has pedido esta situación —replicó. Sintió náuseas. En su caso, en vez de solo por la mañana parecían durar todo el día y le suponía un enorme desafío.

—En eso tienes razón, pero aquí estamos. Así que, dime. ¿Qué te parece a ti que deberíamos hacer? Ya lo sé. Dime lo que tú crees que deberíamos hacer a continuación y ya veremos si tu predicción coincide con la mía.

—Esto no es un juego, Matt.

—Confía en mí. Hablo en serio. Bueno, tú has venido aquí empujada por un fuerte sentido de la obligación y debes de haber pensado en lo que ocurriría cuando me hubieras soltado la bomba.

Violet se contuvo para no contestarle de mala manera. Decidió que explotar no le iba a servir de nada, por lo que respiró profundamente y mantuvo la voz tranquila.

—Supongo que pensé que podrías sentirte aliviado de ver que yo te relevaba de tener que... por supuesto, si quisieras, digamos, contribuir financieramente, eso dependería exclusivamente de ti, pero no sería en

absoluto necesario ya que soy plenamente solvente. No creo que un bebé encaje con tu estilo de vida, pero, por supuesto, serías más que bienvenido si quisieras... visitarle cuando quisieras. Pensé que la conversación iría por esos términos.

¿Por qué Matt la estaba mirando como si lo hubiera insultado?

—Muy interesante... Es decir, básicamente me dices que me puedo desentender, me das un par de opciones, por si acaso no me va del todo lo de desentenderme por completo, yo te doy las gracias y te acompaño a la puerta para que pueda tener unas semanas para pensarlo. ¿Es eso?

—No, por supuesto que no.

—Pues así es como me está sonando a mí. Tengo fobia al compromiso y no quisiera tener nada que ver con un bebé que no he planeado tener, por tanto, reniego de mi responsabilidad. Dios, Violet. Pensaba que me conocías un poco mejor que eso... Te aseguro que no me pondría a meter dinero de vez en cuando en una cuenta para acallar una conciencia culpable. Tampoco me volvería loco cuando pudiera ver a mi hijo. No, Violet. Así no van a ser las cosas. Tal vez yo no haya pensado nunca en ser padre, pero, ahora que lo voy a ser, tengo la intención de aceptar mi responsabilidad sin ningún compromiso. Padre a tiempo completo. Implicación al cien por cien. No voy a desaparecer de vez en cuando, cuando me venga bien, para seguir con mi vida y dejarte que hagas tú lo mismo con la tuya. Da la casualidad de que doy mucho valor a la importancia de ser un padre comprometido.

Violet sabía que se había quedado boquiabierta. Nunca antes había oído a Matt hablar de aquella manera. Ni con ese tono, ni con esa urgencia ni con aquella sinceridad. La ira y la furia se reflejaban en su mirada, aunque Violet no entendía qué era lo que estaba tratando de decirle. De repente, palideció.

—No voy a entregarte a mi hijo, Matt...

—¿Acaso me has oído pedírtelo?

—En ese caso, no entiendo lo que estás tratando de decir.

—Matrimonio, Violet. Un anillo en el dedo. Eso es lo que quiero decir.

—No seas ridículo.

Violet sintió que la cabeza le daba vueltas. Jamás se habría imaginado que aquella sería la reacción de Matt. Nunca lo había visto

como la clase de hombre que podría querer tener una relación estrecha con un bebé que él no había pedido.

–Y más pronto que tarde. De hecho, cuanto antes. ¿Qué piensa tu padre de todo esto? ¿Le has dicho que estás embarazada?

–Justo antes de que me marchara de Australia, pero...

–Se tendrá que mudar aquí. Al menos si quiere estar contigo.

–¡Matt, no estás escuchando lo que te intento decir!

–Claro que sé exactamente lo que me estás tratando de decir, Violet, pero yo he preferido ignorarlo porque los dos estamos en la misma situación. Ninguno de los dos pidió esto, pero ha ocurrido y los dos vamos a aceptar nuestras responsabilidades. Sería cruel que un niño tuviera que pagar el precio de empezar una vida metido en medio de una lucha de poderes.

–¡No tengo intención de casarme con nadie solo porque voy a tener un niño! Así se hace hoy en día. Todas las veces que he pensado en el matrimonio, nunca lo he hecho con una pareja que no lo deseara y que se viera arrastrado a ejercer como padre porque yo, accidentalmente, me había quedado embarazada. Seguro que tú sientes lo mismo que yo, Matt. Estoy segura de que tú debes de querer algo más que tener que pedirle matrimonio a una mujer con la que normalmente no estarías... –añadió, bajando los ojos.

–No subestimes el poder de tu sex appeal –musitó él–. Y, para que conste, jamás me imaginé casado, así que no tengo que dejar a un lado mis fantasías románticas por esta situación –dijo mientras se ponía a pasear de nuevo por la estancia. De repente, se detuvo en seco junto a ella–. Debió de ser un shock para ti.

Violet lo miró.

–Por supuesto. No había esperado nunca que me ocurriría algo así. Yo no soy como tú. Yo sí que me había imaginado casada algún día, teniendo hijos, pero nunca...

–¿Te imaginaste con alguien como yo, Violet?

Ella apartó la mirada. El corazón le latía a toda velocidad. ¿Alguien como él? Si Matt supiera... Tal vez había soñado con casarse con un hombre corriente, que habría sido un antídoto para la vida nómada que había soportado a lo largo de su infancia, pero la realidad había decidido llevarla por una ruta muy diferente.

Matt quería casarse con ella. Durante un momento, se tomó tiempo para pensar en lo que podría ser la vida a su lado. Perezosas mañanas de domingo tumbados en la cama, riéndose con sus bromas, cocinando juntos, haciendo el amor en cualquier momento y en cualquier lugar... Entonces, cuando el bebé llegara, se enfrentarían a la paternidad con todos sus altibajos, pero sería una paternidad en pareja.

Resultaba muy atractivo, pero Violet sabía que aquello solo ocurría en su fantasía. La realidad era que iba a emparejarse con un hombre que nunca había pensado en casarse y al que básicamente le resultaba imposible mantener una relación con una mujer durante más de cinco segundos. Si no podía hacerlo con mujeres por las que se sintiera atraído, ¿cuáles eran las posibilidades de Violet? ¿Cuánto tiempo tardaría Matt en aburrirse de ella, con o sin bebé? ¿Y entonces qué? ¿Empezaría a tontear con otras mujeres a sus espaldas? ¿O se convertiría en un hombre resentido y amargado por haberse visto obligado a un matrimonio con el que no había contado? Las dos posibilidades la entristecían profundamente porque no quería depender de una persona que terminaría defraudándola... No podía haber nada peor. Su padre la había defraudado. Ella lo había sobrellevado porque lo adoraba, pero se había visto defraudada. No quería que aquello le volviera a ocurrir.

–No –dijo, matando así unos sueños dorados que nunca se harían realidad–. Puedes decir lo que quieras, Matt, pero no sería justo para un niño que nosotros nos viéramos atados, pensando siempre que podríamos haber sido más felices con otras parejas si yo no me hubiera quedado embarazada.

–Bueno, Violet –respondió él con un tono de voz que hizo que ella se echara a temblar–. Haces que parezca que una unión entre nosotros sería una catástrofe en potencia, pero los dos sabemos que no estaría tan mal...

Capítulo 7

MATT SE acercó a ella. La tocó. Fue un contacto breve, ligero, el suave roce de un dedo en la mejilla, pero bastó para que a Violet se le entrecortara la respiración. Parpadeó suavemente y respiró profundamente, incapaz de controlar su respuesta.

–¿Ves a lo que me refiero? –murmuró él con tono persuasivo–. Primero me lanzas un discurso sobre lo inadecuados que somos el uno para el otro y después te pones a temblar por mí.

–¡No estoy temblando por ti! –exclamó ella. Se sentía alarmada por la corriente de debilidad que detectaba en su protesta.

–Yo sigo deseándote, Violet.

–No. No se trata de eso.

–Nos casamos y nadie va a decir que el sexo no vaya a ser muy caliente.

–El sexo caliente se desvanece después de un tiempo. Ya lo sabes –dijo. Chascó la lengua, pero la piel aún le ardía donde él le había tocado. La cabeza le daba vueltas por los recuerdos de las apasionadas e intensas semanas que los dos habían pasado en Melbourne–. Mira lo que ocurre cuando el sexo caliente se enfría, Matt, como un cohete mojado. Adiós. Eso no importa cuando se trata de un tipo de relación ocasional, pero cuando dos personas están atadas por el matrimonio, cuando hay un niño de por medio... En ese momento, cuando el cohete está mojado, todo empieza a parecer una mala idea.

–Ninguna de mis novias se quedó embarazada –le espetó él.

–Y que yo lo esté no significa que el matrimonio sea la solución, por mucho tiempo que tú quieras pasar con nuestro hijo. No significa que no te vayas a aburrir cuando el cohete se enfríe.

Matt apretó la mandíbula con frustración. Aparentemente, lo que ella decía tenía sentido. Era cierto. El sexo apasionado siempre tenía tendencia a convertirse en ceniza en un abrir y cerrar de ojos, pero aquello no era lo mismo y él estaba empeñado en que Violet lo viera. Un niño de por medio suponía una diferencia abismal. Un niño podría ejercer el poder de la permanencia y hacer que el sexo apasionado fuera un acicate más.

Violet no era una mujer más para él, que era lo que, en cierto modo, ella estaba tratando de decir. Era la madre de su hijo. Frunció el ceño mientras trataba de reorganizar los pensamientos en su cabeza. Más que eso, ella era... algo más que alguien con quien había compartido su cama. Mucho más.

Sus pensamientos se detuvieron en seco antes de que pudieran comenzar a avanzar por aquella carretera inexplorada.

—El matrimonio es mucho más de lo que tiene lógica sobre un trozo de papel. Los matrimonios de éxito se basan en el amor y eso es precisamente lo que un niño se merece —comentó Violet bajando la mirada. Brevemente, se imaginó cómo podría ser lo que hubiera entre ellos si él realmente la amara. Perfecto.

Volvió a mirar a Matt.

—Yo no sé nada de ti. Trabajé para ti más de dos años y sé cómo enfocas las relaciones, pero no sé nada de tu infancia. Resulta irónico que yo fuera la reservada y que, sin embargo, tú sabes todo lo que hay que saber sobre mí. Vi cómo mi padre te mostraba fotografías cuando pensaba que yo no me daba cuenta. Desde que regresó del hospital y hasta que tú te marchaste, te contó muchas cosas sobre mí y te mostró muchas fotografías. Seguro que te aburrió mucho.

—¿Quién dice que yo me aburrí? Es un padre orgulloso. Tal vez fuera un poco salvaje en sus años más jóvenes, pero mira la relación que tenéis los dos. Resulta muy fácil ver que os adoráis. Me gustaba ver fotografías tuyas de niña. Incluso entonces, tenías un aspecto muy serio. Siempre frunciendo el ceño a la cámara con tus coletas. Lo único que te faltaba eran un par de gafas. ¿Acaso crees que el orgullo paternal no cuenta para nada?

—¡Yo nunca he dicho eso!

—¿Piensas que está bien privarme de la experiencia porque el matrimonio es más de lo que aparece en un trozo de papel? ¿Te imaginas que yo no quisiera tener la oportunidad de amar a mi hijo, de formar parte diaria de su vida?

–¡Estás tergiversando mis palabras!

–Me dices que lo de ser padre a tiempo parcial está bien. ¿Te seguiría pareciendo bien si fueras tú la que tuvieras que ser madre a tiempo parcial?

–Me dijiste que bajo ningún concepto intentarías...

–En un mundo ideal, no habría nada que se interpusiera entre nosotros –le dijo Matt fríamente–, pero la situación que tú tienes en mente no tiene nada que ver con un mundo ideal.

–Estoy siendo realista.

–Estás siendo egoísta.

–¡Ni siquiera eres un hombre de familia! –protestó Violet apasionadamente.

No. Matt no era un hombre de familia. Nunca lo había sido. Cuando se crecía sin el calor de la familia, cuando las personas a las que uno acudía eran desconocidos del carísimo internado que se pagaba para quitarse aquella preocupación, los sueños de canciones familiares alrededor del piano con seres queridos no aparecían en el radar al llegar a la edad adulta.

Sin embargo, allí, estaba Matt, aceptando la familia que nunca había pensado en tener. Más que nada, quería asegurarse de que su hijo no carecía de nada tal y como le había pasado a él. Quería ser el protector de su hijo contra los envites de la vida, algo que él no había tenido. Quería asegurarse de que el pasado no se repetía. La distancia que siempre había tenido con sus acaudalados padres había sido como una muralla de hielo. Iba a hacer todo lo posible por estar junto a su hijo. No iba a permitir que lo dejaran de lado.

–No me presiones en esto, Violet –susurró él. Entonces, recorrió el cuerpo de ella con la mirada y sintió que la entrepierna se le tensaba al recordar lo apasionadamente que habían hecho el amor.

Violet sintió que algo cambiaba en el ambiente y abrió los ojos de par en par.

–Matt, creo que ya es hora de que me marche. Sé que tienes buenas intenciones al querer casarte conmigo, pero no tengo intención de permitir que pagues un precio tan alto por una situación que ninguno de los dos vio venir.

–¡Dios, Violet!

Ella se puso de pie, pero, de repente, el mundo pareció dar vueltas a su alrededor y el suelo ya no estaba tan firme bajo sus pies. Matt se acercó inmediatamente a ella.

—¿Qué te pasa? —le preguntó mientras comenzaba a sacarla del salón para llevarla hacia una serie de habitaciones que salían una frente a otra en un largo y amplio pasillo—. Voy a llamar al médico.

—¡No! —exclamó ella. Sintió que el mareo estaba remitiendo, pero al mirar a Matt, vio que él estaba muy preocupado.

En ese momento, se dio cuenta de que la propuesta de matrimonio no era solo el gesto de alguien que hacía algo por obligación porque así lo habían educado. No. Era su hijo y él, sinceramente, quería estar a su lado para ser testigo de todo desde principio a fin. Tal vez no era ella quien le preocupaba, pero ¿debería Violet privarle de la oportunidad de ser padre a tiempo completo solo porque ella quisiera de él algo más de lo que Matt podía darle?

¿Era ella, tal y como Matt le había dicho, una egoísta?

Él la colocó suavemente sobre la cama. Su cama. La sensación de mareo y de náuseas no fueron suficientes para impedir una cierta curiosidad.

El dormitorio era enorme. La cama era del tamaño de un campo de fútbol. En el techo, no había lámparas sino pequeños focos. Los muebles eran grises y brillantes. Como ocurría en el salón, había papeles sobre todas las superficies. Matt era tan descuidado allí en su casa sobre el orden como lo era en su despacho. Había ropa sobre una silla junto a la ventana y dos pares de zapatillas deportivas sobre el suelo, medio cubiertas por una sudadera. Era extraño que su desorden le resultara tan atractivo. Era como si Matt fuera tan inteligente que el tedioso asunto del orden fuera una molestia que no se podía permitir. Estaba demasiado centrado en otras cosas. Violet supuso que tenía un ama de llaves que lo ayudaba a mantener el orden.

Lo miró y vio que él había marcado un número en su teléfono móvil y que estaba hablando en voz muy baja. Después de unos minutos, dio por terminada la llamada y se acercó a la cama de nuevo con los brazos cruzados.

—Unas preguntas. Y te agradecería respuestas sinceras —dijo—. ¿Has comido algo hoy? Cuando estaba a punto de asegurarle que sí, Violet abrió la boca, frunció el ceño y se sonrojó. —No como tal...

–¿No como tal? ¿Qué significa eso? ¿Has comido algo hoy o no? Es una pregunta bastante fácil de responder.

–He estado ocupada...

–¿Cuándo fue la última vez que comiste?

–Bueno, tomé algo en el avión... y, por supuesto, iba a salir a hacer algo de compra, pero he estado tan estresada... Creo que comí...

–No sigas, Violet. ¡Incluso desde mi más absoluta ignorancia sé que hay que comer bien cuando se está embarazada!

–Eso no es justo... y no lo es porque tal vez me haya saltado una comida o dos, pero me siento mareada y con náuseas constantemente – admitió de mala gana.

–Ya hablaremos de lo que es justo y de lo que no lo es cuando hayas comido. Voy a... preparar algo – dudó–. Podría pedir algo de comer, pero creo que necesitas comer más pronto que tarde.

Matt se marchó y, durante ese tiempo, Violet pensó en levantarse de la cama y reunirse con él en la cocina, pero cuando trató de ponerse de pie, volvió a sentirse mareada y tuvo que tumbarse.

Minutos después, él abrió la puerta del dormitorio y entró con una bandeja.

–Un zumo y pan con queso –dijo. Fue lo más rápido que le pudo preparar.

Violet se sintió de repente hambrienta y se tomó el pan con queso con avidez. Matt había acercado una silla a la cama y se había sentado a su lado. La miraba con ojos entornados...

–Me decías que tu mareo no era solo porque te hubieras saltado una comida o dos... –No.

–Vamos a ver, Violet. ¿Cuánto tiempo lleva ocurriéndote eso?

–Desde el principio. No es nada de importancia.

–Claro que lo es. ¿Has consultado a un médico al respecto?

–¡Claro que no!

El silencio que siguió a aquella exclamación fue tan opresivo que la obligó a seguir hablando.

–Debería haber comido, nada más. Ahora, ya me siento mucho mejor. Muchas mujeres sufren náuseas muy fuertes en el embarazo. No es

nada de importancia, como te dije antes. Ahora, voy a marcharme para que sigas con tu día y puedas pensar en todo esto.

–Creo que no.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que este asunto de que se te olvide comer porque has estado ocupada me ha demostrado que no puedo confiar en que sepas cuidar de ti misma. No me malinterpretes, nunca pensé que esto ocurriera, pero ahora que lo ha hecho, tengo intención, como te dije, de mostrar mi compromiso hasta el fin. Si no te puedes cuidar sola, vas a necesitar de alguien que lo haga por ti y, tal y como yo lo veo, soy el único candidato para el trabajo.

–Te aseguro que no volverá a ocurrir y, si ocurre, soy perfectamente capaz de ocuparme yo sola. –No te pongas a mí en esto...

Violet lo miró durante un largo instante. Pensó en el modo en el que él había reaccionado a la noticia que iba a poner toda su vida patas arriba. Sin quejas, sin acusaciones, sin discusiones. No. Simplemente se había amoldado a las circunstancias y no había dudado en pronunciar las palabras que para él suponían el mayor de los sacrificios. Le había propuesto matrimonio. No la amaba, pero, como él había dicho, quería tener la oportunidad de amar a su hijo a tiempo completo. ¿Quién podía sentirse agraviada por algo así?

Pensó también en las oscuras advertencias. Era un hombre justo y ella no creía que realmente la fuera a llevar a los tribunales para reclamar sus derechos como padre, pero ¿cómo podía estar segura? Eran circunstancias excepcionales y Violet no podía saber lo despiadado que él podía ser ni si ella sería capaz de hacerle frente.

–¿Me estás amenazando? –le preguntó débilmente.

–Casi nunca amenazo. Simplemente espero que todo el mundo actúe con sentido común.

–Te aseguro que puedo cuidar de mí misma, Matt. Me he pasado una vida entera haciéndolo.

–Pero ¿tuviste que hacerlo porque así lo elegiste o algo que las circunstancias eligieron por ti? Todo lo bueno termina alguna vez y mientras tú no haces más que hablar de las maravillas de ser madre soltera y de la pesadilla que supone verse atada a alguien por el bien de un niño, creo que deberías pensar también en lo que sentirías cuando intentes

explicar a tu hijo o a tu hija que le negaste la estabilidad de tener un padre y una madre porque querías estar libre para encontrar al hombre perfecto.

Violet palideció.

–Eso ha sido un golpe bajo... Y yo no he dicho nada del hombre perfecto.

–Siento mucho tener que sacarlo a colación, pero no me queda otra. No vas a volver a Melbourne. En tu estado, no es buena idea realizar viajes de avión tan largos.

–¡No puedes secuestrarme, Matt!

–¿Secuestrarte? –repitió él sonriendo lentamente–. Tienes una viva imaginación sobre la clase de hombre que soy capaz de ser. Yo marco las distancias con muchas cosas y el secuestro es una de ellas. Tú te comportas como si hacer lo adecuado sea un delito. En lo que se refiere a los niños, deberían ser lo primero porque son los que terminan con las cicatrices de las heridas de padres egoístas. Cuando tu padre me mostraba esas fotografías tuyas, lo que vi fue un hombre que tal vez se desmadró en lo que se refiere a la bebida y a las drogas, pero que, en lo referente a las cosas importantes, estuvo siempre donde tenía que estar. ¿Me equivoco?

Violet se rebulló con incomodidad.

–Entiendo lo que dices, pero eso no significa que tengamos que casarnos, Matt. Los dos estaremos pendientes de nuestro hijo, aunque vivamos separados.

–¿Y tener otras relaciones?

–Yo... yo no había pensado en esto...

La imagen que él le estaba pintando era la de un tanque que lenta e inexorablemente iba aplastando todas sus buenas intenciones y su convicción de que una unión nacida de la conveniencia era impensable. Ella quería casarse por amor. ¿Qué había de malo en eso?

–Te aseguro que no tengo intención de permitir que ningún otro hombre críe a mi hijo –le espetó él secamente–. Puedes hablar todo lo que quieras sobre las relaciones modernas con todo tipo de conexiones, pero eso no me va.

Violet sacudió la cabeza asombrada al escuchar la dirección que habían tomado los pensamientos de Matt. Sin embargo...

Él pareció intuir lo que pensaba Violet e inclinó la cabeza para mirarla muy fijamente a los ojos.

–Y dime cómo te sentirías si yo encuentro otra mujer que ejerza también de amorosa madre para nuestro hijo...

–No creo que tú fueras a elegir la clase de mujer que adora a los niños –musitó Violet.

–Bueno, no creo que estuviera muy interesado en seguir con mi actual estilo de vida, dadas las circunstancias. Como padre, me gustaría introducir ciertos estándares morales que sirvieran como ejemplo a mi hijo o hija cuando se hiciera mayor. No había previsto la necesidad de ir en serio con ninguna mujer, pero, en realidad, tampoco había previsto que me encontraría en esta situación ahora mismo.

Violet estaba empezando a sentir de nuevo náuseas y un fuerte dolor de cabeza. Se recostó contra las almohadas y cerró los ojos durante un instante.

–Podemos seguir con esta conversación más tarde –dijo Matt. Con eso, se dio vuelta.

Instantes más tarde, Violet fue consciente de que él volvía a hablar de nuevo con el médico al que había llamado anteriormente. Sintió que se acercaba a ella y que le decía sin preámbulo alguno:

–Estás enferma y mi médico va a venir inmediatamente a examinarte.

–¿Tienes médico propio? –le preguntó ella, en parte aliviada de que él se hubiera hecho cargo de la situación–. ¿Tienes un médico que deja lo que esté haciendo para ir corriendo a tu lado si tienes un dolor de cabeza?

Matt sonrió.

–Se trata de un amigo de la universidad –contestó–. Le he hecho algunos favores en el pasado. Además, es la primera vez que tengo que llamarlo para requerir sus servicios.

–Claro.

–Yo nunca me pongo enfermo. Soy tan fuerte como un toro.

–Yo tampoco necesito un médico.

–Lo que tú necesitas es –le dijo, interrumpiéndose cuando un tintineo en el teléfono anunciaba la llegada de su amigo el médico–, aprender a depender de alguien para variar.

Violet tuvo que admitir que fue una bendición. El médico era serio y profesional y trataba a Matt con el afecto que surgía de años de amistad.

Era muy bueno, aunque no estaba especializado en obstetricia sino en neurología.

–Sabe todo lo que hay que saber en lo que se refiere al cuerpo humano –afirmó Matt.

–Eso puede ser algo bueno, porque evidentemente sería un genio –comentó Philip sonriendo mientras examinaba a Violet–. O malo, porque sería de los que saben un poco de todo y mucho de nada y eso no es bueno en un quirófano...

El resultado de la exploración dio que Violet tenía la tensión alta, no excesivamente, pero sí lo suficiente para ser causa de preocupación. No era bueno excederse en nada. En cuanto a las náuseas, eran más frecuentes que de costumbre, pero no había que alarmarse. Sin embargo, las dos cosas indicaban que Violet tenía que tomarse la vida con calma y permitir que Matt Falconer se iniciara en las maravillas de la domesticidad.

–Bueno –le dijo Matt a Violet tras acompañar a su amigo a la puerta y volver de nuevo al dormitorio–, supongo que esto termina con la cuestión inmediata de lo que va a ocurrir a continuación. Puedo decir con toda seguridad que no vas a ir a ninguna parte en un futuro cercano...

Capítulo 8

DESPUÉS DEL diagnóstico, todo avanzó rápidamente. Un médico le había aconsejado a Violet que debía reposar y hubiera sido una gran irresponsabilidad ignorar el aviso. Esa fue el primero de los argumentos con los que Matt bombardeó a Violet durante la semana que estuvo en la cama.

–No quiero que me repliques en esto –le dijo Matt en más de una ocasión–. No estás interesada en darme una oportunidad porque no tengo la imagen que te has hecho del tipo de hombre con el que siempre has soñado casarte. Sin embargo, estaría mal dejar que nuestro hijo pagara por tu escepticismo.

Violet no hacía más que pensar en ello, pero sabía que era mejor no hablar del tema porque, en su pensamiento, como la promesa de una tormenta que acechaba detrás de un cielo azul, estaba siempre la posibilidad de que él la llevara a los tribunales.

Matt se lo había sugerido y a ella le aterraba hablar al respecto porque no quería que él confirmara la peor de sus pesadillas.

Él también había plantado la semilla de la intranquilidad en su cabeza y esta no solo había echado raíces, sino que había empezado a crecer a una alarmante velocidad. ¿Cómo se sentiría si él empezaba a salir con otra mujer? Aquel pensamiento la ocupaba constantemente el pensamiento durante el tiempo que pasó en su apartamento, donde él la había confinado para que reposara y había hecho que su ama de llaves se ocupara de todas y cada una de las necesidades de Violet. ¿Iba a encontrar la fuerza para contemplar cómo otra mujer cuidaba también de su hijo?

Ella misma no se imaginaba estar con otro hombre. Nadie podía compararse con Matt y ella jamás tendría el lujo de poder seguir con su vida porque él aparecería en su casa semana tras semana. Estaría siempre presente en su vida.

Todas las noches, él regresaba al apartamento con la puntualidad de un reloj suizo y le calentaba torpemente la comida que su ama de llaves les había preparado. Todo el mundo en el trabajo estaba preguntando por ella así que, en cuanto estuviera bien, y eso sería transcurridas unas semanas, irían a hacerles una visita. Nadie se podía creer que Matt fuera a ser padre. Violet les tendría que mostrar su abultado vientre para demostrarlo.

Como era típico en él, no le importaba lo que sus empleados pensaran y así se lo había dicho a Violet cuando ella le comentó que podría ser causa de vergüenza que ella se presentara embarazada. Entonces, se había echado a reír.

Tras diez días de ser tratada como una muñeca de porcelana, Violet descubrió que se estaba acostumbrando a tenerlo cerca. De hecho, se dio cuenta de que deseaba que llegara la hora en la que él volvía a casa. De hecho, estaba deseando escuchar cómo la puerta principal se abría y él entraba en el apartamento.

Poco a poco, él estaba derribando las defensas de Violet y haciendo que ella cuestionara las decisiones que había tomado. El pensamiento de que él no era un hombre destinado a sentar la cabeza se estaba viendo reemplazado por la esperanza de que, de algún modo, ella pudiera convertirlo en el hombre que quería que fuera. Es decir, en un hombre que pudiera corresponder su amor. Con el tiempo, podría ser posible, ¿no?

El verano iba dejando paso al otoño. En el exterior, los días eran cada vez más cortos. Ella hablaba con su padre por teléfono todos los días y este parecía haberse hecho a la idea de que Matt le hubiera pedido matrimonio. Se le pasó por la cabeza que Matt pudiera haber hablado con su padre a sus espaldas. No le parecía nada descabellado.

Sin embargo, aquel día, aburrida ya de la rutina de ver la televisión y de leer, Violet le pidió al ama de llaves que se marchara y se puso a hacer la cena. Preparó un sencillo plato de pasta tras haber mirado la receta en su teléfono. Tenía buen aspecto.

Decidió también vestirse con algo que no fuera la cómoda ropa de algodón que había llevado desde Australia.

Desde el momento en el que su vida había cambiado totalmente y se había encontrado viviendo en el apartamento de Matt, Violet se había asegurado de que había que mantener las distancias. Resultaba muy turbador tenerlo cerca, sabiendo que dos puertas más allá de la suya estaba su dormitorio. Por ello, no quería provocar intereses innecesarios poniéndose ropa que pudiera indicar que él le importaba.

Por eso, se había vestido con ropa poco atractiva. Si hubiera podido volver a ponerse su ropa de trabajo, se habría sentido muy tentada, pero no podía ponerse nada ceñido. Estar cómoda la ayudaba también a evitar las náuseas. Matt le había ido comprando ropa, apareciendo con bolsas en un par de ocasiones.

—No habías contado con estar confinada en este apartamento —le había explicado—. Probablemente tampoco habías contado con estar en el país tanto tiempo. Necesitas más ropa, así que te he comprado algunas cosas.

Algunas de las prendas eran ponibles, pero la mayoría no lo era. Eran elásticas, como correspondía a la ropa para una embarazada, pero resultaban demasiado sexis. Eran prendas diseñadas para atraer la atención, algo que era precisamente lo que ella había decidido no hacer.

Hasta aquella noche.

Aquella noche, su cabeza no daría las órdenes. Los pensamientos que la habían atormentado habían dado fruto y le habían llevado a tomar una decisión sobre la que se sentía muy nerviosa. Sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban cuando, poco después de las siete, Matt entró en el apartamento. Ella estaba esperándole en el salón, de pie junto al umbral con un vaso de zumo en la mano.

Matt se detuvo en seco al verla

—¿Me he equivocado de apartamento? —le preguntó, cuando consiguió recuperar parte de su autocontrol y pudo volver a ponerse en movimiento.

Sin dejar de mirarla, dejó su bandolera y se quitó la cazadora negra. Lentamente, avanzó hacia ella, mirándola con tal intensidad que Violet sintió que se estaba sonrojando, casi como si estuviera tratando de ponerse a juego con el vestido rojo que había decidido ponerse. Aquella era una de las inapropiadas prendas que había previsto que ocuparían sitio en su armario sin ver la luz jamás. Sin embargo, aquella noche había decidido que necesitaba algo de impacto, dado que una gran decisión requería algo más dramático que pantalones de chándal y camisetas.

—He preparado algo de cenar —dijo ella aclarándose la garganta.

—Has preparado algo de cenar —murmuró él. Estaba tan cerca de ella que su aliento era como una caricia contra su ardiente piel—. ¿Y Marita?

La voz de Matt era como una caricia y la piel de Violet ardía como respuesta. Había tomado una decisión, por lo que permitió que su mente

vagara por terrenos que antes se había prohibido... estar tumbada en la cama junto a él, disfrutando de sus caricias y de su sedosa voz, la fuerza de sus brazos alrededor de su cuerpo... Bajar la guardia y reír con su sentido del humor...

Además, estaban las posibilidades que él había generado en su pensamiento... Sin embargo, ya no se sentía como si estuviera cediendo, sino como si fuera un resultado inevitable.

–Me siento mucho mejor –comentó, inclinando ligeramente la cabeza.

–¿Y por eso has cambiado de estilo?

–¿Te gusta?

Matt se quedó inmóvil. Entonces, la miró muy fijamente.

–O he hecho algo mal o estás a punto de decirme algo que no estoy interesado en escuchar. ¿Cuál de las dos cosas es?

–Es cierto que quiero tener una charla contigo –admitió Violet, dándose la vuelta para no seguir viendo la intensidad de su mirada–. Tal vez deberíamos sentarnos –añadió mientras se dirigía al sofá. Matt la siguió y se sentó en una de las butacas en vez de en el sofá junto a ella.

–Bueno, ¿vas a decirme de qué se trata o vamos a jugar a las adivinanzas?

–He estado pensando –dijo Violet por fin.

Matt le había propuesto matrimonio una vez en lo que parecía una eternidad, pero, desde entonces, había tomado una actitud mucho más reservada por lo que Violet había empezado a pensar que no lo había vuelto a considerar. ¿Había pensado en los pros y contras de sentar la cabeza con ella? ¿Le había hecho comprender la proximidad que habían compartido aquellas dos semanas que en realidad no quería que Violet formara parte de su vida?

Pensó en todas las rubias que habían formado siempre parte de su vida. ¿Le había hecho darse cuenta el tiempo que llevaban juntos que echaba de menos a esa clase de mujeres?

Violet sabía que él a menudo se quedaba levantado cuando ella se retiraba a su dormitorio. Hacía dos noches, se había levantado para ir al cuarto de baño y lo había oído pasar por delante de su puerta. Eran las dos y media de la mañana. Para un hombre que había disfrutado siempre de total libertad de movimientos y que había salido con mujeres que jamás

interferían con sus rutinas, el destino lo había puesto a prueba y Violet no podía dejar de preguntarse si aquella situación le había abierto los ojos.

Todos aquellos pensamientos habían conseguido que Violet se echara atrás, pero, entonces, había pensado en él con otra mujer en el futuro, yendo a recoger a su hijo y marchándose con el bebé y con la mujer con la que estuviera saliendo para pasar el fin de semana.

–Has estado pensando –repitió él para sacarla de su ensoñación–. ¿Vas a compartir algunos de esos pensamientos antes de que llegue la Navidad? Porque soy todo oídos.

–Admito que cuando descubrí lo del bebé –dudó. Entonces, frunció el ceño–, no estaba segura de cómo iba a ser tu reacción. Sé que te pusiste furioso cuando te lo dije que había considerado no contarte nada en absoluto, pero tienes que comprender que te conozco muy bien.

–Un poco de conocimiento puede ser algo muy peligroso –murmuró Matt–. Puede llevar a toda clase de conclusiones.

–Sí, bueno, pero, en cualquier caso, no creo que te hubiera ocultado la información. Tenías que saberlo, tenías que tener la opción de decidir lo que querías hacer. Ayudaba el hecho de que yo tuviera mis propios ingresos y dinero y que tú supieras que no iba a utilizar tu dinero para controlar la situación.

Matt levantó las cejas y la miró fijamente.

–Ya sabes de lo que estoy hablando, Matt, así que no te hagas el inocente conmigo. Si no hubiera tenido dinero, tú habrías utilizado tu riqueza para conseguir que yo hiciera lo que tú quisieras. Yo no habría tenido opción.

–Esa es una acusación terrible –comentó él con una ligera sonrisa.

–Sin embargo, sí me hiciste pensar que considerarías llevarme a los tribunales.

La sonrisa se borró inmediatamente del rostro de Matt.

–Fue una amenaza que jamás habría llevado a cabo.

–Pero eso era un riesgo que yo no podía correr.

–Me gustaría decirte, aquí y ahora, que ninguna decisión tuya debería basarse en el miedo que tengas porque yo pueda pelear contigo en los tribunales para conseguir la custodia del bebé. No volverá a ocurrir. Si insinué lo contrario, bueno, ya sabes cómo soy. Soy un hombre acostumbrado a pelear para conseguir lo que quiero.

Violet se encogió de hombros.

–Vivir aquí contigo ha hecho que me dé cuenta de que podrías hablar en serio cuando dices que estarías preparado para hacer todo lo posible por el bien del bebé. Has ido más allá de lo que se requería de ti en lo de... cuidar de mí. Eso es algo con lo que no habías contado y has dado muestras de tu talla.

–Gracias por el cumplido, Violet, pero creo que es justo decir que Marita también ha tenido su mérito. Si hubieras tenido que subsistir con mis habilidades culinarias, seguramente no estarías siendo tan efusiva en tus cumplidos.

Matt aún se mostraba muy cauteloso por lo que Violet fuera a decirle.

–Me dijiste que estaba siendo muy egoísta cuando rechacé tu propuesta de matrimonio. Por mi parte, lo único que quería para mí misma era un matrimonio convencional con alguien que quisiera pasar el resto de su vida conmigo en vez de un hombre que se viera obligado a casarse por las circunstancias. Por eso te rechacé...

–¿Y ahora?

–Ahora... Bueno, todo esto tiene más que ver con lo que quiero y lo que espero de la vida. No puedo negarle a mi hijo su derecho de disfrutar de su padre y de su madre, además de un hogar estable. Así que...

–¿Qué? ¿Voy reservando ya la iglesia y compro los anillos?

Si había algún detalle que revelara que aquel era un matrimonio de conveniencia y no algo que él deseara de verdad era aquel comentario realizado en tono de humor. Violet sintió que se le hacía un nudo en el corazón. ¿Estaba haciendo lo correcto? Sí. Porque, la alternativa resultaba aún más dolorosa.

–No del todo –dijo–. No hay necesidad de hacer ninguna de esas dos cosas todavía. Sugiero que... sigamos viviendo juntos. Ver cómo van las cosas. Yo estoy cada día más fuerte. Vayamos paso a paso. Ya podremos volver a valorarlo todo más adelante.

Durante unos instantes, se produjo un profundo silencio.

–En ese caso, creo que lo primero sería conocer a mis padres.

Matt sabía que no podía seguir evitándolo durante más tiempo. A pesar de la relación que él tuviera con sus padres, ellos tenían que saberlo

y, ¿quién sabía? Tal vez todo el cariño que no habían podido mostrarle a él, se lo podrían dar a su nieto o nieta.

Le pareció un paso muy grande y aterrador, pero sabía que ya no se podía zafar de él.

Violet se miró en el espejo con mirada preocupada. Había pensado que todo encajaría en su lugar después de aquella conversación, pero, tres días después, aún se sentía muy insegura sobre lo que estaba ocurriendo.

Matt no la había tomado entre sus brazos ni la había llevado a su dormitorio, algo que ella había esperado que hiciera. En vez de eso, habían tenido una conversación muy sensata sobre lo que iban a hacer a continuación. Los padres. Tendría que conocerlos. A pesar del hecho de que todo el mundo parecía saber lo del bebé, Matt aún no les había dado la noticia a sus padres. Cuando ella se había mostrado sorprendida, él se había limitado a apartar la mirada y a decirle que era la clase de conversación que tenía que hacerse cara a cara y que él aún no había tenido tiempo de realizar el viaje.

Habían hablado de la necesidad de mudarse de Londres. El apartamento de Matt era enorme, pero era la típica vivienda de soltero. No resultaba muy adecuada para un niño pequeño.

Violet se había sentido incómoda y fuera de lugar con aquel sensual vestido rojo porque lo que había imaginado que terminaría en seducción había acabado siendo más parecido a una reunión de trabajo. Se preguntó si él había interpretado el hecho de que le sugiriera seguir viviendo con él en vez de casarse simplemente como una continuación de lo que ya tenían. Una relación perfectamente civilizada en la que ella vivía en una de las habitaciones de invitados, aunque posiblemente en una casa a las afueras de Londres en vez de un apartamento en la ciudad.

Aquella noche había dormido sola, al igual que las anteriores. Matt se había marchado después a Nueva York para tener una reunión urgente a la que no podía faltar.

Una vez más, Violet estaba esperándole. Él llegaría del aeropuerto en cualquier momento. La había llamado y le había dicho que ya estaba de camino y que, en cuanto llegara, se marcharían inmediatamente para ir a visitar a sus padres.

—¿No quieres descansar un poco después de un vuelo tan largo? —le había preguntado ella, pero no. Matt no necesitaba descanso alguno. Sus padres les estaban esperando y no podía haber ninguna demora.

Violet estaba vestida con un atuendo a medio camino entre lo sensato y algo atrevido, dado que no tenía ni idea de cómo eran los padres de Matt. El vestido era negro, de manga larga y mostraba ya la visible tripita de embarazada, pero de un modo sutil y adecuado a pesar de que el vestido era entallado.

Además, llevaba unas gruesas medias negras y el cabello bien recogido detrás de las orejas. Se sentía como la asistente personal que había sido en el pasado.

Se sintió muy ansiosa cuando escuchó el sonido de la puerta principal. No podía contener la excitación que se apoderó de ella al verlo. Matt iba vestido con unos vaqueros deslucidos, un jersey negro y una cazadora de cuero. A pesar del largo viaje, tenía un aspecto impecable y elegante sin haber realizado esfuerzo alguno.

Los dos se miraron unos segundos, pero ninguno dijo nada. Entonces, Matt la miró de arriba abajo y dijo:

–Veo que estás preparada. Estás estupenda, Violet.

Dudó. Quería acercarse a ella y tomarla entre sus brazos, pero permaneció dudando unos instantes, preguntándose cómo era posible que Violet hubiera abierto la puerta entre ellos y, a pesar de todo, más que nunca en toda su vida, él se viera ahogado por un sentimiento de incertidumbre con el que no sabía cómo enfrentarse. Violet ejercía un profundo embrujo sobre él. No podía evitar querer acercarse a ella, y esa debilidad lo confundía.

Sabía que seguramente ella se sentía perpleja por su comportamiento. En cuanto ella le había dicho que quería tratar de solucionar las cosas entre ambos como pareja, como equipo unido por el bien del bebé, él se había marchado al otro lado del Atlántico dejándola sola.

Casi no podía encontrar una explicación coherente que darle, pero sabía que tendría que hacerlo, y pronto. Aquel mismo día. Tendría que hablar con ella y decirle que no podría amarla nunca, que ella debería borrar toda esperanza de su cabeza.

Lo que había entre ellos funcionaría perfectamente si ella no caía en la trampa de esperar más de lo que él pudiera ofrecerle. No podía haber otra conversación sobre el asunto. Él no amaba. No sabía cómo hacerlo y, si alguna vez parecía que ella podría ser la elegida y que podría ocupar un espacio que él nunca había tenido disponible en su corazón, lo único que él haría sería darles portazo a aquellos pensamientos tan peligrosos.

No la había tocado y eso lo estaba volviendo loco, pero tenía que hablar con Violet antes de nada.

Se mesó el cabello con los dedos y pensó que nunca, en toda su vida, había visto a una mujer tan hermosa delante de él.

—¿Quieres algo de comer o de beber? —le preguntó Violet. Tenía la mano sobre su vientre. Matt sonrió. —Son las seis y media. Seguramente habrán preparado algo —comentó—. Se tarda una hora en llegar a su casa. Cuanto antes nos marchemos, mejor.

—Dime qué es lo que debería esperar al llegar —le dijo Violet cuando estuvieron ya en el coche y abandonaban Londres de camino a Surrey.

No podía apartar los ojos del rostro de Matt. Quería hacer algo sencillo e íntimo, como colocarle la mano sobre el muslo... pero la distancia que él había creado entre ambos se lo impidió.

Violet había querido preguntarle si ya se había cansado de ella. El embarazo, a medida que iba progresando, no les gustaba a muchos hombres. ¿Era él uno de ellos, uno de los hombres a los que repugnaba la imagen de un vientre tan abultado?

O tal vez se le había metido en la cabeza que ella le estaba vedada porque el médico le había aconsejado descanso.

Violet no tenía ni idea de cómo abordar aquel tema tan espinoso, pero no creía que pudieran funcionar como pareja si seguían ocupando dormitorios separados.

Charlaron amigablemente mientras el coche devoraba los kilómetros para acercarse a un destino que no se parecía en absoluto a lo que Violet había imaginado. Habían llegado a una zona de grandes mansiones, rodeadas de amplios terrenos y protegidos por vallas. De repente, Matt giró a la izquierda y se encontraron frente a una impresionante verja de hierro forjado, que advertía también de la presencia de perros guardianes, de un sistema de cámaras de seguridad y de vigilantes.

Violet se quedó boquiabierta.

—¿Aquí es donde viven tus padres?

—Una mansión como cualquier otra —comentó él mientras utilizaba un mando para abrir las puertas. —Vaya... no es exactamente una casita en el campo, ¿no te parece? —le preguntó. Frunció el ceño al notar la tensión que emanaba del cuerpo de Matt. Tenía la mandíbula apretada y las manos

asían con fuerza el volante—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tus padres?

Violet no podía dejar de mirar los árboles que flanqueaban la carretera que conducía a la casa. Aquello era mucho más que una mansión. Parecía más bien una finca del Patrimonio Nacional. Estaba completamente boquiabierta, no porque no estuviera acostumbrada a las casas grandes y mansiones, dado que había vivido en muchas con su padre, sino porque aquello era completamente...inesperado. Trató de contener los nervios cuando Matt le informó brevemente que iba a visitarlos cuatro veces al año.

—¿Exactamente cuatro veces?

—Tres cumpleaños y el día de Navidad.

—¡Qué organizado! No creía que fueras una persona tan organizada.

—Cuando conozcas a mis padres, descubrirás por qué es tan importante la organización. No son personas que agradezcan las visitas espontáneas.

La enorme mansión iba acercándose. Era un edificio impresionante, pero algo sombrío. En la parte delantera había un patio circular dominado por una magnífica fuente. A ambos lados de la casa, había jardines muy bien cuidados que se sentían hasta llegar a las oscuras sombras de los árboles.

—No te preocupes. Será una visita muy breve.

—¿Les has dicho que iba a venir yo?

—Como te he dicho, prefería hablar con ellos cara a cara.

—Se van a quedar atónitos.

—Tal vez.

—¿Es que no te importa? ¡Me has puesto en una situación muy incómoda!

—Yo no me preocuparía mucho —dijo él. La miró durante algunos segundos y luego descendió del coche para rodearlo y abrirle la puerta a Violet.

—¡Por supuesto que me preocupa! A la mayoría de los padres les encanta ver la emoción de su hijo al anunciarles que va a ser padre. Se van a sentir tan desilusionados...

Matt soltó una carcajada.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

–Como te he dicho, Violet, no tienes que preocuparte. En lo que se refiere a desilusión, no hay posibilidad de sentirse sorprendido. Llevo viviendo con ella toda la vida.

Capítulo 9

DESPUÉS, VIOLET pensó que debería haber sacado algo de aquella afirmación. Un hombre que puede decir de un modo totalmente indiferente que la desilusión parental ha formado parte siempre de su vida no podría ser un hombre que disfrutara de una cálida relación con sus padres y que estos no podrían ser más diferentes de las personas divertidas y simpáticas que había pensado que serían.

Por supuesto, ella nunca había tenido pistas al respecto, porque, aunque se mostraba muy abierto en lo que se refería a las mujeres de su vida, Matt nunca había hablado sobre su pasado.

Ciertamente, ella no había esperado que fueran tan ricos, pero lo eran. Un mayordomo les abrió la puerta principal y los acompañaron a su salón del tamaño de un campo de fútbol.

Físicamente, lord y lady Falconer eran una pareja muy atractiva. Ella era alta y elegante, con una maravillosa melena de cabello oscuro. Los rasgos de su ascendencia española se veían también en el color oliváceo de su piel y en los ojos oscuros.

De igual modo, él era también alto y muy distinguido, ejemplo perfecto del caballero inglés desde el modo en el que se comportaba hasta el traje y la corbata que llevaba puestos. Violet no sabía la edad que tendrían, pero calculaba que entre sesenta y setenta años. Sin embargo, por sus gestos y su formalidad, parecían mucho mayores.

La conversación fue cordial. Violet se sintió aterrorizada cuando la madre le miró el vientre, pero Matt introdujo el tema sin la más ligera vergüenza o disculpa. Los dos les dieron la enhorabuena, pero les hicieron pocas preguntas.

Acostumbrada ella como estaba a la vida rodeada de adultos más expresivos, Violet se quedó atónita y, después de una hora de conversación forzada, se sintió profundamente entristecida por Matt y por una infancia

que, evidentemente, había sido completamente diferente a la suya. Se echó a temblar al imaginarse a un niño pequeño, enviado a un internado a la edad de siete años, y que pasaba sus vacaciones y su tiempo libre en un lugar que parecía un mausoleo.

Más que nunca, se sintió especial por haber sido presentada a sus padres. Estaba segura de que él jamás había permitido contacto alguno entre sus padres y sus novias. Estaba embarazada, sí, y eso hacía que ella fuera diferente, pero nada podía quitarle la sensación de que aquello era un paso significativo.

Cenaron en el comedor, donde todos intentaron charlar a través de una mesa tan grande que habría sido buena idea contar con un megáfono. La comida era deliciosa y, por supuesto, servida con los vinos adecuados, aunque ninguno de los dos bebió. Ella estaba embarazada y Matt insistió en volver a casa, aunque su madre mencionó de pasada que se podría preparar un dormitorio para ellos y así podrían regresar por la mañana.

Matt les informó que tenía que trabajar y miró el reloj. Eso pareció ser una señal adecuada para que los padres se levantaran sin comentario alguno y los cuatro abandonaran la mesa para que la criada que había llevado los platos los retirara también.

–¿Un café en la sala? –preguntó su padre–. ¿O algo más fuerte? Tengo un oporto excelente.

–Tengo muchos correos de los que ocuparme antes de mañana –les dijo Matt.

A pesar de que ni su padre ni su madre dijeron nada, Violet notó que se reflejaba cierto desagrado en el rostro del padre. Entonces, se dirigieron a la puerta principal, donde esperaron que les llevaran los abrigos. Una vez más, los dos les dieron la enhorabuena por el embarazo.

–Debemos almorzar juntas alguna vez –le dijo cortésmente la madre–. Voy a Londres muy a menudo y me encantaría invitarte.

Violet asintió y se preguntó cómo iría un almuerzo con Julietta Falconer. Ciertamente, la conversación no fluiría.

–Ya te dije que no sería una visita muy prolongada –le dijo Matt en cuanto estuvieron en el coche y se disponían ya a salir de la finca.

–¿Tienes normalmente unas visitas tan... formales con tus padres?

–No son la clase de personas que disfrutan una comida informal alrededor de la mesa de la cocina.

–Jamás me imaginé... no esperaba...

–Prefiero no hablar de mi familia.

–¿Y siempre ha sido así?

–El internado la rompió aún más –contestó él encogiéndose de hombros, pero sin dejar de mirar la carretera–. Envidio la vida caótica que tú debes de haber tenido, Violet, aunque probablemente te habría gustado que fuera diferente cuando eras pequeña.

–Siempre sentí que tenía mucha responsabilidad. Sin una madre y con mi padre y falta de autocontrol... Tienes razón, me habría gustado tener un poco de estabilidad.

–Y por ello tú has reaccionado y te has convertido en la antítesis de tu padre. Él era salvaje y tú tienes los pies en el suelo. Tú cuidabas de él y, mientras tanto, sacrificaste la vida que la mayoría de las jóvenes tenían.

–Esta es una conversación bastante profunda para tenerla tan tarde.

Matt sonrió.

–Hay veces en las que es necesario tener conversaciones profundas. Yo no suelo tenerlas, pero hay excepciones para todas las reglas.

Violet lo miró con intranquilidad y sintió que él quería decirle algo que tal vez a ella no le alegrara escuchar. Sin embargo, aquella pequeña intromisión en su pasado le hacía desear saber mucho más. La curiosidad pudo más que la cautela.

–A tus padres no les gusta lo que haces, ¿verdad?

–¿Qué te hace decir eso? –le preguntó Matt, mirándola brevemente con gesto atónito.

–Me ha dado esa sensación.

–Explícate.

–Vi algo en la expresión de tu padre cuando le dijiste que teníamos que marcharnos porque tenías trabajo que hacer cuando llegáramos a Londres.

La voz de Matt sonó llena de amargura cuando respondió.

–Mi destino era ocuparme de la finca y, por diversión, tener una carrera en la city o tal vez en el mundo de la abogacía. Algo tradicional y respetable. Junto con un matrimonio con la chica adecuada con las conexiones adecuadas.

–¿Te dijeron eso?

–No con tantas palabras, pero, en realidad, las conversaciones profundas siempre han sido escasas entre nosotros. Se prefería dar vueltas alrededor de lo que se necesitaba decir en voz alta.

Violet dedujo que por eso Matt pensaba que era una desilusión. Sintió una profunda pena por él. En aquellos momentos, era el empresario de más éxito en la industria tecnológica, pero, en lo que se refería a sus padres, era una desilusión, con una carrera que probablemente no comprendían y que tal vez incluso desaprobaban.

–Sé que sientes pena por mí...

–Por supuesto que sí –dijo ella. Extendió una mano y se la colocó sobre el brazo. Entonces, sintió que él se tensaba ligeramente. Violet apartó inmediatamente la mano y se enrojeció.

–Matt –suspiró con exasperación–, deberías contarme qué es lo que pasa. Yo pensaba que... que cuando accedimos a darle una oportunidad a nuestra relación, ibas a mostrarte un poco más entusiasta, sobre todo considerando que fuiste tú el que lo sugirió. Me pediste que me casara contigo y te rechacé. Ahora, estoy dispuesta a que avancemos a medio camino, pero me da la sensación de que no estás muy contento con la situación. Te desvaneciste como un fantasma cuando te dije que estaba dispuesta a intentarlo y ahora casi no me miras a la cara. Conocer a tus padres me había parecido un gran paso hacia delante, pero ahora no estoy segura... ¿Ha sido más bien un obstáculo que tenías que saltar?

–Mereces que te responda a todas esas preguntas.

Violet sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Cómo era posible que hubiera juzgado tan mal la situación? Él había sido el compañero perfecto cuando no le quedó más remedio que cuidar de ella, pero, mientras lo hacía, había tenido tiempo de reconsiderar sus opciones.

Violet le gustaba y ella era su responsabilidad. Mientras aquella combinación le había empujado al principio a pedirle matrimonio sin pensarlo realmente, las cosas parecían haber cambiado. Matt había dado un paso atrás y, en aquellos momentos, veía las cosas como Violet las había visto. Había comprendido que podían tener una relación perfectamente amistosa, pero sin comprometerse a ponerle un anillo en el dedo.

Tal vez, solo tal vez, incluso había empezado a buscar. Tal vez se había dado cuenta de que podía tenerla como amiga mientras seguía con su vida de seductor. Poco a poco, ella había ido dejando a un lado sus temores

de que Matt no pudiera llegar a ser el hombre que ella necesitaba. Había cometido un error imperdonable.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Violet al ver que se apartaba de la carretera principal para desviarse a un pueblo del que nunca había oído hablar.

–Tenemos que hablar y no quiero hacerlo en el coche. No me puedo centrar en la carretera y en la conversación que tenemos que tener.

–En ese caso, esperemos a llegar a Londres –sugirió ella.

Matt no respondió. Parecía conocer bien aquel lugar y no tardó en encontrar un pub muy iluminado. Sin intercambiar palabra, se dirigieron al interior, donde el camarero lo saludó como si lo conociera de siempre. Se sentaron en una mesa algo apartada. Eran poco más de las diez, pero el pub seguía muy concurrido.

Matt fue a la barra y regresó con un whisky para él y una copa de refresco de flor de saúco.

–Es muy tarde –dijo él con voz ronca–. Tienen buenas habitaciones arriba. Vamos a pasar aquí la noche. –¿Por qué?

–Porque me apetece tomar una copa y no quiero conducir después de beber. Ahora que has conocido a mis padres, Violet, tal vez comprendas... por qué mi actitud hacia las relaciones es algo diferente a la tuya. Tú anhelas la estabilidad, has vivido la vida persiguiendo el sueño de encontrar a la pareja perfecta y sentar la cabeza –comentó. Entonces, dio un largo trago de whisky y la miró–. Yo, por el contrario, no.

–No. Ahora lo comprendo.

–Dime lo que comprendes.

–Nunca te sentiste amado, al menos no del modo en la que la gente suele serlo. Y, si alguien no se ha sentido nunca amado, ¿cómo va a saber cómo amar? Nunca has tenido relaciones largas porque nunca has visto razón para tenerlas. En tu mundo, el amor no existe, así que, ¿por qué ibas a animar a una mujer a mirar en esa dirección si sabes que no puedes corresponderla? ¿Tengo razón? Ahora, cuando has tenido tiempo para pensar en lo nuestro y te has dado cuenta de que no puedes acomodarte a tener relación de ninguna clase conmigo, aunque efectivamente tal vez pudieras, porque, como dijiste, tienes sueños de ser padre a tiempo completo.

Violet se obligó a sonreír, pero le resultó incluso doloroso.

–Por supuesto, tienes razón. No sé en qué estaba pensando cuando te dije que estaba dispuesta a intentarlo. Todo funciona perfectamente tal y como está. Yo vuelvo a estar prácticamente bien, así que te dejaré en paz muy pronto.

Matt tenía el ceño fruncido.

–¿Qué te hace pensar que ya no estoy interesado en casarme contigo?

–Porque... porque lo sé.

–¿De verdad? ¿Cómo?

–Te comportas como si, de repente, yo me hubiera convertido en una desconocida.

–¿Y cómo quieres que me comporte?

–Esta conversación es ridícula –musitó ella, incómoda con la dirección que la conversación estaba tomando–. Sé a lo que me refiero, Matt. Y eso es lo importante.

–He estado algo distante porque no quería que te hicieras ideas que son poco realistas si nos embarcamos en una relación plena.

–¿De qué estás hablando? –le preguntó ella con voz fría y distante.

–Las cosas resultaban... cómodas, Violet. Nos habíamos acostumbrado a una rutina.

–Y pensaste que, dado que había una especie de rutina, yo podría empezar a anhelar lo que nunca iba a estar sobre la mesa.

–Soy un hombre que no sabe amar. Así es como soy. ¿Puedes vivir con eso?

Violet se encogió de hombros, pero, en su interior, sintió que se había roto. ¿Podría vivir con Matt sabiendo que él nunca la amaría del modo que ella deseaba? Matt estaba siendo muy sincero y le estaba dando la opción de dejarlo todo atrás. Pensó en él siguiendo con su vida y se sintió mareada.

–Como dijiste al principio, Matt, esto no solo tiene que ver con nosotros. Esto tiene que ver con un bebé que no pidió ser concebido y con el hecho de darle a nuestro bebé las mejores oportunidades en la vida. Hay que hacer sacrificios. Lo que tenemos está bien como está. No es exactamente lo que tenía en mente para mí, pero así es la vida. Todo tiene que ver con los compromisos.

Matt la estaba mirando muy cuidadosamente.

–He reservado habitaciones separadas.

–¿Sí?

–No tenía ni idea de cómo iba a desarrollarse esta conversación.

–¿Y ahora?

–Dímelo tú, Violet.

–Es una tontería pensar que podemos intentar esto sin... sin... Matt sonrió de un modo que le aceleró el pulso a Violet.

–En ese caso, les diré que solo necesitamos una habitación, ¿te parece bien?

El agotamiento que se había apoderado de Violet mientras estaban en la casa de los padres de Matt desapareció rápidamente. Se terminaron sus bebidas y subieron a una encantadora habitación. Violet se sentía tan nerviosa como un gatito y estuvo a punto de echarse a reír cuando pensó que, estando embarazada de él, lo último que debía sentir eran nervios. Observó cómo se desnudaba, con movimientos lentos y relajados, pero sin dejar de mirarla.

–No tienes ni idea de lo mucho que he echado esto de menos, Violet. Verte... verte crecer... sabiendo que no debería tocarte.

Se dirigió hacia ella, completamente desnudo y erecto. Violet sintió que el deseo se apoderaba de ella.

Se dejó abrazar y apoyó la cabeza sobre el pecho de Matt.

–Yo también lo he echado de menos –respondió con voz ronca. Entonces, Matt la separó de su lado y la miró.

–Pregunta importante. ¿Está esto bien para el bebé?

Violet se echó a reír.

–¡Por supuesto que sí!

–Bien. Lo he buscado en Google, por curiosidad, pero a ver quién se cree lo que lee en la pantalla de un ordenador.

–¿El noventa y nueve por ciento de la población?

Matt sonrió y se sonrojó.

–He echado de menos más que el sexo, si te soy sincero. He echado de menos también tu sentido del humor.

La tomó en brazos y la llevó a la cama. Entonces, tras colocarla sobre el colchón, permaneció de pie, mirándola. Violet no pudo contenerse. Levantó las manos y le tocó, sintiendo que se humedecía entre las piernas cuando el miembro erecto vibró contra el lento y delicado roce de sus dedos.

Lenta, muy lentamente, le tocó del modo en el que ella sabía que le gustaba, firme y lentamente. Matt arqueó la espalda, respirando profundamente mientras ella seguía excitándolo. Entonces, se colocó cerca del borde de la cama y comenzó a lamerle la firme columna de su sexo. Con las manos, comenzó a acariciarle el interior de los muslos y escuchó cómo él gemía de placer. Sintió que él le agarraba el cabello para dirigirle los movimientos de la boca, pero, de repente, la apartó de su cuerpo.

–No voy a dejar que me des un orgasmo con la boca...

Ella sonrió. Todo era tan agradable, tan íntimo, como si efectivamente estuvieran destinados a estar juntos. Violet decidió apartar ciertos pensamientos, pensamientos imposibles. Matt le había dicho directamente lo que sentía y, tras haber conocido a sus padres, Violet había visto que él había terminado igual que ellos, con la llave de su corazón arrojada como si fuera inútil basura. Sin embargo, estarían juntos y, si se tenía que conformar con aquello, lo aceptaría.

Comenzó a desnudarse y el deseo floreció aún más cuando vio que Matt la estaba observando con mucha intensidad, como si el más ligero movimiento fuera una fuente de fascinación para él.

La ayudó a desnudarse. No pudo resistirse. Las ropas de Violet se unieron a las de él sobre el suelo. Ella estaba desnuda y se sentía maravillosa. Matt le estaba acariciando con reverencia el vientre.

–Te han crecido los pechos –murmuró–. Me lo había preguntado. Había fantaseado. Tenerte compartiendo el apartamento conmigo fue una prueba de una fuerza de voluntad que no sabía que poseyera. Así que no intentes impedirme ahora que explore cada centímetro de tu cuerpo.

–Ni se me ocurriría...

Con una mano, él le cubrió un pecho y se lo sostuvo, como si estuviera comprobando lo que pesaba. Entonces, deslizó el pulgar sobre el pezón y sintió que este se erguía bajo el contacto. Los senos habían crecido, al igual que los pezones, que se habían oscurecido para convertirse en grandes y circulares discos.

Una caricia más y Matt sabía que no podría impedir que su cuerpo realizara una prematura y poco digna eyaculación. Cerró los ojos y besó la suavidad de los pechos, provocando pequeños gemidos de placer. Entonces, chupó uno de los pezones, estimulándolo con la lengua al tiempo que curvaba la mano entre los muslos de Violet para poder sentir la humedad que tenía entre las piernas.

Ella se apretó contra la presión y se arqueó contra ella en un gesto gratificante y seductoramente sumiso. Violet no era una persona sumida y el deseo inconsciente de rendirse ante él le resultó muy excitante. Al igual que el abultamiento de su vientre.

Matt se colocó contra la abertura de su cuerpo muy suavemente, poniéndose en la postura perfecta para apreciarla. Se movió lenta y firmemente, tomándose su tiempo, apretando los dientes porque precisamente quería hacer lo opuesto. Sin embargo, quería que aquello durara.

Violet sucumbió a la oleada de placer indescriptible que se apoderó de ella con un suave envite y que estuvo a punto de provocarle el orgasmo. Se aferró a él y le rodeó la cintura con las piernas. Vio que los ojos de Matt estaban vidriosos por el deseo mientras se hundía en ella. Él no se había dado cuenta de que lo estaba observando, por lo que Violet pudo darse el lujo de mirarlo con absoluto amor.

Amor prohibido. Cerró los ojos e inhaló profundamente a medida que las sensaciones fueron acrecentándose, borrando pensamientos frustrantes. Matt había empezado a moverse con más fuerza, más profundamente... tan placenteramente... Había pasado mucho tiempo, tanto que parecían casi años.

Se corrió con una intensidad que la sorprendió. Su cuerpo temblaba con cada oleada de placer que la atenazaba y la sacudía con la fuerza de un tsunami. Se aferró a la fuerte espalda de Matt y le clavó los dedos en la bronceada piel. Él se había arqueado y tenía los ojos cerrados, respirando agitadamente mientras encontraba su propio orgasmo y, entre gritos de placer, se vertía dentro de ella.

El amor que Violet sentía por él era fuerte, tanto que sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Quería estrecharlo entre sus brazos, pero, inmediatamente, reconoció la locura de aquellos sentimientos porque ella mejor que nadie sabía la clase de hombre que era Matt. Había enviado muchos ramos de flores en su nombre. Sin embargo, nunca había sabido lo profundo que era su cinismo. Desgraciadamente, ya lo sabía.

Se abrazaron y él sonrió, tras colocarle la mano en el vientre.

–Nunca pensé que le diría esto a una mujer, pero vamos a hacer planes. –Está bien, pero primero hay algo que deberíamos dejar claro entre nosotros. –¿De qué se trata?

–Esto tiene que ser una relación... monógama. Si somos pareja, nada de tonteos.

Matt se incorporó y se apoyó sobre un codo para mirarla con interés.

–Pensaba que la monogamia se reservaba para las parejas legalmente casadas –murmuró él–. Amor, honor, etcétera, etcétera, etcétera...

–Pero nos faltan algunas de esas cualidades, ¿verdad? –replicó Violet. Bajó los ojos para ocultar el dolor que estaba segura de que él podría ver en sus ojos, a pesar de la oscuridad que reinaba en la habitación.

–Soy hombre de una mujer, Violet.

–¿A pesar de que no seamos una pareja legalmente casada?

–Eso siempre lo podrías rectificar.

La tentación se hizo demasiado fuerte. ¿Cuál era la diferencia entre vivir juntos y estar casados? Violet sabía que debería haber cedido en aquel punto, pero, de algún modo, el matrimonio le parecía un paso muy importante. Aceptaría, sin esperanza de volverse atrás, una situación que sabía que no era del todo aceptable. Estaría embargando su futuro solo porque un poco de Matt era menos que nada en absoluto. Sin embargo, ¿y si un día ella empezaba a pensar de otro modo? ¿Entonces qué? No podía pensar en la desesperanza y el dolor de un divorcio sin que se le helara la sangre.

Al menos, viviendo juntos, ella se podía aferrar a la ilusión de que había una salida si las cosas se ponían verdaderamente insoportables.

–Es más sensato que veamos cómo arreglar las cosas entre nosotros –dijo mientras observaba el fuerte torso de Matt. Sintió que él se encogía de hombros y se tumbaba para mirar de nuevo al techo.

–Sensato... Eso es lo que siempre he admirado sobre ti. Cuando todo el mundo está perdiendo la cabeza...

Aquello le dolió. ¿Era eso lo que Matt seguía pensando de ella en lo más profundo de su ser? ¿Que era una secretaria práctica y sensata, en la que se podía confiar cuando el resto del mundo parecía estar volviéndose loco? ¿No había dejado Matt de pensar aún así? Si no lo había hecho, entonces era realmente mejor que no fueran a casarse, porque la alegría de

tener como esposa a una mujer con tanto sentido común podía desvanecerse muy pronto.

Sin embargo, sin un anillo en el dedo... sin el estatus de esposa... ¿podría ser la lealtad de Matt algo que ella pudiera dar alguna vez por sentado?

Violet se dio cuenta de que, si dejaba hueco para tantas dudas, jamás se liberaría de ellas y, si iba a cumplir su palabra para darle una oportunidad a la relación entre ellos, aunque fuera solo para conformarse con migajas, tendría que dejarlas.

Apoyó la mano sobre el vientre de él y le dijo:

–Lo más sensato en estos momentos sería hablar de lo que va a pasar a continuación. Mi padre parece estar haciéndose a la idea de regresar a Inglaterra. Creo que se siente muy contento y lleno de energía ante la idea de tener un nieto. Está pensando en hacer algo parecido a su escuela de Melbourne aquí, no en Londres, sino en un lugar más tranquilo, dado que viviendo en Australia ha aprendido a apreciar una vida más relajada.

–No estoy seguro de estar de humor para hablar de cosas sensatas en estos momentos –replicó Matt mientras colocaba la mano sobre la de ella y dirigiéndola a objetivos más libidinosos–. Vamos a recuperar el tiempo perdido y dejar que el viento se lleve la sensatez... al menos por esta noche.

A lo largo de los siguientes dos meses, todo pareció avanzar muy lentamente. Matt no le permitió hacer nada que considerara un peligro para su salud, aunque a Violet hacía mucho tiempo que el ginecólogo que se le había asignado en el hospital privado que él había insistido en escoger le había dado el alta. Tras haber decidido rápidamente que mudarse fuera de Londres era esencial y tras haber decidido en tiempo récord dónde hacerlo tras considerar una distancia a Londres que no fuera demasiado larga para poder ir y volver en el día sin sacrificar el estilo de vida en el campo que los dos habían acordado que era bueno para una familia, resultaba frustrante que las visitas a las posibles residencias se realizaban solo cuando Matt estaba libre. Él se había negado a que Violet se viera envuelta en solitario en el estrés de buscar casa. A pesar de todo, Violet nunca se había sentido más feliz.

Aquello parecía ser la vida de una pareja. El tiempo iba pasando y el asunto del matrimonio había pasado a un segundo plano, dado que resultaba evidente que los dos estaban disfrutando de lo que tenían. ¿Por qué complicarse la vida cuando les iba tan bien?

Estaba considerando toda clase de pensamientos tabú sobre el amor, los finales felices y otras situaciones impensables cuando oyó que sonaba su móvil. Eran poco más de las seis de la tarde y Violet ya se había puesto ropa cómoda para dormir. Matt estaba en Nueva York durante los próximos tres días. Tardó varios segundos en registrar la voz femenina que sonó al otro lado de la línea e incluso cuando lo hizo, su primera reacción fue asombro más que ninguna otra.

–¿Glo? ¿Eres Glo de la floristería?

–La misma –respondió Glo riendo–. Siento molestarte, cielo, pero he estado tratando de ponerme en contacto con tu encantador jefe...

«Exjefe», pensó Violet con gesto ausente. Evidentemente, Glo aún no lo sabía.

–Está fuera en estos momentos, en Nueva York.

–Probablemente está ocupado con sus reuniones, pero me dejó un mensaje para que preparara uno de sus ramos. Me dijo que se pondría en contacto conmigo para confirmar los detalles, pero no he tenido noticias tuyas y las flores se van a empezar a estropear si él no me llama y me da los detalles de para quién son.

–¿Un ramo? –preguntó Violet, atónita.

–Uno exagerado, si quieres que te sea sincera, cielo.

–Exagerado...

Se aclaró la garganta y sintió una extraña sensación en el estómago, que hizo que sintiera náuseas.

–Gracias por llamar, Glo. Le... le diré que se ponga en contacto contigo. Gracias.

Colgó y miró el teléfono sin saber qué hacer. ¿Flores? ¿Un ramo exagerado?

¿De quién se estaba despidiendo Matt?

Capítulo 10

No he oído tus llamadas. Lo siento. Estoy muy ocupada.

DIEZ PALABRAS. Sin embargo, en el instante en el que Matt las leyó en su móvil, supo que algo iba muy mal. No se le ocurría qué podía ser, porque, hasta aquel momento, la vida había ido a pedir de boca.

Le quedaba un día más. Nueva York no le estaba resultando tan estimulante como era de costumbre y no se podía centrar. ¿Qué se suponía que significaba aquel mensaje de texto?

Cuando miraba a su alrededor, Matt no veía el fin de la reunión en la que se encontraba. Lo único que veía eran aquellas frías e impersonales palabras en su móvil, la respuesta a las llamadas sin contestar y sus propios mensajes de texto.

Decía que había estado ocupada. ¿Haciendo qué?

Por supuesto, Violet ya se encontraba mejor. La presión arterial ya se le había estabilizado y, por supuesto, estaba más ocupada porque ya no se encontraba confinada en el apartamento de Matt. Probablemente, estaba mirando pintura, muebles o utensilios de cocina para la nueva casa. Era comprensible, porque no era la clase de mujer que pudiera quedarse sentada, pero sin embargo...

Decidió que tendría que marcharse con Violet. Tardó menos de un minuto en comunicárselo a su segundo al mando en aquella empresa.

–Pero aún tenemos que firmar todos los documentos –le dijo Bob frunciendo el ceño–. Y luego hay que celebrarlo.

–De eso ya puedes ocuparte tú –replicó mientras miraba el reloj y calculaba mentalmente cuánto tiempo tardaría en llegar al Reino Unido–. No te olvides del tamaño de la prima que te voy a dar dentro de un mes. Puedes cerrar esta reunión tan bien como yo. Solo asegúrate que tienes

todo en orden y no te excedas con las celebraciones. Te espero en el Reino Unido a finales de semana.

Decidió que tomaría un vuelo comercial, dado que no había tiempo para llenar el depósito de su avión y prepararlo todo para el despegue. Podría estar de vuelta en su apartamento en menos de diez horas y, entonces, podría ver por sí mismo qué era lo que estaba pasando...

Violet metió su móvil debajo del cojín del sofá. Había estado sonando incesantemente con mensajes de Matt. La había llamado cinco veces. Mala suerte. No iba a responder. Lo haría cuando su cerebro dejara de dar vueltas como el rotor de un helicóptero y pudiera pensar como debía. Sin embargo, en aquellos momentos, lo único que podía hacer era imaginarse un exagerado ramo de flores que se iba a entregar a una pobre mujer que, probablemente, no sabía que su encantador amante multimillonario se estaba acostando con otra. Otra mujer que daba la casualidad que estaba embarazada de su hijo.

¿Cuánto tiempo llevaba aquello ocurriendo? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Había decidido Matt que, dado que su relación con Violet iba bien, debía dar por terminado su aventura? ¿O acaso era que la conciencia había empezado a reconcomerle por dentro dado que ya faltaba muy poco para el nacimiento del bebé?

Violet no dejaba de torturarse con incesantes preguntas y no se encontraba con ánimo para hablar por teléfono. Necesitaba tiempo para pensar.

Deseó tener a su madre o, al menos, a una buena amiga con la que charlar. No tenía tanta suerte, así que decidió que debía conformarse con tratar de dormir bien. No faltaba mucho para que Matt regresara y tendría que enfrentarse a él.

Se acostó temprano, pero no pudo descansar bien. No podía dejar de pensar. Decidió que tendría que terminar con la relación que había entre ellos. Había pensado que los dos estaban progresando, pero, evidentemente, se había equivocado porque, a sus espaldas, Matt había estado viendo a otra mujer.

Había pensado que no se quedaría dormida nunca, pero debió de caer rendida porque no oyó que se abría la puerta principal. Solo se dio cuenta de que Matt había regresado cuando un rayo de luz se abrió paso en la oscuridad. Entonces, tras abrir los ojos con gesto adormilado, vio su silueta enmarcada entre las sombras de la puerta.

Se incorporó y, torpemente, encendió la lámpara de la mesilla de noche.

–¿Qué está pasando? –le exigió sin preámbulo alguno mientras se acercaba a la cama. –¿Cómo dices?

–No has respondido mis llamadas.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella reaccionando por fin–. ¿No deberías estar firmando un contrato al otro lado del mundo?

–¿Cómo podía hacerlo cuando estaba muy preocupado por ti? –Por favor... –susurró ella con furia, desilusión y tristeza. –¿Qué se supone que significa eso? –Como si no lo supieras, Matt...

–No lo sé.

Se produjo un tenso silencio entre ellos. Violet había pensado abordar aquella situación de un modo muy diferente, tal vez sin mencionar las flores desde el principio para ver cuál era su reacción. No tuvo tiempo para reaccionar.

–Las flores –dijo con voz tranquila. Matt frunció el ceño, como si estuviera asombrado.

–Necesito algo para beber, Violet. Agua. Después, podremos seguir con esta conversación.

Matt se dio la vuelta y salió del dormitorio. En cuanto lo hizo, Violet se levantó de la cama y fue a buscarlo. Lo encontró tomando un vaso de agua, de espaldas a ella.

–Las flores, Matt –repitió. Él se dio la vuelta y la miró mientras dejaba el vaso vacío sobre la encimera–.

Y no finjas que no sabes de qué te estoy hablando. Me llamó Glo.

–¿Glo? ¿Quién es Glo? –le preguntó. Era normal que no reconociera el nombre. Violet siempre se había ocupado de las flores.

–Glo es la dueña de floristería de Knightsbridge, ya sabes a la que me refiero. Me llamó para decir que habías hecho uno de tus habituales encargos, pero que no habías llegado a completarlo, por lo que no sabía qué hacer con las flores. Si me dices quién es la pobre chica, puedo llamar a Glo para darle los datos que le faltan y pedirle que las envíe.

Violet observó la reacción de Matt. Resultaba evidente que él sabía de lo que ella estaba hablando y no iba a fingir.

–Las flores... Jamás se me ocurrió que esa mujer te llamaría.

–¿Y por qué no? Llevo tratando con ella varios años. Juntas, nos hemos ocupado de todos esos corazones rotos que has ido dejando a tu paso, enviándoles flores como si un ramo pudiera hacerles olvidar.

–No hay necesidad para el dramatismo, Violet.

–Esto no es lo que yo he acordado.

–No lo comprendes...

–Matt, seguramente esa es la peor frase que un hombre puede decir cuando ha cometido un error y le han pillado con las manos en la masa –dijo ella. Apartó la mirada y se dirigió al sofá porque sintió que le temblaban las piernas.

–Violet...

Su voz resonó muy suave a las espaldas de Violet, pero, cuando le colocó la mano sobre el hombro, ella se lo sacudió enojadamente sin mirarlo.

–No quiero esto para mí, Matt. No quiero estar contigo...

Se sentó en el sofá y apartó la mirada al ver que Matt se colocaba frente a ella. Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los abrió de nuevo, Matt seguía allí, mirándola, con los brazos cruzados.

–Te digo que no lo comprendes...

–¡Y yo te digo que sí! Lo comprendo porque te conozco, he estado en esta misma situación antes, no se te olvide. He enviado flores en tu nombre, excepto que, en esta ocasión, las ibas a enviar tú mismo hasta que te liaste con tus negocios y se te olvidó.

–Creo que necesito beber algo más fuerte que agua –dijo. Se dirigió a la cocina y regresó pocos minutos después con un vaso de whisky que se tomó de un trago.

–Te ruego que no trates de mentirme, Matt. Me merezco la verdad –afirmó Violet cuando él se sentó frente a ella–. Después ya veremos, pero lo primero y lo más importante es que debemos estar de acuerdo en que este experimento ha fallado.

–Por favor, Violet...

–¿Por favor qué? ¿Que por favor escuche la versión que tú me quieras dar de la verdad para aplacarme? ¿O tal vez que por favor acepte una situación en la que tengo que compartirte con otras mujeres? ¡De ninguna manera!

–¿De verdad crees que soy esa clase de persona?

–No lo creía, pero, ahora, dado que no estamos casados... Algunas personas no sientan nunca la cabeza. Son balas perdidas y tú eres una de esas personas, Matt. Tal vez me convenciste para que pensara lo contrario, pero ahora vuelvo a estar despierta.

–Te lo puedo explicar...

Violet lo miró con dureza. Quería echarse a llorar, pero no iba a hacerlo, aunque le dolía cada hueso del cuerpo de tanto contenerse.

–Te ruego que no te molestes.

–Está bien. Lo admito. Sí, encargué las flores.

–¡Te he dicho que no quiero que me digas nada! –exclamó furiosa. Lo único que necesitaba era una confesión de infidelidad.

–Entonces, no me atreví a que las mandaran.

–¿Porque no podías decirle adiós a quien se las ibas a mandar? –le preguntó Violet apretando los puños.

–Porque no sabía cómo decir hola –musitó Matt.

–¿De qué estás hablando?

–No se me dan bien estas cosas.

–¿Qué cosas? ¿Comportarte como un ser humano decente y decir la verdad? –le espetó ella.

–Violet, ¿quieres hacer el favor de escucharme? Sin interrupciones, por favor.

Violet se encogió de hombros y decidió guardar silencio.

–Todo esto ocurrió... nosotros... lo que ocurrió... yo jamás hubiera predicho nada de lo que iba a ocurrir.

–Ya somos dos, Matt.

–Tú presentaste tu dimisión y yo no me di cuenta de lo mucho que me apoyaba en ti hasta que lo hiciste.

Leí el correo y se me heló la sangre. ¿Por qué crees que salí corriendo hacia tu casa? No podía esperar a la mañana siguiente.

–No sé qué tiene esto que ver con las flores.

–No me interrumpas, ¿recuerdas? –le dijo él con una leve sonrisa–. Me pregunté si habría ido a Melbourne si no hubiera tenido todos esos

asuntos de los que ocuparme. Cuando comprendí que sí lo habría hecho, también me di cuenta de lo... mucho que yo dependía de ti. No era algo que yo estuviese dispuesto a admitir, así que hice lo evidente y lo ignoré. Entonces, te vi en ese escenario, Violet, y algo más de lo que nunca me había percatado me golpeó como un martillo mecánico.

–¿De qué?

–Te deseaba. Me sentía atraído por ti. Había algo en ti... que iba más allá de la atracción física, pero no lo comprendí porque yo nunca había sentido otra cosa que atracción física. La atracción física es algo que podía comprender. El sexo era bueno, pero no era más que sexo y, en lo que a mí se refería, era lo único que habría siempre con una mujer. Una relación implicaba sentimientos que yo sabía que no tendría nunca y tampoco estaba dispuesto a fingir que así era. Crecí en una casa en la que nunca hubo muestras de afecto entre mis padres y supongo que lo que un niño ve se convierte en su comportamiento. Lo acepté sin darme cuenta realmente. Entonces, me dejaste.

–Matt, yo no te dejé...

–Me dejaste. Eso fue lo que me pareció a mí –dijo él con voz ronca–. Debería haber sabido que lo que yo sentía no eran los sentimientos habituales que un jefe siente por su asistente personal y, sobre todo, tendría que haberme dado cuenta en el momento en el que nos metimos en la cama de que lo que sentía era algo mucho más profundo. Nunca nada me había hecho sentir tan bien, Violet. Todo estaba magnificado. Intensificado. Yo nunca deseé que parara. Eso debería haber hecho que saltaran las alarmas, pero como nunca las había escuchado antes, no hubiera tenido ni idea de lo que significaban de todos modos.

–Por favor, Matt. No digas cosas que no son verdad.

–Eso no lo haría nunca. Cuando me marché de Melbourne, pensé que la vida volvería a la normalidad, pero no fue así. Aparentemente lo era, pero en realidad... algo había ocurrido y ese algo se iba haciendo más grande a cada día que pasaba. No podía haber sabido cómo sumar dos y dos, pero, en el momento en el que apareciste en mi despacho varias semanas después, me puse muy contento.

–¿De verdad?

–Habías regresado y entonces me dijiste que estabas embarazada. A mí me sorprendió lo fácilmente que acepté la situación. Nunca había

planeado tener una familia, pero no me molestaba ni la mitad de lo que debería haberme molestado.

–Matt...

–Quería casarme contigo. No podía soportar la idea de no tenerte a ti y al bebé en mi vida de una manera permanente. Sin embargo, tú no cediste y, aunque comprendía tu actitud, no podía soportarlo.

–Dejaste de pedírmelo muy rápidamente –señaló ella. No se quería dejar llevar por una conversación que resultaba demasiado peligrosa para ella.

–No quería asustarte, pero entonces, cediste y me dijiste que estabas dispuesta a un término medio. –Odiaba la idea de que pudieras encontrar a otra persona –admitió Violet–. No quería ni siquiera pensar que podría verte con otra mujer del brazo cuando vinieras a ver a nuestro hijo o que pudieras terminar casándote con una de esas mujeres. Como te he dicho, un hombre soltero empujando un carrito es una tentación irresistible. También sabía, a pesar de que no quisiera admitirlo conmigo misma, que un padre y una madre eran mucho mejor juntos que separados para los intereses de un niño. Tú estabas dispuesto a mostrarte considerado con nuestro hijo. ¿Por qué no iba a serlo yo?

–Violet –susurró él con voz ronca. Entonces, apartó la mirada. Su lenguaje corporal mostraba que se sentía incómodo, pero resultaba muy atractivo por su sinceridad–. Las flores... Eran para ti.

–¿Cómo has dicho?

–Las flores eran para ti –repitió él–. Tardé un tiempo, pero, al final, conseguí encajar todas las piezas del rompecabezas y vi lo que había sido evidente desde el momento en el que nos acostamos juntos. Te amo, Violet. Tú, tu sonrisa, tu rápida inteligencia, el modo en el que te mantienes firme. Me encanta el modo en el que te enfrentas a mí, el modo en el que me haces sentir...

–¿Has dicho que me amas?

–No reconocía los síntomas, pero sabía que tenía un virus –dijo él, sonriendo mientras extendía la mano para entrelazar los dedos con los de Violet.

–¿De verdad estás siendo sincero conmigo?

–Jamás te mentaría sobre algo como esto. Siempre pensé que mi corazón estaba bien encerrado, pero tú conseguiste encontrar la

cerradura... y creo que ocurrió mucho antes de que nos acostáramos juntos. Eres maravillosa, Violet, y fui un idiota al no darme cuenta antes.

Violet sintió alas en el corazón.

–Yo también te amo, Matt –dijo ella, pronunciando las palabras que había pensado que jamás pronunciarían sus labios. Lentamente, extendió una mano hacia el rostro de Matt y él se la atrapó en la suya para besársela–. Me sentía muy atraída por ti antes de marcharme a Melbourne, pero sabía que nunca llegaría a nada porque los dos éramos muy diferentes. Además, jamás pensé que tú te sentirías atraída por mí. Había visto a las mujeres con las que tú salías y nunca pensé que te podría gustar alguien como yo. Entonces, viniste a Melbourne y estuviste a mi lado cuando mi padre estuvo en el hospital. Cuando me acosté contigo, fue una experiencia tan maravillosa... pero pensé que tan solo serían momentos robados de felicidad. Creía que no iban a durar, pero decidí aferrarme a ellos durante todo el tiempo que pudiera. Cuando descubrí que estaba embarazada, me sentí muy confundida. Sabía que tenía que decírtelo, pero pensar que volvería a verte otra vez... me asustaba. No estoy segura de cuándo me di cuenta de que te amaba. Tal vez lo supe siempre, solo que creía que el amor era lo último que tú querrías de mí... ¿Y por qué me enviaste las flores? –añadió tras una pequeña pausa.

–Tuve miedo. Sospechaba que sentías algo por mí, pero no estaba seguro. Te amaba y, por eso, encargué cuarenta y ocho rosas rojas, pero luego me entró el pánico y dudé. Me dije que era mejor pensarlo un poco para tomar la decisión. Jamás se me ocurrió que la mujer de la floristería se pondría en contacto contigo. Lo hizo y aquí estamos. Mi queridísima Violet, nos amamos los dos y te aseguro que nunca he sido más feliz en toda mi vida así que, ¿quieres casarte conmigo? No porque vayamos a tener un bebé, sino porque queremos compartir los dos juntos el resto de nuestras vidas.

–¿Cómo podría negarme a eso?

Violet le sonrió y lo abrazó. El contacto de los labios de Matt sobre los suyos le hizo tocar el cielo con los dedos. Así le ocurría siempre cuando se besaban, pero, resultaba tan maravilloso saber que el sentimiento era correspondido...

Se casaron menos de un mes más tarde, con tiempo más que de sobra para que el padre de Violet llegara al Reino Unido. Asistieron todos los empleados, amigos... Fue un momento maravilloso y memorable. Su padre

estaba encantado y, al final de la velada, él y algunos de los miembros de su antiguo grupo improvisaron un pequeño concierto en honor a los recién casados.

Los padres de Matt, a pesar de que se mostraron tan impasibles y distantes como siempre, se relajaron un poco al final de la fiesta. Cuando su madre le reiteró de nuevo la invitación para salir juntas a almorzar, Violet asintió y admitió que tal vez no era tan malo como había pensado en un principio, cuando Julietta la invitó por primera vez. ¿Quién sabía? Tal vez el bebé haría que cambiara todo.

Matt había decidido que Violet eligiera el lugar para pasar su luna de miel, pero había insistido en que no se tratara de ningún lugar al que hubiera que viajar en avión, dado que el embarazo de Violet estaba ya muy avanzado. Por lo tanto, pasaron una romántica semana en Cornualles.

Entonces, casi sin que se dieran cuenta, llegó Matilda. Tres kilos y setecientos noventa y ocho gramos de felicidad, con cabello negro, ojos azules, una preciosa boquita rosada y unas manitas que golpeaban el aire con fuerza.

Seis meses más tarde, Violet sonrió al recordar el pánico que había experimentado Matt cuando ella se puso de parto. Su esposo, normalmente tan impasible y seguro de sí mismo, se había mostrado completamente abrumado.

–Acuérdate de respirar –le había dicho ella, divertida e indulgente entre contracciones–, y estarás bien. Oyó que la puerta principal se abría, aunque ya no era la del apartamento de Matt, sino la de la casa de Richmond Hill donde vivían. No estaba demasiado lejos y así Matt podía regresar a casa por las tardes a tiempo para ver a Matilda antes de que la pequeña se fuera a la cama.

Matt, tan atractivo como siempre, se acercó a ella con una sonrisa en los labios.

–Hoy he terminado antes –dijo mientras le daba un beso en los labios–. Como me pidió mi querida esposa –añadió. Entonces, miró hacia la zona del comedor–. Y veo que la mesa ya está puesta para... ¿cinco personas?

–Pensé en darte una sorpresa –dijo Violet mientras lo llevaba hacia la cocina. Maldita ya estaba profundamente dormida en su cuna y ella vio que Matt estaba deseando ir a ver a su pequeña hija–. Viene mi padre... y tus padres.

–¿Mis padres?

–¿Por qué no?

–Claro, ¿por qué no? ¿A qué hora?

–Tenemos un par de horas. No llegarán hasta las ocho menos cuarto.

–En ese caso... –susurró él. Se inclinó sobre ella para besarla en el cuello y, al mismo tiempo, deslizó una mano por debajo del jersey de manga corta que Violet llevaba puesto para ir a buscar uno de los senos. Ella iba sin sujetador e, inmediatamente, Matt se puso erecto, mucho más cuando le levantó el jersey para apretarle el pezón entre los dedos—. Tenemos tiempo de sobra para que yo vaya a ver a Matilda y para divertirnos también un poco nosotros. ¿Te parece bien?

Violet sonrió. Le parecía bien. Se puso de puntillas para rodearle el cuello con las manos y se acercó a él para darle un beso largo y profundo, lleno de amor, de deseo y de adoración.

Le parecía más que bien.